

María Heredia

INESPERADO DESTINO



Inesperado destino

TRILOGÍA

Destino 3

María Heredia

Selecta

*Para mi pueblo,
aunque ya sea más bien una ciudad.*

There is nothing I would not do for those who are really my friends.

I have no notion of loving people by halves, it is not my nature.

Jane Austen, Northanger Abbey (1818)

Capítulo 1

The Very First Night (Taylor's Version) (From the Vault), Taylor Swift

Parpadeé un par de veces, un poco confusa. Debía haber entendido mal a mi jefa porque, si aquello era verdad, era una oportunidad increíble. ¿De verdad me estaban ofreciendo lo que creía que me estaban ofreciendo?

—¿Es en serio? —me atreví a preguntar por fin. Necesitaba confirmarlo antes de creérmelo.

—Por supuesto, Berta. La empresa está creciendo mucho y queremos seguir abriendo sucursales en otras localidades, así que necesitamos gente de confianza que pueda ayudarnos a ponerlas en marcha. Por supuesto, tendrás un aumento de sueldo acorde a tus nuevas responsabilidades.

A punto estuve de ponerme a saltar, aunque, por fortuna, logré mantener la calma para no dejarme en evidencia delante de mi jefa. Me hacía muchísima ilusión aquel ascenso, especialmente por la mejora económica, pero no quería que ella se diera cuenta y decidiera aprovecharse para mandarme más trabajo del que me correspondía. Me gustaba mi profesión y quería conseguir un puesto mejor, pero tampoco estaba dispuesta a darlo todo por una empresa que no iba a heredar.

—Muchísimas gracias por pensar en mí —contesté aun así. Como siempre decía Raquel: «Es de biennacidos ser agradecidos».

—¿Quiere eso decir que aceptas?

—Me gustaría saber todos los detalles antes de firmar, pero me parece una muy buena oportunidad.

—Te los enviaré por email.

—¿Y dónde decías que está la oficina nueva?

—En Estepona, en Málaga —me aclaró—. Hay mucho movimiento inmobiliario en la zona, así que creemos que es un buen lugar para comenzar la expansión.

—Suená bien. —Sonreí y me puse de pie—. Tengo una cita para una consulta, así que tengo

que irme, pero esperaré el mensaje con las condiciones y mañana tendrás mi respuesta.

—Ahora mismo le digo a Inma que te envíe toda la documentación.

Me despedí con un gesto y salí del despacho con una tranquilidad que cada vez me costaba más fingir. Miré la hora en mi reloj y, tras comprobar que aún me quedaban unos minutos hasta que llegara aquel cliente, fui al baño y allí por fin dejé que la felicidad me embargara. Di un pequeño grito y empecé a saltar. No podía creerme que de verdad fueran a hacerme una de las encargadas de la nueva sucursal. Esperaba que las condiciones fueran buenas y el sueldo acorde porque me moría de ganas de aceptar, aunque aquello implicara mudarme a un pueblo de Málaga.

Me giré hacia el espejo y me obligué a calmarme. Lo mejor sería seguir aparentando calma al menos hasta que todo estuviera claro. Me eché un poco de agua en la nuca, me peiné con los dedos y regresé hacia mi mesa, lista para la cita que tenía aquella mañana, si bien en mi cabeza en aquel momento había más planes de futuro que términos jurídicos.

No pude abrir el email que me había enviado Inma, la responsable de Recursos Humanos, hasta un buen rato más tarde. Me descargué el archivo y lo revisé de forma concienzuda para asegurarme de que no me colaban ninguna cláusula extraña o me hacían responsable de cosas que no me correspondían. Una vez que terminé, miré, por fin, el salario que, aunque no era exagerado, no estaba nada mal y sí que parecía corresponderse con el nuevo puesto. Así que decidí aceptarlo, aunque fingiría meditarlo durante toda la noche y no daría mi respuesta definitiva hasta la mañana siguiente, para hacerme la interesante.

Cuando dieron las tres, recogí mis cosas y salí del despacho, dando las gracias por la jornada continua de verano. Me encantaba eso de tener el día por delante después de terminar de trabajar para poder ir a la piscina o tomar algo con mis amigos.

Me dirigí directamente a mi apartamento que no quedaba lejos de la oficina. Estaba muerta de hambre, así que me apresuré a cambiarme de ropa y hacerme una ensalada rápida de garbanzos. Me senté a tomármela en la cocina, con un episodio repetido de *Los Simpson* de fondo, y comprobé los mensajes de mi móvil. Raquel y Jimena estaban hablando por el grupo que teníamos las tres y sugerían ir un rato a la piscina de los padres de Raquel. Las dos estaban pasando unos días de vacaciones en Aracena junto a Rodri, Carmen y Álex, por lo que querían aprovechar el poco tiempo que estarían para hacer muchos planes todos juntos. Tecleé mi respuesta y me apresuré a terminar mi almuerzo y recoger la cocina. Quería hacer la digestión con tranquilidad y dormir la siesta antes de quedar con ellos; aunque, por culpa de las emociones de aquel día, no fui capaz de pegar ojo.

Después de un rato dando vueltas en el sofá y de revisar todas mis redes sociales, me di cuenta de que no iba a quedarme dormida, así que me levanté, me puse el bikini y guardé algunas cosas

en mi bolso.

Jimena y Álex pasaron a buscarme un rato más tarde con el coche. Me subí en el asiento trasero, los saludé y nos dirigimos hacia el campo que tenían los padres de nuestra amiga a las afueras. Raquel salió a recibirnos con Carmen en brazos en cuanto nos oyó llegar. Nos señaló y, riendo, le dijo algo a la pequeña, que cada día que pasaba estaba más grande.

—¡Mira tus titas! —La oí decir en cuanto abrí la puerta—. Diles «hola», que han venido a pasar la tarde con nosotras.

—¿Dónde está lo más bonito del mundo? —Jimena llegó hasta ellas en dos zancadas y cogió a la niña—. Ven conmigo, cariño.

—Se ha despertado pronto de la siesta —nos explicó Raquel—, así que está un poco chinchosa.

—Seguro que se le pasa cuando esté un ratito con su madrina —insistió aquella, haciéndole carantoñas—. ¿A que sí?

—Esta cualquier día le da un primito a mi niña —bromeó Raquel. Le dio un codazo en el costado a Álex, que acababa de acercarse, y se echó a reír—. Os veo con un par de críos ya mismo.

—Pero ninguno les va a salir tan mono como a nosotros. —Todos nos giramos hacia la puerta al escuchar la voz de Rodri. Se apoyó en el marco y se cruzó de brazos con cierta chulería—. Hicimos un trabajo de diez.

—Sería el agua de Lisboa —le siguió la corriente ella. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. ¿Ya está listo el café?

—Y el bizcocho.

—Pues, entonces, vamos —nos dijo, girándose de nuevo hacia nosotros—. ¿Os apetece que saquemos la merienda fuera y tomemos el sol un rato?

Dejamos nuestras cosas junto a la piscina, nos quedamos en ropa de baño y nos sentamos alrededor de la mesa de piedra para poder disfrutar del café y los dulces que habían preparado.

—Tengo una noticia que contaros —dije, aprovechando un par de minutos de silencio mientras todos comían—. Algo importante.

—Ya decía yo que estabas muy callada hoy. —Jimena dejó la taza de café sobre la mesa y se echó un poco hacia delante—. Somos todo oídos.

—Todavía no es definitivo porque no he firmado nada, pero esta mañana me han ofrecido un ascenso y voy a aceptarlo. La empresa va a abrir una sucursal nueva y mi jefa quiere que sea una de las encargadas.

—¡Eso es genial! —exclamó Raquel al tiempo que apoyaba una mano en mi brazo y me daba un apretón—. ¿Y dónde te mandan?

—A Estepona, así que estaremos cerca porque, por lo que he visto, queda solo a una hora de Málaga.

—Estepona —murmuró Jimena, arrugando la nariz. Se giró hacia Álex, aún con aquel gesto

en la cara—. ¿De qué me suena?

—Es bastante conocido, puede que lo hayas oído en la tele.

—No, no es eso. —Mi amiga chasqueó la lengua y repitió un par de veces el nombre del pueblo hasta que, de repente, se le encendió la bombilla—. ¡Ya me acuerdo! A mi amiga Carolina, la que se acaba de sacar la plaza en las oposiciones, la han mandado allí.

—¿Tu compañera en el colegio de Málaga? —la tanteé. Me sonaba aquel nombre, pero no terminaba de ubicarla.

—Sí, la misma. Es muy simpática y a mí me ayudó muchísimo mis primeras semanas —siguió diciéndome mientras cogía su móvil de la mesa—. Si quieres, te puedo pasar su número para que habléis y podáis hacer planes juntas. Es difícil empezar de cero en una ciudad nueva, así que te vendrá bien tener a una conocida. Además, estuve hablando con ella hace poco y creo que está buscando compañera de piso porque los alquileres en la zona están carísimos.

—¿Ah, sí? —pregunté, alarmada. En Aracena no pagaba demasiado por mi apartamento y, a pesar del aumento de sueldo, no quería dejarme todo mi dinero en el alquiler. A lo mejor podía compartir con ella, aunque nunca me había gustado demasiado vivir con gente que no conocía—. ¿Sabes cuánto paga?

—Ni idea, pero puedo preguntarle.

Asentí y ella comenzó a teclear. La respuesta de su amiga no tardó en llegar. Le envió, además del precio, unas cuantas fotos y le pidió que me diera su número, tanto si me interesaba lo de compartir como si no, ya que ella tampoco conocía a nadie en la zona y estaba deseando encontrar a personas con las que hacer planes.

—Te lo paso todo y ya decides. Le he dicho que le escribirás esta noche.

Así que eso hice. Una vez que regresé a casa, después de pasar toda la tarde disfrutando de la piscina con mis amigas, eché un vistazo a las fotos del piso (o, más bien, de la casa, porque tenía dos plantas). Parecía un poco antiguo, pero los muebles eran nuevos y, por lo que pude comprobar en el mapa, estaba en el centro. No sabía exactamente dónde estaría la nueva sucursal, pero, conociendo a los de la empresa, seguro que habrían encontrado un local céntrico, así que vivir por la zona me vendría bien. Además, el precio era razonable, y prefería vivir con una amiga de Jimena antes que con cualquier otro desconocido.

No me lo pensé demasiado. Añadí el número de Carolina a la agenda y pulsé el botón de llamada.

—¿Diga?

Ella apenas tardó un par de tonos en responder. Su voz sonaba alegre y amable y eso hizo que me cayera bien de forma casi inmediata.

—Hola, ¿Carolina? Soy Berta, la amiga de Jimena —me presenté—. Me ha dado tu número.

—Oh, ¡hola, Berta! Encantada de saludarte. ¿Te ha enseñado las fotos de la casa? No es demasiado grande, pero tiene dos dormitorios. Los cuartos y el baño están arriba, y el resto en la planta baja.

—Sí, tiene buena pinta y, la verdad, el precio me parece razonable. ¿Hay algún requisito o algo más que deba saber?

—Los gastos de luz y agua corren de nuestra cuenta y he tenido que dejar un mes de fianza, así que me gustaría recuperar la mitad.

—Es lógico.

—¿Y cuándo te mudarías?

—Aún no me han dado una fecha, aunque es algo inmediato, así que supongo que estaré allí en septiembre. —Sonreí y me eché un poco hacia atrás en el sofá—. ¿Pero no quieres saber nada de mí antes de alquilarme la habitación?

—Oí a Jimena hablar de ti cuando trabajábamos juntas, y, si sois amigas, no puedes ser mala persona.

Seguimos charlando un rato y le prometí que, en cuanto firmara el contrato y tuviera las fechas definitivas, la avisaría para poder organizar la mudanza. Aunque ella, que ya estaba allí y se incorporaba a su nuevo colegio el día uno, me dijo que no habría ningún problema y que nos apañaríamos bien.

Cuando colgué, me fui directa a la cama. Sabía que al día siguiente me esperaba otra jornada llena de emociones.

Capítulo 2

Volver a empezar, Pablo Alborán

Las siguientes semanas fueron un auténtico caos de preparativos y cajas llenas hasta los topes. Al parecer era verdad eso de que nunca sabes lo que tienes hasta que debes empaquetar tu apartamento para mudarte. O, al menos, a mí me pasó. Encontré en los cajones cosas que creía haber perdido hacía años y otras que ni siquiera recordaba haber comprado. De todas las cajas que llené, la mitad se quedaron en Aracena, en casa de mis padres, y la otra mitad acabaron en el coche camino de Estepona, rumbo al que sería mi nuevo hogar durante los próximos meses.

Escribí a Carolina cuando estábamos llegando para comprobar que estaba en casa y podía abrirme. Como la calle era peatonal, teníamos que dejar el coche en un aparcamiento y llevar las cajas a cuestas hasta allí, y no me apetecía nada dar un viaje en vano. Por suerte, ella no tardó en contestarme y proponerme quedar en la plaza que estaba sobre el lugar para poder echar una mano. Sonreí al leer aquello. Cada día que pasaba me parecía más simpática.

Cuando por fin aparcamos el coche, les pedí a mis padres que esperaran un momento y subí a la plaza para buscar a Carolina. La vi antes de terminar de subir las escaleras. Estaba de pie junto a estas, con el pelo negro liso suelto y un vestido de tirantes. Miraba su móvil, así que me quedé quieta y aproveché para observarla antes de que ella reparara en mi presencia. Y no pude evitar pensar que era incluso más guapa que en las fotos, aunque me apresuré a desechar aquel pensamiento. Íbamos a ser compañeras de piso, así que no me parecía apropiado.

Carolina por fin levantó la cabeza de su teléfono y me vio, parada en mitad de los escalones y mirándola como una acosadora, lo que me hizo sonrojarme. Menuda pillada. Seguro que no se había llevado una buena primera impresión.

—Berta, hola —me saludó, sonriendo como si nada. Al menos no parecía habérselo tomado mal—. Encantada de conocerte en persona por fin.

—Igualmente. —Terminé de subir y le di dos besos—. Y gracias por venir a echar una mano.

—No me cuesta nada, tranquila.

La conduje de vuelta hacia el aparcamiento, donde mis padres nos esperaban ya sacando mis

cosas. Tras hacer las presentaciones pertinentes, los cuatro cogimos cajas y la seguimos de nuevo al exterior. Menos mal que, tal y como me había dicho, mi nuevo hogar estaba al lado, en una de las calles paralelas a la plaza, llena de pequeñas casitas blancas y maceteros de color azul, porque no habría sido capaz de tirar de todo aquel peso durante mucho rato.

—Es aquí, la número treinta y seis —dijo. Se detuvo y, haciendo malabares para no tener que soltar nada, sacó la llave de su bolsillo. Cuando por fin lo logró, abrió la puerta y me hizo un gesto con la cabeza para que pasara—. ¡Bienvenida!

Crucé el umbral y pasé directamente al salón comedor, que era idéntico a las fotos, aunque estaba bastante más desordenado. Traté de no darle demasiada importancia. Sabía que el principio de un nuevo curso era siempre estresante (Jimena solía olvidarse hasta de hacer la compra), así que no iba a juzgar a Carolina tan a la ligera. Seguro que en unos días, cuando todo se hubiera asentado, la casa estaría más ordenada. O eso esperaba, al menos.

Los cuatro subimos las escaleras hasta la planta superior y ella señaló el que sería mi dormitorio. Era un poco más pequeño que el suyo, pero, como había llegado primero y arreglado todo el papeleo, era justo que se quedara con el más grande que, además, tenía un balcón a la calle. Dejé la caja en el suelo y me asomé a la ventana, que daba al patio de la planta baja y desde el que se veía también la pequeña azotea en la que estaban la cuerda de tender, un par de hamacas y una mesita baja.

—La puerta está en el cuarto pequeño —me explicó Carolina desde la puerta, al darse cuenta de lo que estaba mirando—. Los dueños hicieron un vestidor porque es una habitación diminuta, pero nos viene bien porque así tenemos más espacio de almacenamiento. Además, así las dos podemos entrar a la azotea sin molestar a la otra. No sabes lo a gusto que se está por las tardes. Es el sitio perfecto para tomar un aperitivo antes de la cena.

—Me apunto a eso cuando quieras.

Terminó de enseñarme la planta superior antes de regresar a la inferior para seguir con el tour. El salón, que ya habíamos visto de pasada, no tenía demasiados muebles, aunque el sofá parecía cómodo y la televisión era nueva. Después pasamos a la cocina, que estaba completamente equipada y daba acceso al pequeño patio en el que había unas cuantas macetas. Al otro lado de la cocina, había una despensa bastante amplia, con muchísimas estanterías y otra nevera. Definitivamente los dueños de la casa habían aprovechado al máximo todo el espacio disponible.

Una vez que acabamos el pequeño *tour*, Carolina me dio mi copia de las llaves y me dejó sola para que pudiera instalarme con tranquilidad, aunque me aseguró que estaría en su habitación y que, si necesitaba cualquier cosa, solo tenía que avisarla.

Me puse manos a la obra, con ayuda de mis padres, y en apenas una hora terminé de desempaquetarlo todo. Aunque colocarlo era otra historia. Había guardado toda la ropa en los armarios y cajones, pero mis libros y el material de oficina seguían en montañas sobre el escritorio y el suelo. Aun así, decidí dejarlo para un rato más tarde e irme a almorzar y explorar el centro de la ciudad. Ya tendría tiempo para terminar de ordenar.

—¿Molesto?

Levanté la cabeza de los libros que estaba clasificando, sentada en el suelo, y sonreí al ver a Carolina asomada a la puerta de mi dormitorio, que había dejado abierta.

—No, tranquila. Solo estaba clasificando los libros por orden alfabético. —Ella enarcó una ceja y, aunque no dijo nada, supe que me estaba juzgando y tuve que apresurarme a justificarme—. Sé que puedo parecer un poco maniática, pero así es más fácil encontrarlos.

—Sí, ya veo que eres muy organizada —murmuró mientras miraba a su alrededor.

—Uy, pues esto está hecho un desastre. Pásate dentro de un par de días y te enseñaré mi sistema.

—¿Sistema?

—De organización. Lo adapto a todos los ámbitos de la vida —le expliqué al tiempo que me ponía de pie. Me sacudí el culo y después las manos, sin perder la sonrisa—. ¿Por qué crees que soy tan buena en mi trabajo?

—No lo sé, aún no te conozco lo suficiente. Y justo por eso venía: ¿te apetece salir a dar una vuelta y tapear algo? Así te enseño Estepona y nos ponemos al día. ¿Qué dices?

—Suena bien.

—Pues me visto y nos vemos abajo en cinco minutos.

Carolina salió de mi dormitorio, cerrando la puerta, y yo aproveché para cambiarme la blusa, guardar mi cartera y un par de cosas más en mi bolso y ponerme de nuevo las sandalias. Bajé al salón y esperé a mi compañera, que no tardó en aparecer con el mismo vestido que había llevado aquella mañana.

Paseamos por la zona mientras ella me contaba curiosidades y datos que había oído durante aquellos días, como que a la plaza donde habíamos quedado aquella mañana la llamaban «del huevo», a pesar de que hacía ya varios años que habían derribado la cúpula que le había dado ese apodo o que el edificio de forma extraña que nos encontramos en un parque era un orquidario. Carolina me guio por otra calle peatonal, con tiendas a ambos lados, hasta que llegamos a un abarrotado paseo marítimo. Me asomé a la barandilla, cerré los ojos y tomé una bocanada de brisa marina. La solté con un suspiro y sonreí. Podría acostumbrarme a aquello.

Cuando abrí los ojos, vi que Carolina se había apoyado a mi lado y me miraba con ternura, como si fuera adorable.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo que tu reacción me ha parecido muy tierna.

Continuamos con nuestro paseo y terminamos cenando en la terraza de un bar en una plaza llena de flores, como parecía habitual en aquel lugar. No sabía por qué, pero había macetas en todas partes. Allí aprovechamos para averiguar más cosas la una de la otra y conocernos mejor. Yo le conté que había estudiado Derecho en Huelva capital y que me pasé esos cuatro años

viviendo con Jimena, que encontré trabajo en Aracena poco después de acabar el máster y que, en realidad, nunca había ejercido como abogada. Ella, por su parte, me habló de los años que se había pasado de colegio en colegio y de las veces que había tenido que ir a las oposiciones antes de, por fin, conseguir su plaza.

—Lo de vivir en sitios distintos estaba bien al principio, pero desde que cumplí los treinta, empecé a obsesionarme con la idea de asentarme en algún lugar y echar raíces de una vez —me explicó tras dar un sorbo a su cerveza—. Tener una plaza fija es un buen comienzo para eso, ¿sabes? Aún no sé si me podré quedarme aquí o si pediré un traslado a algún colegio más cercano a mi familia, pero todavía tengo tiempo para pensármelo y, la verdad, me gusta este sitio, así que no descarto quedarme.

—Tiene su encanto —coincidí yo—. A mí aún no me han dicho si tendré que quedarme aquí de forma definitiva o es solo una parada, pero de momento no me importa.

—¿No tienes a nadie esperándote en casa?

A pesar de que Carolina hizo aquella pregunta de forma sutil, yo no pude evitar mirarla con suspicacia. No me había visto venir aquel interrogatorio.

—No, ahora no. Estuve saliendo con una chica durante mucho tiempo, pero rompimos y desde entonces no... —Carraspeé—. O sea que no he encontrado a nadie que me gustara tanto como ella, aunque no me quejo porque tampoco me ha ido mal y he conocido a gente interesante por el camino.

—Esa es siempre la mejor parte.

—¿Y tú? —Decidí devolverle la pregunta con una sonrisa de no haber roto nunca un plato, como si en realidad aquello no me interesara demasiado y solo tratara de ser educada—. ¿Sales con alguien?

—No, ahora no. Rompí con mi ex a dos meses de las oposiciones porque, como no tenía mucho tiempo para salir, ella decidió ponerme los cuernos y echarme la culpa.

—Pues menuda capulla.

—Y que lo digas. Luego intentó volver conmigo, pero yo no estaba dispuesta a perdonar algo así. Además, estoy mucho mejor sin ella. —Levantó su vaso y amplió su sonrisa—. Quiero hacer un brindis: por la libertad y el poder hacer lo que nos dé la gana.

—Pues por la libertad.

Chocamos nuestros vasos, bebimos un trago y seguimos con aquella cena, disfrutando de aquella cálida noche de principios de septiembre.

Capítulo 3

Desastre de persona, Ginebras ft. Dani Martín

Me pasé el primer día de trabajo encerrada en un despacho de color blanco y aspecto moderno, con un ventanal del techo al suelo y muebles funcionales aunque algo fríos. Como aún estábamos poniendo la oficina en marcha, me habían pedido que ayudara a los de Recursos Humanos con las entrevistas de trabajo, por lo que me pasé horas repasando currículos y haciendo preguntas a un montón de candidatos sobradamente preparados. Todos parecían tan buenos que no sabía cómo seríamos capaces de elegir.

Cuando terminamos, compartimos algunas impresiones y, tras mucho esfuerzo y un largo debate, elaboramos una lista con los que pasaban a la siguiente fase. Todavía tendríamos que evaluarlos un par de veces más antes de hacer los informes de idoneidad y pasárselos a los jefes del departamento, que serían quienes tomarían la decisión final.

Como ya era la hora de salir, recogí mis cosas, me despedí de mis nuevos compañeros y me fui de la oficina rumbo a casa, que estaba apenas a un tiro de piedra. Paseé con calma, disfrutando del ambiente de las calles, de las flores y de los escaparates. Incluso entré a una tienda de zapatos y me compré unos mocasines preciosos que me vendrían de maravilla para ir a trabajar cuando bajaran las temperaturas. Cargada con mi bolsa, doblé la esquina de mi calle y subí la pequeña cuesta hasta llegar a casa. Cuando abrí la puerta, vi que la luz del salón estaba encendida, así que sonreí y saludé en voz alta:

—¡Hola, Carolina! —exclamé. Me quité los zapatos en la entrada y me puse las zapatillas que había dejado preparadas antes de marcharme—. ¿Qué tal el día?

Me giré por fin hacia el salón y no pude evitar abrir mucho los ojos al ver el desastre en el que se había convertido. Era como si alguien se hubiera dedicado a lanzar folios de forma aleatoria por toda la habitación.

—Sí, lo sé, está un poco desastrado —dijo mi compañera al ver mi cara de espanto—. Es que, como acabo de conseguir la plaza, estoy en mi año de prácticas y tengo mucho que preparar.

—¿Pero encuentras las cosas? —pregunté, sorprendida.

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Pues porque parece que las vas tirando sin ton ni son.

—¡Qué va! Puede que no tenga un sistema tan organizado como el tuyo, pero sé perfectamente dónde pongo todo. —Paseó la mirada por los montones e hizo una mueca—. Creo.

Asentí, no demasiado convencida, aunque decidí no insistir. No nos conocíamos tanto, por lo que prefería no meterme en su vida. Solo esperaba que el salón comedor volviera a ser funcional para la hora de la cena, porque me apetecía comer viendo una serie en la tele.

—Me voy arriba a cambiarme y descansar un rato.

Ella se despidió con un gesto mientras regresaba a su tarea; yo suspiré, recogí mis zapatos y subí a mi dormitorio. Saqué algo de ropa cómoda y me fui directamente a la ducha para relajarme después de aquel primer día tan agotador. Cuando salí, me sequé el pelo con la toalla y decidí sentarme un rato en la azotea. Todavía hacía algo de sol y me apetecía leer allí un rato. Me tumbé en una de las hamacas y abrí la aplicación de la biblioteca en mi teléfono para seguir con la novela que había cogido prestada hacía apenas un par de días y que me tenía totalmente enganchada.

Al cabo de un buen rato, cuando el sol ya se estaba poniendo y la ligera brisa comenzó a provocarme escalofríos, regresé dentro. Empezaba a hacerse tarde, así que lo mejor sería preparar la cena e irme a dormir pronto. Al día siguiente me esperaba otra larga jornada en la oficina.

La casa estaba a oscuras y solo se escuchaba el sonido del agua de la ducha corriendo. Carolina debía de haber terminado ya y estaría también preparándose para cenar y acostarse. Encendí la luz de las escaleras y bajé hasta el salón. Aunque no pude evitar detenerme de forma abrupta en el último escalón al darme cuenta de que la habitación estaba exactamente igual que cuando llegué. O puede incluso peor, si es que era posible. Había papeles amontonados por todas partes, bolígrafos y rotuladores esparcidos por la mesa y una montaña de carpetas apiladas sobre el sofá. Paseé la mirada por aquel desastre, incapaz de asimilarlo. ¿Pero cómo se le ocurría dejarlo todo así? ¡No vivía sola en la casa! No me importaba que trabajara en el salón y lo llenara de cosas, pero ¿qué menos que recogerlo al terminar?

Justo entonces escuché la puerta del baño abrirse y sus pasos en el pasillo. Y no me pude contener.

—¡Carolina!

Me giré y subí los escalones de dos en dos. Ella, que se había parado al escuchar mi grito, me miraba desde el rellano con una ceja enarcada, aún envuelta en la toalla y con el pelo mojado.

—¿Pasa algo?

—¿Pero a ti te parece normal el desastre que hay en el salón? —le espeté directamente al tiempo que me cruzaba de brazos—. ¡Quería sentarme a cenar y ver algo en la tele y no hay sitio!

—Ay, venga, tampoco hace falta que te pongas así por una tontería. —Ella le quitó importancia con un gesto—. Es que me ha dado pereza guardarlo todo.

—Eso no es excusa. El salón es una zona común, así que no puedes acapararlo y mucho menos tenerlo así de desordenado.

—No está tan desordenado...

—¡Claro que sí! Es un desastre.

—Tranquila, Berta, ahora lo recojo —dijo, todavía con aquel tono calmado—. Dame cinco minutos para vestirme. En seguida bajo, lo guardo todo y luego nos preparo algo rico de cenar. ¿Te gustan las quesadillas? A mí me salen de maravilla y tengo bastante antojo de queso.

No me dio tiempo a contestarle. Antes de que pudiera reaccionar, entró a su dormitorio y cerró con un leve portazo. Me quedé un par de minutos en el pasillo, mirando la puerta cerrada sin terminar de comprender lo que acababa de suceder. ¿De verdad acababa de quitarle importancia como si le estuviera montando un pollo por dejarse un vaso sucio en el fregadero? ¿Es que Carolina no entendía que, para compartir piso, había que respetar las áreas comunes y los espacios de los demás?

Aunque no pude hacerme aquellas preguntas durante mucho tiempo, ya que la puerta no tardó en abrirse de nuevo. Mi compañera salió, en pijama, y sonrió al verme ahí parada.

—¿Todavía no has bajado? —preguntó como si nada—. Venga, vamos, que se hace tardísimo y todavía tengo que hacer la cena.

Pasó por mi lado para poder ir a la planta baja y yo suspiré con resignación. Cerré los ojos y traté de convencerme a mí misma (otra vez) de que aquello sería algo puntual que no se repetiría. Carolina estaba muy ocupada con el inicio del curso y todo el papeleo que tenía que preparar para su año de prácticas, así que era normal que, al principio, anduviera de un lado para otro dejando trastos. Probablemente en unos cuantos días se le pasaría.

Aunque, siendo totalmente sincera, empezaba a temer que aquello no fuera puntual y, de ser así, nos esperaba una dura convivencia.

Capítulo 4

Azoteas, Ainoa Buitrago

Aquel solo fue, efectivamente, el primero de una larga lista de problemas de convivencia que comenzaron cuando apenas llevábamos unos días en casa. Carolina y yo no podíamos ser más distintas: mientras yo necesitaba tenerlo todo recogido y en orden, ella iba repartiendo cosas por todas partes con la vana promesa de que ya lo recogería más tarde (cosa que no hacía); mientras yo procuraba molestar lo mínimo y reducir los ruidos para no importunarla, ella no parecía recordar que vivía acompañada, así que ponía música a todo volumen y daba más portazos de los necesarios. Era agotador convivir con alguien tan opuesta a mí en todo.

Aunque debía confesar que de vez en cuando teníamos momentos buenos que hacían que me olvidara, al menos durante un rato, de las discusiones.

—¿Interrumpo?

Carolina acababa de asomarse a la azotea, donde yo estaba leyendo, aprovechando los últimos rayos de sol. Traía una bandeja con un par de vasos con refresco y un plato con algo de picar.

—No, solo estaba descansando —contesté mientras me incorporaba en la tumbona. Sonreí y señalé la comida—. ¿Y esto?

—Por si te apetecía tomar algo antes de la cena. —Lo dejó en la mesita baja y se sentó en la otra hamaca—. Te he notado un poco cansada cuando has vuelto de trabajar, así que pensé que podría venirte bien.

—Sí, gracias —respondí, sorprendida porque se hubiera dado cuenta de lo exhausta que había vuelto aquel día sin tener que decírselo—. Esto de poner una oficina en marcha te quita toda la energía, así que un poco de azúcar y algo rico me sentará bien.

—Te entiendo —suspiró—. Mi hermana también trabaja en un despacho y algunos días solo tenía ganas de acostarse al volver. Especialmente si había tenido que lidiar con muchos clientes pesados.

—Son lo peor —coincidí a pesar de que, en aquel momento, aún estábamos eligiendo al nuevo personal. Por suerte ya habíamos llegado a la última de una larga lista de fases que yo no

recordaba haber pasado antes de empezar a trabajar allí. En serio, ¿de verdad eran necesarias tantas entrevistas y pruebas?

—Aunque los padres de alumnos no se quedan atrás —se quejó ella al tiempo que se llevaba una mano a la frente de forma dramática, lo que me hizo reír—. Son la mayor de las torturas.

—No serán para tanto...

—Oh, créeme que sí. El año pasado había dos que venían absolutamente todas las semanas para quejarse de las cosas más insignificantes. ¡Una vez incluso de la lluvia, como si yo tuviera control sobre el tiempo y pudiera decidirlo! —Yo volví a reír y ella negó con la cabeza—. Entiendo la preocupación, no me malinterpretes, pero a veces se exceden. Menos mal que tengo mucha paciencia, porque si no...

—Sí, está feo eso de gritar a los padres de un alumno.

—O sacarlos a empujones del colegio —añadió y, esa vez, rio ella también—. Aunque mentiría si dijera que no me lo he imaginado más de una vez, e incluso de dos.

Carolina cogió uno de los vasos y bebió un poco; y yo, que tenía bastante hambre, decidí imitarla y, de paso, coger un trozo de fuet y un par de aceitunas para ir calmando el estómago. Ella sonrió al verme comer, y yo me sonrojé al darme cuenta de que estaba, literalmente, engullendo.

—Perdona...

—¿Quieres cenar ya? —me preguntó, ignorando mis disculpas— Si te apetece, podemos pedir hamburguesas o patatas asadas. Creo que tengo algunos menús en la cocina o podríamos buscar algo por internet.

—Sí, podríamos pedir ahora y así cenar temprano. Además, hoy no me apetece nada cocinar, así que lo de que me traigan la comida a la puerta de casa suena demasiado bien.

—¡Pues no se hable más! —Se puso de pie de un salto y volvió a dejar su vaso sobre la bandeja—. Voy a la cocina, no tardo.

Salió corriendo y yo me quedé un par de minutos con la mirada fija en la puerta y una sonrisa tonta en los labios. A pesar de todo lo malo que empañaba nuestra convivencia, me seguía encantando aquella versión de Carolina, la amable y simpática que había conocido nada más llegar, la atenta que siempre me sorprendía con pequeños detalles como aquel y, a veces, me hacía suspirar como una boba.

A lo mejor solo necesitábamos un poco más de tiempo para ajustarnos la una a la otra. Al fin y al cabo, aquella tarde habíamos vuelto a conseguir pasar un rato juntas sin discutir, como hacíamos antes de que empezaran a surgir todos los problemas.

Me aferré a aquella idea y cogí de nuevo un poco de comida del plato que, no sabía si de manera consciente, Carolina había llenado de algunas de mis cosas favoritas. Decidí tomarme aquello como una señal y darle otra oportunidad.

Y durante un par de días todo fue bastante bien. Hasta que llegó el estallido.

Capítulo 5

Cosas moradas, Ginebras

El estallido llegó una tarde en la que volvía especialmente agotada del trabajo. Ya habíamos terminado con la selección de personal, así que habíamos inaugurado la oficina y estábamos trabajando al mismo tiempo que enseñábamos a los nuevos. Era un trabajo doble para todos los que teníamos experiencia: por una parte teníamos que ocuparnos de nuestros quehaceres, que no eran precisamente pocos en aquel momento, y, por otra, debíamos guiar a los que acababan de incorporarse. Al final pasábamos en el despacho más horas de las que nos correspondían (y que, por supuesto, nadie nos pagaba) y regresábamos exhaustos.

En aquel momento, mientras me arrastraba a casa, solo podía pensar en darme una ducha, tumbarme y pedir algo de cena. Necesitaba descansar después de aquel día tan largo en el que había tenido que rehacer a contrarreloj el trabajo de una de mis compañeras para no meternos en un lío con un cliente. Había trabajado tanto y a un ritmo tan vertiginoso que dudaba que me quedara en aquel momento alguna neurona funcional. Sin embargo, el panorama que me encontré en cuanto abrí la puerta de casa hizo que me pusiera alerta automáticamente. Al parecer mi tan anhelado descanso iba a tener que esperar.

—Carolina, ¿me puedes explicar qué está pasando?

Paseé la mirada por el salón, que estaba incluso más desastrado que de costumbre, y la fijé en el bote de pintura morada que se había volcado. Un hilo corría desde la mesa hasta el suelo, manchando toda la pata además de las losetas.

—Oh, estoy preparando unas cosas para la clase —contestó como si nada, sin mirarme siquiera. Siguió pintando aquellos cartones, sin percatarse aún de que el bote se había volcado—. En seguida termino.

—¿Pero no ves cómo lo estás poniendo todo? ¡Hay morado por todas partes!

Ella pareció darse cuenta, por fin, de la gravedad del asunto, y levantó la cabeza. Abrió los ojos y lanzó una retahíla de insultos al ver que, efectivamente, se le había derramado la pintura. Se levantó de un salto y se apresuró a enderezar el tarro e ir a por un trapo.

—Perdona, no me había dado cuenta —se excusó mientras trataba en vano de solucionar aquel desastre—. En seguida lo arreglo.

—Pues no sé cómo, porque has pintado toda la madera. —Me eché el pelo hacia atrás, agobiada—. Tú verás cómo harás para limpiarlo sin estropearla... ¡Seguro que nos quitan parte de la fianza!

—Que no, tranquila —siguió insistiendo ella—. No es la primera vez que me pasa y sé cómo...

—Pues espero que sea la última en esta casa —la interrumpí de malas maneras. Estaba demasiado cansada para escuchar sus excusas.

—Ay, Berta, no seas tan dramática. Ha sido solo un accidente.

—Ya, bueno, eso ha sido un accidente, pero no es algo puntual. Siempre estás dejando cosas por ahí tiradas como si vivieras sola. Me da igual que tu cuarto esté siempre hecho una leonera, pero no puedes hacer lo que te dé la gana en las zonas comunes. No voy a imponerte unas normas estrictas, pero sí que te pido unos mínimos. Y, sobre todo, que me respetes.

—Pero ¿qué dices? —Carolina me miró con la nariz arrugada, sin entender muy bien qué estaba pasando.

—Pues lo que oyes.

—A ver, dime, ¿cuándo te he faltado yo a ti al respeto?

—¿Ahora mismo, por ejemplo?

—No, de eso nada. Estás sacando las cosas de quicio. Sé que soy un poco desordenada y que últimamente no he prestado mucha atención a la limpieza de las zonas comunes porque no doy abasto, pero tampoco creo que sea como para ponerse así.

—Esa es tu opinión.

—Es la realidad, Berta. Además, deberías aprender a relajarte un poco. La vida da muchas vueltas, así que no se puede ser tan cuadrículada porque las cosas no salen siempre como nos gustaría.

Di un paso hacia atrás, como si acabara de darme un bofetón. Aquel comentario me había molestado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Yo no era tan cuadrículada como ella decía y sabía adaptarme a los cambios, pero me gustaba tener la casa limpia y en orden. No creía que estuviera pidiendo tanto.

—¿Sabes qué? Me voy arriba porque he tenido un día larguísimo en la oficina y no me apetece nada seguir discutiendo contigo. Espero que cuando baje a por mi cena, esté todo recogido y no haya manchas de pintura por el suelo.

No le di tiempo para que contestara. Agarré mi bolso con fuerza y subí las escaleras con firmeza y la cabeza muy alta. Entré a mi dormitorio y cerré con un portazo que retumbó por toda la casa para dejar las cosas bien claras. Una vez dentro, me dejé caer en la cama y ahogué un grito de frustración en la almohada. ¿Cómo podía Carolina sacarme tanto de mis casillas? Aquella convivencia se me iba a hacer larguísima.

Casi de forma inconsciente, saqué mi móvil, lo desbloqueé y busqué en el navegador la web

de un portal inmobiliario. Por suerte, Carolina era la única que figuraba en el contrato, así que no tendría ningún problema para marcharme de allí si encontraba algo mejor. Perdería la fianza, evidentemente, pero ganaría en salud mental. Sin embargo, en cuanto configuré mis filtros me di cuenta de que aquella huida no iba a ser tan sencilla. Apenas había habitaciones libres y los apartamentos eran demasiado caros o estaban lejos de mi oficina (un gran inconveniente teniendo en cuenta que en aquel lugar apenas había transporte público y yo no tenía coche). Resoplé y dejé el teléfono sobre la colcha, aún más desanimada que cuando había subido.

Al parecer tendría que aguantarme y seguir viviendo en aquella casa destartada al menos durante un tiempo.

Capítulo 6

La playa, La Oreja de Van Gogh

El domingo me desperté a las siete y media y, a pesar de lo agotada que estaba después de aquella semana tan estresante, fui incapaz de volver a dormirme. A las ocho y cuarto, cansada de dar vueltas de un lado a otro, asumí con resignación que no iba a coger de nuevo el sueño y decidí levantarme. Ya que había madrugado, lo mejor sería aprovechar el día.

Salí de la cama y me asomé a la ventana de mi dormitorio. Hacía una mañana espléndida, perfecta para dar un paseo y tomar un desayuno en una terraza. Así que, como ya estaba levantada, me vestí y maquillé y salí de casa tratando de no hacer ruido (no quería molestar a Carolina a pesar de todos nuestros rifirrafes). Deambulé por la calle Terraza con calma, disfrutando de la ligera brisa, hasta llegar al paseo marítimo. Bajé a la playa, me quité los zapatos y continué aquella pequeña caminata por la orilla, aspirando el aire salado mientras las olas me mojaban los pies. Definitivamente podría acostumbrarme a aquello.

Caminé durante al menos media hora hasta que me cansé y me senté en la arena, frente al mar, para poder contemplarlo un rato más. Permanecí ahí, disfrutando de la quietud, hasta que escuché unos pasos amortiguados a lo lejos y me percaté de que no estaba sola en la playa. Me giré para ver quién era el otro insensato que había decidido levantarse a aquellas horas un domingo para pasear y no pude evitar sorprenderme al reconocer a Carolina. Ella, que también reparó en mi presencia, se detuvo de forma abrupta. Nos quedamos mirándonos, sin saber muy bien qué hacer. Desde el encontronazo de la pintura morada, solo hablábamos cuando era estrictamente necesario, así que aquel momento era un poco incómodo para ambas.

O, al menos, eso creía yo porque, de repente, ella sonrió y dio un par de pasos en mi dirección.

—No sabía que tú también habías madrugado —me dijo a modo de saludo—. No te he oído.

—No quería molestar —contesté, todavía un poco confusa. ¿Por qué de repente actuaba como si no hubiera pasado nada malo?

—Yo tampoco. —Señaló a mi lado y amplió su sonrisa—. ¿Puedo?

—La playa es de todos, ¿no?

—Vale, veo que sigues enfadada por lo del otro día —murmuró, aunque, aun así, se dejó caer a mi lado—. Creo que nos pasamos un poco.

—¿Nos?

Giré la cabeza hacia ella tan rápido que incluso noté un pequeño chasquido en el cuello.

—Lo de la pintura estuvo mal, pero tienes que admitir que fuiste bastante dura conmigo. Dijiste algunas cosas un poco fuera de lugar.

—¿Y cómo esperabas que reaccionara? —me defendí—. Volví de un día agotador y me encontré pintura por todas partes. Además, siempre tienes la casa hecha un desastre.

—Porque estoy hasta arriba de trabajo ahora mismo y no me da la vida para más. Pero no insistiré. Eso ya te lo dije el otro día y no me hiciste demasiado caso.

—Hay unos límites, Carolina.

—También lo sé y te prometo que a partir de ahora intentaré mantener las zonas comunes ordenadas.

—¿De verdad? —pregunté, bastante incrédula. Dudaba que aquello fuera en serio—. ¿No decías que estabas muy ocupada?

—Y lo estoy, pero, en cuanto me adapte, tendré más tiempo. Además, tienes razón: vivimos juntas, así que no puedo actuar como si yo fuera la única dueña de la casa. Lo siento mucho. Te prometo que a partir de ahora me esforzaré más por mantener el orden.

La observé y enarqué una ceja. Seguía sin estar demasiado convencida de aquello, aunque acabé por ablandarme. No sabía si era aquella atmósfera tan relajante, la luz de la mañana o la manera en la que ella me estaba mirando, pero logró que mi enfado se disipara y que incluso dibujara una pequeña mueca.

—Te lo agradezco. Y supongo que yo también debería disculparme —decir aquello me estaba costando más de lo que estaba dispuesta a admitir. Sin embargo, una parte de mí que no sabía muy bien de dónde había salido suponía que aquello era lo correcto, así que seguí hablando—. Creo que fui un poco dura contigo y puede que tengas razón y dijera algunas cosas que estaban totalmente fuera de lugar.

—Pues sí, aunque en parte entiendo por qué lo hiciste: estabas cansada, te gusta mucho el orden y yo acababa de llenarlo todo de pintura. Es normal perder los nervios en una situación así. —Carolina le quitó importancia con un gesto y amplió su sonrisa—. Lo mejor será olvidarlo; hacer borrón y cuenta nueva. ¿Qué me dices? ¿Amigas?

Extendió la mano hacia mí; y yo, a pesar de que dudé unos segundos, acabé por estrechársela. Aquella era la mejor opción. Si teníamos que seguir viviendo juntas, debíamos hacer una tregua y adaptarnos la una a la otra.

—Amigas.

El apretón duró unos segundos y, cuando nos soltamos, nos quedamos sentadas, en silencio, mirando el horizonte y disfrutando de la calma de la mañana.

—¿Sabes? Me encanta el mar —murmuró Carolina después de un par de minutos. Volví a

girarme hacia ella, aunque seguía con la vista fija en el agua—. Siempre me ha gustado, desde que era una niña. Me da mucha calma.

—¿Te criaste cerca de la playa? —me atreví a preguntarle, sin saber muy bien qué decir ante aquella inesperada confesión.

—No, pero sé que había mar en la ciudad en la que nací. No sé mucho de ese sitio, ni de mis orígenes, porque, por más que mis padres y yo hemos buscado, no hemos encontrado nada sobre mi familia biológica, pero sí sé que había mar —confesó en un murmullo—. Creo que por eso me ha gustado tanto siempre, que por eso tengo esta conexión con él. A veces siento que no termino de pertenecer a ninguna parte, ¿sabes? Como si estuviera en un punto intermedio entre dos tierras, en un lugar caótico. Pero el mar... el mar siempre está ahí. Sé que suena raro, pero lo siento como una presencia constante, algo a lo que poder regresar siempre, ya sea aquí o en cualquier otro lugar, y eso me tranquiliza muchísimo.

No supe qué contestar. No sabía a qué venía todo aquello, ni desde cuándo teníamos tanta confianza. Hacía unos minutos apenas éramos capaces de dirigirnos la palabra por la pelea de la pintura y, de repente, ella me confesaba algo que era bastante personal. A pesar de que no había querido entrar en detalles, parecía evidente que no era una historia que fuera contándole a todo el mundo. Y no entendía por qué había decidido abrirse así conmigo aquella mañana. No tenía mucho sentido.

Seguí mirándola, en silencio. Sentía que debía decir algo, pero, como no sabía qué y no quería enrarecer el ambiente, no abrí la boca. Me limité a poner una mano en su brazo y darle un leve apretón de ánimo. Carolina dibujó una pequeña sonrisa y, sin que lo esperara, apoyó la cabeza en mi hombro. Yo la miré, dubitativa, y al final le acaricié el pelo, lo que hizo que ella ampliara su sonrisa y levantara la mirada.

—Perdona, me pongo muy intensa algunas veces.

—No, no te preocupes —me apresuré a asegurarle—. Es solo que no sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada, tranquila.

Volvimos a quedarnos en silencio durante unos minutos, con la vista fija en las olas que rompían en la orilla, hasta que Carolina volvió a hablar.

—¿Te apetece desayunar? —me sugirió—. Invito yo. Conozco una cafetería francesa aquí cerca en la que hacen unos *croissants* que te mueres.

—No suena nada mal.

Nos separamos, nos pusimos de pie y, tras sacudirnos la arena que se nos había quedado pegada a las manos y la ropa, emprendimos el camino hacia la cafetería dispuestas a iniciar una nueva etapa en nuestra todavía breve convivencia.

Capítulo 7

Dispárame, Ainoa Buitrago

La tregua duró exactamente dieciséis días durante los cuales descubrí una faceta de Carolina que no conocía todavía y que me recordó mucho a la primera impresión que me dio cuando la conocí. A pesar de ese desorden constante que parecía perseguirla allá donde fuera, seguía siendo la misma chica atenta y divertida de la primera semana. No tardamos demasiado en coger de nuevo confianza, así que me contó muchas anécdotas de su infancia y sus años de adolescencia, e incluso volvió a hablarme del mar, de sus raíces y de lo difícil que era a veces encontrar tu lugar en el mundo, el sitio al que pertenecías. Yo la escuchaba atentamente cada vez que sacaba el tema. Nunca me había parado a pensar en aquellas cosas, por lo que me parecía muy interesante. Además, así podía conocerla mejor, aprender más cosas sobre ella. A cambio, yo también le hablé de mi vida y le enseñé fotos antiguas para que pudiera reírse de las pintas que llevábamos Jimena y yo en el instituto.

Durante esos dieciséis días, la convivencia fue maravillosa: la casa estaba casi ordenada, veíamos películas juntas, charlábamos, incluso nos preparábamos el desayuno la una a la otra. Nuestra relación parecía ir, de repente, viento en popa. Hasta que una noche todo volvió a explotar, esta vez por culpa de un zapato tirado en las escaleras que hizo que tropezara y estuviera a punto de caerme. Menos mal que tenía buenos reflejos porque, si hubiera sido un poco más torpe, habría acabado rodando escaleras abajo y quizá me habría incluso roto un hueso.

—¡Carolina! —grité nada más incorporarme. Cogí el zapato y anduve con paso apresurado hasta la cocina. Ella, que estaba terminando de preparar la cena con la música a todo volumen, se giró hacia mí y me miró con una ceja enarcada. Era evidente que no se había enterado de nada—. ¿Qué es esto?

—¿Un zapato?

—Intenta ser un poco más específica. Te daré una pista: mío no es.

—Parece una de mis deportivas.

—Exacto, y, si es tuya, ¿por qué no estaba en tu dormitorio?

—No lo sé. Me las he quitado en la entrada, así que supongo que se me habrá caído sin darme cuenta al subir.

—¿Y por qué no la has recogido luego? —insistí—. Has tenido que pasar a su lado al bajar para hacerte la cena.

—Hacernos —me corrigió como si aquello fuera lo importante—. Estoy cocinando para las dos.

—¿Crees que importa? ¡Casi me caigo por las escaleras por culpa del zapato! ¿Y si me hubiera partido algo?

Carolina dudó antes de contestar. Se giró para apagar la vitrocerámica y apartar la sartén del fuego y me miró de reojo mientras yo aún sostenía la zapatilla en el aire. No estaba dispuesta a perder aquel enfrentamiento, así que si tenía que quedarme durante horas en aquella postura, lo haría.

—Pero no te ha pasado nada —murmuró al final, después de unos segundos eternos—. Estás perfectamente.

—Oh, por Dios...

—Y no la he recogido porque no me he dado cuenta —siguió diciendo, ignorando mi queja—. Bajaba distraída, tratando de recordar qué verduras teníamos en la nevera, y ni me he fijado. Sabes que soy un poco desastre.

—Demasiado, más bien —bufé sin poder evitarlo—. ¿Y si me hubiera caído?

—¡No lo has hecho! —exclamó ella, levantando un poco la voz—. ¿Podemos dejar de dar vueltas sobre lo mismo una y otra vez, por favor? Así no ganamos nada. Además, ¡ni que lo hubiera hecho a propósito! Siento ser tan despistada, ¿vale?, pero empiezo a estar cansada de tener que disculparme por todo. Parece que es lo único que hago.

Sentí una ola de rabia inmensa recorriéndome de arriba abajo al escuchar aquello. ¡Ni que yo fuera una tirana y me pasara el día gritándole! Di un par de pasos hacia delante sin poder evitarlo y la señalé con el dedo.

—¡No exageres! Además, si no fueras dejándote todas las cosas por ahí tiradas, no me molestaría.

Carolina, lejos de amedrentarse, dio otro paso también hacia delante y me apoyó un dedo en el pecho.

—Oye, que tú también haces cosas que a mí no me gustan y no me quejo tanto.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Pues... pues... —balbuceó, probablemente tratando de dar con algo que realmente la enfadara—. ¡Cuando estamos hablando y te distraes!

—¿Qué? —pregunté, confusa. De repente no entendía qué estaba pasando.

—¡Sí, exacto! —insistió ella, alzando de nuevo el tono—. A veces estamos hablando y tú empiezas a pensar en otra cosa y entornas un poco los ojos y... y te muerdes el labio y yo, pues, me olvido de lo que te estaba diciendo y eso me pone... ¡agg!

No tuve tiempo ni siquiera de preguntarle qué quería decir. Antes de que pudiera hacerlo, enganchó el cuello de mi camiseta con el dedo que tenía apoyado en mi pecho, tiró un poco de mí y me besó. Se me resbaló el zapato que todavía tenía en la mano y me quedé petrificada durante unos segundos, sin poder ni siquiera reaccionar. No sabía de dónde había salido aquel beso. ¿Se me habría pasado alguna señal? En mi mente apareció, como en un fogonazo, la imagen de Carolina en la playa seguida de su sonrisa mientras desayunábamos, su risa cuando le contaba algo divertido, las expresiones tan dramáticas que dibujaba cuando relataba algo que la emocionaba... Y, sin pensar, cerré los ojos y le devolví el beso.

Ella tiró un poco más de mí y, no sé muy bien cómo, acabé atrapada entre la encimera y su cuerpo. Deslicé una mano a su nuca y la enredé en su pelo, sin dejar de besarla. Un cosquilleo se extendió por todo mi cuerpo desde las puntas de los dedos de los pies, así que seguí disfrutando de aquello. Hasta que, otra vez de forma repentina, tuve un momento de cordura y me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Me separé de Carolina con tanta brusquedad que ella a punto estuvo de dar un traspié. Me miró con el ceño fruncido, sin entender por qué interrumpía de aquella forma un beso que, era evidente, ambas estábamos disfrutando bastante.

—Pero ¿qué estamos haciendo? —murmuré.

—Berta...

—Esto es... es una malísima idea —la interrumpí antes de que pudiera añadir nada más—. No podemos.

Eché a correr, dejándola prácticamente con la palabra en la boca. Salí de la cocina y subí los escalones de dos en dos sin detenerme. Ella me siguió llamándome, pero yo no me detuve, ni siquiera me di la vuelta para mirarla. Tenía que marcharme cuanto antes, irme lejos de ella, o volvería a hacer alguna tontería. Y no quería ni planteármelo en aquel momento. Liarte con tu compañera de piso era siempre una pésima idea; mucho más si tienes tantos problemas de convivencia como teníamos nosotras.

—Berta, ¡espera! —insistió ella, asomándose a las escaleras—. Vamos a hablar de lo que ha pasado.

Pero ni aun así me detuve. Llegué a mi dormitorio y me encerré con un portazo para dejar claro que no quería hablar con nadie. Por suerte, Carolina pareció captar la indirecta porque no subió, ni volvió a llamarme. Había entendido que no quería hablar del tema y me había arrepentido del beso. Aunque, en realidad, no estaba demasiado segura de aquello. Puede que me costara admitirlo y que no terminara de entender por qué había pasado, pero aquel beso me había gustado demasiado.

Apoyé la espalda en la madera y, poco a poco, me dejé resbalar hacia el suelo. Tenía la cabeza hecha un lío, con pensamientos que saltaban de un lado a otro: el primer día en la casa, las risas, las discusiones, los momentos tensos, la mañana en la playa, las conversaciones sobre nuestras vidas gracias a las que habíamos podido conocernos mejor... y la sonrisa de Carolina. Por

muchas vueltas que diera mi cabeza, siempre acababa en el mismo lugar: en aquella risa melódica, en esa sonrisa que dibujaba, pasara lo que pasara. Suspiré y cerré los ojos. No sabía cómo sería la convivencia a partir de ese momento, pero temía que acabara siendo aún más complicada.

Capítulo 8

Magia en caos, Paula Koops

La convivencia se enrareció aún más después de aquel beso. Aunque ninguna de las dos sacó el tema, yo no podía dejar de darle vueltas. Seguía sin entender cómo había podido suceder algo así, cómo habíamos pasado de estar discutiendo por un zapato a... aquello. A mí, Carolina no me gustaba; es más, se suponía que ni siquiera me caía bien todo el rato, así que ¿por qué le había seguido el beso? ¿Por qué no me había apartado en cuanto se me acercó? Vale que siempre me había parecido muy mona, pero eso era todo, así que nada de aquello tenía sentido.

Los primeros días tratamos de hacer vida normal: intentábamos hablar cuando nos cruzábamos en el pasillo, nos preguntábamos la una a la otra si necesitábamos algo del supermercado o nos ofrecíamos a prepararnos la cena. Sin embargo, la tirantez era más que evidente y yo cada vez me sentía más incómoda. No podía seguir fingiendo normalidad mientras no dejaba de pensar en lo que había pasado entre nosotras, no podía seguir haciendo como si nada mientras en mi cabeza no dejaba de repetirse aquel beso, por lo que hice lo único que se me ocurrió en aquel momento: empezar a evitar a Carolina. Y no fue en verdad fácil, porque literalmente vivíamos juntas y, aunque la casa tenía dos plantas, no era un palacio y teníamos poco espacio para rehuirnos. Aun así me parecía mucho mejor que seguir cruzándome con ella cada día y haciendo como si nada.

Aquella distancia me dio también bastante tiempo para pensar. Como no dejaba de rememorar lo de la cocina, de analizarlo fríamente, acabé por sacar unas cuantas conclusiones cuanto menos curiosas. La primera era que, aunque Carolina me sacara de mis casillas con su desorden y su despreocupación, en realidad no me caía tan mal como decía y prueba de ello eran no solo el beso, sino los buenos ratos que habíamos pasado juntas: desde aquel primer día en el que se ofreció a enseñarme el pueblo hasta las jornadas previas al incidente, pasando por la mañana en la playa que, lógicamente, lo había cambiado todo. A pesar de que en aquel momento me aferrara a todos los malos momentos y a las discusiones, debía admitir que las dos habíamos estado muy a gusto. Y aquello me llevaba a mi segunda conclusión: a lo mejor (y solo a lo mejor) Carolina sí que me gustaba un poco. La primera vez que la vi me quedé de piedra y estaba bastante segura

de que si no hubiéramos tenido tantos problemas de convivencia habría acabado pillada hasta las trancas por ella. A pesar de todo lo malo, era muy divertida y siempre trataba de encontrarle el lado positivo a todo, así que no me parecía tan descabellado sentir algo por ella. Aunque ese pequeño sentimiento tenía que desaparecer cuanto antes o acabaría por complicar aún más nuestra situación, si es que era posible. Tenía que controlarme y establecer límites si quería volver a tener, en algún momento, una convivencia al menos soportable.

Así que no me quedaba otra que seguir esquivándola un tiempo hasta olvidar el beso y que todos mis sentimientos se normalizaran. Y, con mucho esfuerzo, lo logré durante unos días: por la mañana no salía de mi cuarto hasta que la escuchaba bajar a la cocina, y desayunaba cuando ya se había marchado al colegio; cuando volvía del trabajo, me encerraba directamente en mi habitación y aprovechaba el rato que sabía que ella estaba en el gimnasio o en el supermercado para ducharme, prepararme la cena y subírmela al dormitorio. Cenaba todos los días a las ocho, pero prefería tener aquel horario a encontrármela en la cocina, que era prácticamente el lugar del crimen, y tener que fingir que no pasaba nada. Sin embargo, mi plan se truncó un jueves por la tarde. Salí de la ducha y, como cada día, bajé para prepararme algo de comer, ya que Carolina estaba fuera. O eso creía yo porque, nada más llegar al salón, me la encontré sentada en el sofá, mirando su móvil. Me detuve de forma abrupta e incluso me planteé dar media vuelta y regresar por donde había venido, pero ella, que debía haberme oído, levantó la cabeza. Nos miramos la una a la otra, en silencio, sin saber muy bien qué decir o cómo actuar después de tantos días separadas.

—Hola —murmuró ella tras un par de minutos interminables—. ¿Cómo... cómo estás?

—Bien —contesté de forma escueta tras otra breve pausa—. ¿Y tú?

—También. —Carolina asintió lentamente. Desvió la vista hacia la pared con cierto nerviosismo.

—Me... me alegro.

—Y yo, Berta. Hace tiempo que no coincidimos. Vivimos juntas, pero no nos vemos nunca.

—He estado ocupada con el trabajo y esas cosas, ya sabes —respondí de forma escueta, tratando de disimular para que no se diera cuenta de la verdad—. Creía que no estabas.

—Me he dado cuenta de camino al gimnasio de que se me había olvidado el móvil, así que me he vuelto y me ha dado pereza ir otra vez.

—Ah.

Aquello explicaba por qué mis cálculos habían fallado aquella noche. Volvimos a quedarnos calladas y yo me rasqué el brazo, incómoda. No quería quedarme allí ni un minuto más, pero no sabía cómo marcharme sin enrarecer la situación aún más.

—¿Has bajado a hacerte la cena? —me preguntó ella—. ¿No es un poco temprano?

—Me he acostumbrado a comer a esta hora.

—Dicen que es más sano.

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco. Menuda conversación más absurda

estábamos teniendo por no saber cómo despedirnos. Carolina se echó un poco hacia delante y vi en sus ojos lo que se le estaba pasando por la cabeza. Y no me gustó nada. Algo me decía que estaba a punto de sacar a colación nuestro beso y yo no tenía ganas de hablar de aquello con ella.

—Tengo que irme —dije justo cuando ella empezaba a pronunciar mi nombre. Era mejor prevenir que curar—. Estoy trabajando en mi cuarto y solo había bajado a prepararme un sándwich.

Ella titubeó. Estaba claro que no se había creído mi excusa, pero, por suerte, acabó por asentir y dibujar una pequeña sonrisa que, aunque falsa, logró tranquilizarme un poco. Debía haberse dado cuenta de mi incomodidad y no iba a forzar la conversación.

—Pues que aproveche y que te sea leve el trabajo —dijo—. Yo voy a seguir un rato aquí y ya luego cenaré y me iré a dormir.

—Pásalo bien, supongo.

—Gracias, supongo.

Hice un rápido gesto con la mano y, por fin, me dirigí a la cocina. Cerré la puerta y me apoyé en la encimera con un suspiro. No sabía cómo íbamos a solucionar aquello, pero la situación empezaba a volverse insostenible.

Capítulo 9

El gato, Pablo López

Cuando me desperté todavía era de noche. Fruncí el ceño y, aún algo confusa y somnolienta, miré la hora en el reloj de mi mesita. Tuve que parpadear un par de veces hasta lograr enfocar los números y, cuando por fin lo logré, resoplé. Eran las seis de la mañana. A mi alarma aún le faltaba un rato para sonar, así que no sabía qué hacía despierta. De repente, un maullido rompió el silencio. Me incorporé con brusquedad. Aquello había sonado muy cerca, casi como si estuviera dentro de la casa. ¿Y si se había colado un gato y eso era lo que me había despertado?

Me levanté de la cama, me puse las zapatillas y salí del dormitorio. La luz del salón estaba encendida, lo que me hizo fruncir aún más el ceño. Un gato no podía encender la lámpara, así que ahí abajo debía de haber alguien. Miré al otro lado del pasillo y comprobé que la puerta de Carolina seguía cerrada. Probablemente no se habría enterado de nada y seguiría durmiendo. Regresé a mi cuarto un momento para coger mi móvil (por si tenía que avisar a la policía) y armarme con lo primero que encontré, que fue ni más ni menos que un zapato de tacón. Lo agarré con fuerza y, tratando de no hacer ruido, comencé a bajar las escaleras peldaño a peldaño, casi de puntillas, hasta asomarme por fin al salón para comprobar lo que pasaba.

Suspiré, aliviada, al ver a Carolina sentada en una silla, acunando algo en una manta. Terminé de bajar y entré al salón, sobresaltándola. Estaba tan concentrada en lo que quiera que estuviera haciendo que no me había oído llegar.

—Qué susto —murmuró, llevándose una mano al pecho—. ¿Qué haces levantada a estas horas?

—Me ha despertado un ruido. ¿Va todo bien?

No tuvo tiempo a contestar. Un nuevo maullido resonó en el salón y yo me fijé, por fin, en lo que sostenía Carolina en los brazos. Ella suspiró y meció de nuevo a aquel pequeño gatito que no sabía de dónde había salido.

—He madrugado porque tenía que preparar unas cosas antes de ir al colegio y he escuchado maullidos en la puerta —empezó a explicarme—. Me he asomado a ver qué pasaba y me la he

encontrado ahí sola, tiritando. He esperado un rato en la calle, pero no había nadie cerca ni veía a su madre por ninguna parte. No sabía qué hacer y no podía dejarla. Es tan pequeña y parecía tan indefensa... Me daba miedo que le pasara algo o que le hicieran daño.

—Sí, tranquila, yo habría hecho lo mismo —coincidí. Si me hubiera encontrado a un animal indefenso en la puerta de casa, también habría tratado de ponerlo a salvo. Me acerqué un poco y retiré la manta para poder verla mejor. Era realmente diminuta—. Es monísima.

—Creo que lo mejor será llevarla al veterinario para que compruebe que todo está bien. No sé mucho sobre gatos y ni siquiera sé si puedo darle de comer.

—¿Has buscado si hay alguno cerca?

—Sí, pero no abre hasta las nueve y media y yo tengo que estar en el colegio a las nueve —suspiró—. Intentaré escaparme un rato. A lo mejor alguna compañera puede cubrirme una hora.

—O podrías pedírselo a tu compañera de piso que entra a las diez —dije con despreocupación como si no llevara días ignorándola y nuestro último encuentro no hubiera sido el más tenso de la historia—. He estado haciendo horas de más, así que no creo que les importe que llegue hoy un poco tarde.

—¿Lo harías de verdad? —Carolina pareció sorprendida.

—Pues claro. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, porque... —Carraspeó y bajó la mirada a la manta antes de seguir—. No hemos sido las mejores compañeras últimamente, ¿no?

—Supongo que no. —Apreté los labios y aparté también la vista—. No, definitivamente no lo hemos sido.

—Berta, sé que no quieres hablar de lo que pasó y llevo mucho respetando tu decisión, pero esta situación empieza a ser insostenible —murmuró—. No podemos seguir viviendo juntas sin hablarnos.

—Lo sé...

—Siento mucho haberte besado. No sé qué se me pasó por la cabeza, pero no pude evitarlo.

—No puede repetirse —contesté, obviando el hecho de que no tenía por qué disculparse porque yo le había seguido el beso.

—No lo haré, tranquila —me aseguró. Levantó por fin la mirada y me dedicó una pequeña sonrisa—. Sé que no paramos de tener altibajos, pero no quiero que vivamos así, rehuyéndonos la una a la otra, peleando por cualquier tontería. ¿Crees que podemos empezar otra vez de cero? ¡O ni siquiera de cero! ¿Crees que podemos volver a ser las mismas que regresaron aquel día de la playa? Estuvimos muy a gusto después de aquello, ¿no crees?

—Sí, lo estuvimos —respondí con sinceridad porque Carolina tenía toda la razón: habían sido nuestros mejores días juntas—. Y me encantaría volver a ese momento, pero no sé si será posible.

—¿Por qué?

«Porque creo que me gustas, pero me parece una malísima idea, así que deberíamos mantener

las distancias durante un tiempo», pensé, aunque no lo dije. En su lugar me limité a encogerme de hombros y negar con la cabeza.

La gata maulló de nuevo, atrayendo nuestra atención e interrumpiéndonos antes de que alguna de las dos pudiera decir alguna tontería.

—Yo la llevaré al veterinario —dije. Nuestras miradas se cruzaron y noté cómo me ablandaba, cómo todo lo que había dicho antes de repente parecía no tener ningún sentido. ¿Por qué estaba tan empeñada en alejarme de Carolina? Ya me había dicho que no volvería a repetirse, así que ¿por qué no intentar ser amigas otra vez y así, al menos, poder sobrevivir a aquella convivencia? —. Y, aunque no podamos empezar de cero ni retomarlo donde lo dejamos antes de lo que pasó, a lo mejor sí que podemos dar otro paso hacia delante e intentar llevarnos mejor. Por el bien de nuestra convivencia.

Se le encendieron los ojos al oír aquello y dibujó una sonrisa que pareció iluminar toda la habitación.

—Me parece una idea fantástica. —Con cuidado, extendió una mano hacia mí—. ¿Trato hecho entonces?

Dudé durante unos segundos. No sabía si lo de tocarnos sería buena idea. No quería que se desencadenara ningún tipo de reacción y acabáramos otra vez besándonos. Sin embargo, ella seguía con la mano en el aire y yo no quería parecer maleducada ni mucho menos empezar aquello con mal pie, así que acabé por sonreír y estrechársela. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo e incluso tuve que aguantar la respiración, aunque, por suerte, ella no pareció darse cuenta de aquella reacción tan exagerada. Y eso que solo me había rozado la mano...

—Trato hecho —conseguí decir aun así. Deshice rápidamente el apretón y coloqué ambos brazos tras la espalda de forma nerviosa—. Llevaré a la gata al veterinario en cuanto abra y te llamaré para contarte lo que me dicen.

—Sí, por favor. Espero que todo vaya bien. —Carolina bajó la vista de nuevo hacia el animal y lo mecía con dulzura—. Supongo que esta tarde tendremos que ir a comprar cosas.

—¿Cosas? —Fruqué el ceño sin poder evitarlo. No entendía de qué estaba hablando.

—Sí, ya sabes, para la gatita: comida, una cama... Al menos lo básico para ir tirando. —Arrugué la frente más, totalmente perdida. No estaba muy segura de lo que estaba insinuando. Ella, que se dio cuenta de mi confusión, se encogió de hombros—. No puede dormir en el sofá, ¿no te parece?

—Espera, ¿quieres quedártela?

—¿Tú no? ¡Pero si has dicho que es monísima!

Dibujé una mueca de incredulidad. No podía creerme que de verdad se estuviera planteando quedarse con aquella gata sin sopesar los pros y los contras ni pararse a pensar si de verdad podíamos hacernos cargo de ella.

—No puedes estar hablando en serio...

—¡Por supuesto que sí! No pienso abandonarla.

—Y no te estoy diciendo que la dejemos de nuevo en la calle, sino que le busquemos una buena familia —repliqué yo—. ¿Tú sabes todo el trabajo que es tener un gato? ¡Y el desorden!

—No tiene por qué. Si nos organizamos bien...

—Carolina, ¿cuándo nos hemos organizado bien tú y yo?

Ella pareció titubear ante aquel argumento tan bueno, aunque no tardó en recomponerse y contraatacar.

—¿No decías que debíamos ir un paso más allá? Pues no se me ocurre nada mejor que una gata para eso, porque no nos quedaría más remedio que entendernos y trabajar juntas.

—No será tan fácil...

—Claro que sí. Solo tenemos que poner de nuestra parte. Además, estoy segura de que podremos darle un hogar maravilloso.

—Carolina...

—No puedo dejarla, Berta —me interrumpió. Su voz sonó temblorosa y me di cuenta de que tenía los ojos ligeramente empañados. Ahí volvía a estar la Carolina tierna y atenta—. Es un bebé y no tiene a nadie en el mundo. Está completamente sola, así que ¿qué va a ser de ella si no hacemos algo?

A pesar de que traté de mantenerme firme en mi postura, aquellas palabras me enternecieron y acabé por suspirar y relajar los hombros. No podía negarme a adoptarla si me lo pedía así. Además, tenía razón: ¿qué sería de ella si nosotras no la ayudábamos?

—Le preguntaré al veterinario qué tenemos que comprar y cómo tenemos que cuidarla hasta que sea un poco mayor. No creo que tenga más que unos meses, así que probablemente tengamos que estar muy pendientes de ella.

—¿De verdad? —Dio un grito y se levantó de un salto—. ¿Podemos quedárnosla?

—Espero no arrepentirme de esto...

—Te prometo que no lo harás. —Miró de nuevo a la gata y se echó a reír—. ¿Lo has oído? ¡Puedes quedarte, Kitty!

—Espera, ¿ya le habías puesto nombre y todo? —bufé—. ¿Por qué me da que esta batalla la tenía perdida antes de jugarla?

—Porque eres una muy buena persona y Kitty es adorable —me recordó ella—. Además, es un nombre bonito para un gato. Clásico pero con personalidad.

—Es literalmente «gatita».

—¿Y? ¿No has visto *Desayuno con diamantes*? El gato de Audrey Hepburn se llamaba Gato.

Puse los ojos en blanco, aunque decidí no seguir discutiendo aquello. Era más que evidente que Kitty ya tenía nombre y que a partir de aquella madrugada en lugar de dos seríamos tres.

Capítulo 10

La fuerza del destino, Mecano

Kitty trajo dos cosas a la casa: alegría y una nueva tregua que tenía pinta de ser más permanente. Como ambas queríamos lo mejor para la nueva integrante de la familia, estábamos dispuestas a mantener la cordialidad y dejar de lado nuestras muchas diferencias. Al principio parecíamos un matrimonio divorciado que trataba de entenderse por el bien de sus hijos comunes, pero al menos nuestra convivencia mejoró y poco a poco volvimos a ser las mismas que habían regresado aquella mañana de la playa y habían pasado días compartiendo momentos y hablando de detalles personales como si se conocieran de toda la vida. Empezamos a cenar juntas de nuevo, a compartir momentos de peli y palomitas y a sentarnos como dos adultas para hablar de Kitty y tomar todas las decisiones importantes. Parecía que habíamos pasado página, que todo estaba olvidado. Y, sin embargo, yo no era capaz de dejar de pensar en nuestro beso ni ignorar lo que sentía por ella.

—Me han recomendado hoy una serie en el cole —me comentó Carolina de forma distraída aquella noche mientras esperábamos a que la pizza terminara de hacerse en la cocina. En el escenario del crimen, a pesar de que ninguna de las dos lo había vuelto a mencionar—. ¿Te apetece ver algún capítulo? Es así rollo romántico, un poco adolescente, pero todas mis compañeras dicen que está muy bien.

—Pues podemos empezarla cuando recojamos los platos —contesté. Fijé mi mirada en ella y sonreí—. No hay nada como una serie de ese tipo para desconectar de la oficina.

—¿Seguís hasta arriba de trabajo? —me preguntó, mirándome por fin. Paseó la mirada por mi cara con poco disimulo y me devolvió la sonrisa.

—Y parece que no va a cambiar. Cada vez tenemos más clientes, así que no damos abasto. Hoy le he mandado un email a mi jefa para explicarle la situación y pedirle que contrate al menos a una persona más en el departamento, pero me ha dicho que hasta que no se haya asentado la oficina, no harán ningún contrato nuevo y tendremos que apañárnoslas los que estamos.

—Menuda faena...

—Pues sí —seguí quejándome. Aquella era otra prueba de lo muchísimo que había mejorado nuestra relación desde la llegada de Kitty: de repente hablábamos de nuestro día a día y de las cosas que nos preocupaban—. Así que me esperan unas semanas muy «entretenidas». Creo que tendré que traerme aún más trabajo a casa.

—No te preocupes. Puedo encargarme de las cenas unos cuantos días si lo necesitas.

—Eso sería maravilloso, la verdad. Te prometo que, en cuanto la situación se tranquilice un poco, las haré yo para compensarte.

—No necesitas compensarme, Berta. No me cuesta nada cocinar un poco más para que podamos comer las dos.

Le dediqué una mirada agradecida y asentí. La verdad era que aquello me vendría muy bien después de tanto estrés. Además, Carolina era muy buena cocinera, como había podido comprobar durante nuestras pequeñas treguas. Dejaba la cocina bastante desordenada y acabábamos fregando de más, pero merecía la pena por el buen resultado.

En cuanto la pizza estuvo lista, nos la tomamos, recogimos la cocina y regresamos al salón para poner el primer capítulo de aquella serie que le habían recomendado. Nos acomodamos en el sofá, y Kitty empezó a maullar, reclamando nuestra atención. Carolina la cogió y la colocó sobre su regazo con delicadeza.

—¿Tú también quieres ver la serie? —le preguntó mientras le acariciaba el lomo y ella ronroneaba—. Eres muy mimosa.

—¡Y dicen que los gatos son ariscos! —exclamé yo, incapaz de apartar la vista de aquella escena tan tierna—. Pues nos ha tocado la más pegajosa de la historia.

—Es más buena...

Seguimos así durante un rato, tan pendientes de Kitty que ni siquiera nos percatamos de que el capítulo que habíamos puesto, y al que no le habíamos prestado ni la más mínima atención, se había terminado. Poco a poco, nuestra gata se durmió en el regazo de Carolina y ella, de nuevo con la misma delicadeza, la llevó hasta la camita que le habíamos puesto en el salón.

—Al final no hemos visto la serie —murmuró ella, que no quería hacer ruido para no despertarla—. ¿Lo intentamos de nuevo o lo dejamos para mañana?

—La verdad es que estoy tan estresada que no tengo nada de sueño. Podemos probar a ver si le hacemos más caso ahora que no tenemos distracciones.

—Es que ahora que somos mamás gatunas tenemos que encargarnos de nuestra pequeña —contestó ella antes de poner morritos, haciéndome reír—. Tenemos unas obligaciones.

—Oh, por supuesto. —Asentí al decir aquello. Traté de ponerme seria, pero me resultó imposible—. Ahora somos unas «supermamás».

Carolina me dio un ligero codazo en el costado casi de forma inconsciente, sin pensar, y yo di un pequeño salto, sorprendida. A pesar de la tregua, no me había esperado tanta cercanía. Aunque era algo normal, ¿no? Estábamos tranquilas, relajadas, viendo una serie y bromeando.

No tenía nada de extraño. Solo éramos dos compañeras de piso compartiendo un momento amistoso.

Volvimos a poner el capítulo y, esta vez sí, tratamos de prestarle atención, aunque yo no tardé en empezar a distraerme al darme cuenta de lo cerca que estábamos de repente en el sofá. No sabía cómo nos habíamos acabado moviendo, pero estábamos prácticamente pegadas la una a la otra. Traté de mantener la calma ante aquel contacto inocente, pero cada vez me ponía más nerviosa. Volví a recordar, sin poder evitarlo, nuestro beso, y mi respiración comenzó a acelerarse. Empezaba a resultarme complicado lo de mantener las distancias.

—Creo que debería irme a dormir —conseguí decir. Me alejé un poco de ella y dibujé una sonrisa que, aunque traté de que pareciera sincera, se notaba nerviosa—. Estoy algo cansada y mañana madrugo. Ya me contarás qué pasa luego.

—¿Tan pronto? —Carolina se incorporó y me dedicó una mirada triste que estuvo a punto de desarmarme por completo, aunque por suerte logré contenerme—. Solo son las once.

—Sí, pero mientras me hago la *skincare*, me acuesto y me duermo... —seguí con mis excusas—. Será lo mejor.

Ella suspiró y asintió. Parecía realmente apenada por mi marcha.

—Está bien.

Quise levantarme, pero mis piernas parecían ancladas a aquel sofá, así que me quedé sentada, sin dejar de mirarla. Sin embargo, Carolina no pareció alarmarse por mi más que extraño comportamiento. Se acercó un poco a mí, casi con cautela para no asustarme de nuevo, y se mordió el labio.

—¿No decías que te ibas?

—Y me...

Fui incapaz de terminar aquella mentira. Era evidente que, por mucho que mi mente me dijera que aquello era una mala idea, mi cuerpo me pedía que me quedara e hiciera lo que llevaba bastante tiempo con ganas de hacer. Sobre todo en aquel momento en el que Carolina me miraba mientras se mordía el labio y yo tenía nuestro beso en bucle en la mente.

Y entonces simplemente... pasó. No sé cuál de las dos terminó de reducir la distancia que nos separaba, pero de repente estábamos besándonos y yo tenía mis manos enredadas en su pelo. Gemí cuando me mordió el labio y me pegué aún más a ella. Ahora que por fin había dejado que mis instintos tomaran las riendas de la situación, no pensaba alejarme ni un milímetro.

Una de las manos de Carolina empezó a pasearse por mi costado. Deslizaba los dedos lentamente, haciéndome cosquillas, y yo apoyé la mano que tenía libre en su mejilla. Poco a poco los besos fueron volviéndose más rápidos y las caricias más atrevidas. No sabía de dónde había salido aquel fuego tan intenso, pero de repente parecía controlarnos a ambas. Y no iba a ser yo quien se alejara después de tantos días luchando contra mis impulsos.

Metí las manos bajo la camiseta de su pijama, tiré hacia arriba y se la quité. La lancé lejos, sin fijarme ni siquiera dónde caía, antes de empezar a besarle el cuello.

—Vaya, ¿quién está desordenando la casa ahora? —preguntó con cierto retintín en la voz.

—¿De verdad quieres sacar ese tema justo ahora? —repliqué yo casi sin separarme de su piel.

—Creo que no.

Volvimos a besarnos, y esa vez fue mi camiseta la que acabó por los suelos seguida por los pantalones y la ropa interior de ambas. Acabé, casi sin darme cuenta, tumbada en el sofá, con Carolina sobre mí, acariciando y besando cada centímetro de mi cuerpo. Yo suspiré y cerré los ojos, aferrándome a la tela con todas mis fuerzas, al sentir los labios de Carolina bajando por mi estómago. Un gemido se me escapó cuando alcanzó su objetivo y ella rio, aunque no se detuvo. Me mordí los labios con fuerza, intentando no hacer ruido porque aquellas paredes no eran demasiado aislantes y no quería que los vecinos se enteraran de lo que estaba pasando, aunque no pude evitar gemir en voz alta cuando todo mi cuerpo se contrajo y, por fin, se relajó.

Me quedé quieta, tratando de recuperar la respiración, pero en cuanto lo logré volvimos a la carga. Nos besamos de nuevo y seguimos con los besos y caricias hasta que, esa vez, fue ella quien tuvo que acabar acallando sus gemidos y suspiros en mis labios.

No sé muy bien cuánto rato pasamos en el sofá, enredadas la una con la otra, olvidándonos del mundo y de todo lo que había pasado entre nosotras. Al final, agotadas, nos dejamos caer la una junto a la otra, con las manos entrelazadas.

—Esto ha estado muy bien.

La miré de reojo y no pude evitar sonrojarme. Ahora que aquel fuego parecía haber disminuido sentía un poco de vergüenza, aunque no tardó en evaporarse cuando ella se giró hacia mí y me miró, todavía con aquella intensidad brillando en sus ojos.

—¿Ha estado? —me preguntó, de nuevo con aquel retintín en la voz—. Vaya, yo creía que aún no habíamos acabado...

—¿Ah, no?

—Claro que no. Había pensado que podíamos tener un último asalto en mi cuarto. Si te apetece, por supuesto.

—Oh, bueno, si me lo dices así...

Volvimos a besarnos y nos echamos a reír. Algo me decía que aquella noche no íbamos a dormir demasiado.

Capítulo 11

Estoy por ti, Amistades peligrosas

Tal y como había predicho, no pegamos ojo aquella noche. De hecho, cuando sonó el despertador de Carolina, yo apenas llevaba una hora dormida. Me quejé con un gruñido y di media vuelta, en un vano intento de ignorar aquel sonido.

—No puede ser ya hora de levantarse, por Dios —protestó ella, también refunfuñando.

—Anoche no te quejabas tanto —mascullé yo, aún adormecida.

Ella me abrazó por la espalda, riendo. Apoyó la cabeza en mi hombro y entrelazó su mano con la mía.

—Ya, tenía buenos motivos para no quejarme —replicó en mi oído, haciendo que me estremeciera—. Pero lo pasamos bien, ¿no?

—Bastante. Fue una noche muy... aprovechada.

Ella rio de nuevo y me dio un beso en la mejilla antes de tumbarse de espaldas. Yo me giré y me apoyé en el costado contrario. Me incorporé un poco, recostándome en un brazo, y la miré sin poder evitarlo. Estaba guapísima aquella mañana, con el pelo revuelto sobre la almohada.

—Creo que llevábamos un tiempo acumulando tensión —siguió diciendo ella, ajena a mis pensamientos—. No sé tú, pero yo no he podido dejar de pensar en ti desde que nos besamos en la cocina. Bueno, ¡y ya te tenía ganas antes de que eso pasara! Por eso te besé. Desde el primer momento me pareciste una chica muy guapa e interesante, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Claro, pero entonces empezamos a tener problemas de convivencia y todo se complicó.

—Mejor no saquemos ese tema...

Sentí una pequeña punzada en el estómago al pensar en todas nuestras peleas. No quería volver al pasado bajo ningún concepto. Y, de repente, empezó a preocuparme que aquel cambio en nuestra relación volviera a complicar la convivencia y acabáramos de nuevo tirándonos los trastos a la cabeza. Ya me había alejado una vez para no complicar la situación y, por desgracia, algo me decía que tendría que volver a hacerlo. Aunque no me apetecía nada.

—No, mejor no —contestó ella, sonriendo otra vez. Estiró una mano y me acarició la cara, aunque yo no le devolví la sonrisa. Estaba demasiado angustiada en aquel momento—. Estoy muy a gusto con nuestra tregua y no me gustaría traer de vuelta viejas rencillas.

—Están olvidadas. —Apoyé mi mano sobre la suya, que seguía en mi mejilla, y suspiré. No sabía en qué momento había tomado aquella decisión, pero me parecía la única posible—. Y creo que esto también deberíamos olvidarlo.

Ella frunció el ceño, un poco confusa, y bajó lentamente el brazo.

—¿Y eso por qué?

—No quiero que creas que me arrepiento, porque no es así —me apresuré a aclararle—. Pero sería complicarlo todo. Somos muy distintas, y, ahora que por fin hemos conseguido mejorar la convivencia, no me gustaría estropearla. Si esto se torciera, todo nuestro esfuerzo se iría al traste y ya sabes lo difícil que es vivir así.

—¿Si esto se torciera? Oye, Berta, que tampoco te he pedido matrimonio —replicó ella, a la defensiva—. Que nos tuviéramos ganas y nos hayamos acostado no implica nada más. Ya sé que te he dicho que llevo un tiempo pensando en ti, pero eso no quiere decir que quiera casarme contigo.

—Lo sé, tranquila. —Sonreí en son de paz para intentar calmar el ambiente—. Solo quería aclarar un poco la situación. Ahora estamos muy a gusto, Carolina, y no me agradaría que esto, que, por otra parte, estuvo muy *muy* bien, nos hiciera dar pasos atrás y empeorara la convivencia otra vez.

—Sí, lo entiendo —asintió ella finalmente. Bajó la mirada y se encogió de hombros—. Siento haber reaccionado así. Es que me ha sentado un poco mal la forma en la que lo has dicho.

—Creo que he sido demasiado brusca —me excusé. Quizá no había elegido el mejor momento o las palabras adecuadas para decirle aquello. Acaricié su mejilla y ella dibujó una pequeña sonrisa y levantó la vista de nuevo—. Perdona.

—No te preocupes.

—No, en serio; no quiero que creas que soy de las que va acostándose por ahí con gente y huyendo a la mañana siguiente sin dar explicaciones.

—No creo que seas de esas, tranquila. —Ella amplió su sonrisa para calmarme ahora a mí—. Está olvidado y... lo de anoche supongo que también. Aunque me lo pasé muy bien. Unas cuantas veces.

Reí al escuchar aquel comentario. Recordaba perfectamente todas aquellas veces que Carolina se lo había pasado bien y también todas las que me lo había pasado bien yo. Había sido una noche muy «productiva» para ambas.

—Yo también.

—Pero en cuanto salgamos de esta cama será como si no hubiera pasado nada entre nosotras.

—Exacto: volveremos a ser solo dos compañeras de piso y mamás gatunas —le confirmé yo—. Esto será solo una anécdota de la convivencia.

—Por supuesto. Y no se volverá a repetir —insistió ella en un tono de voz más bajo.

—Para nada —contesté, bajando yo también el mío.

No me di cuenta hasta aquel momento de que nos habíamos aproximado la una a la otra y estábamos muy cerca. Carolina me miró los labios y yo me mordí el inferior sin poder evitarlo.

—Pero mientras no salgamos de la cama...

Dejó aquella sugerencia en el aire y yo no me lo pensé. Terminé de recorrer la escasa distancia que separaba nuestros labios y la besé con prisa, con hambre, incapaz de seguir aguantándome las ganas. Ella respondió a mi beso con la misma pasión, y, antes de darme cuenta, estaba subida sobre mí.

Aquella, desde luego, no era mala forma de empezar la mañana.

Carolina y yo nos pasamos tanto tiempo en la cama (y luego en la ducha, ya que decidimos ducharnos juntas para «ahorrar») que estuvo a punto de llegar tarde al colegio. Salió de casa corriendo, con una tostada en una mano, un vaso de café en la otra y el bolso resbalándole por el hombro por culpa de la carrera. Yo la vi marchar hasta que giró la esquina, sin bajar el ritmo, y regresé a la casa para poder terminar de arreglarme, tomarme otro café y darle los últimos mimos a Kitty antes de irme también al trabajo. Aquel día me esperaba una jornada muy larga, así que un poco más de cafeína me vendría bien para no acabar durmiéndome en mitad de la oficina.

Sin embargo, y a pesar de toda la tarea que tenía, me pasé todo el día teniendo *flashbacks* de la noche anterior en los momentos más inoportunos. Era incapaz de sacarme de mi mente nuestras manos entrelazadas, los suspiros, su melena esparcida sobre la almohada. Trataba de centrarme en mi trabajo, en todo el papeleo que me tocaba hacer aquella mañana y, sobre todo, en preparar la reunión que tendría aquella tarde con el resto del equipo para hacer un balance de aquellos primeros meses, pero me estaba resultando imposible.

Suspiré sin poder evitarlo y solté el bolígrafo sobre el escritorio antes de apoyarme un par de dedos en la frente y masajearla. Aquella reunión era muy importante, pero parecía incapaz de centrarme en los datos que tenía delante. En cuanto me despistaba, me ponía a pensar en Carolina y acababa distraída y *acalorada*. De hecho, estaba bastante segura de que incluso me estaba poniendo roja.

Me levanté de mi escritorio y me dirigí hacia el baño, para estirar un poco las piernas y, de paso, echarme un poco de agua en las mejillas que, tal y como pude comprobar, estaban coloreadas. Abrí el grifo, me mojé ambas manos y las apoyé, aunque no noté ningún cambio. Me recliné en el lavabo y cerré los ojos, pero otro nuevo recuerdo me sacudió en cuanto lo hice. Los abrí de nuevo bruscamente, conteniendo un bufido. Si seguía así, no sería capaz de hacer nada en todo el día, así que solo esperaba que los *flashbacks* me dieran un pequeño respiro.

Aunque algo me decía que no iba a ser así.

Capítulo 12

White Wedding, Billy Idol

—¡Tía, cuánto te he echado de menos!

Jimena prácticamente se abalanzó sobre mí cuando abrí la puerta de casa y yo tuve que agarrarme al pomo para no caerme al suelo.

—Cuidado que me aplastas —protesté, aunque le devolví el abrazo—. Me alegra mucho que hayáis venido.

—Tenía ganas de ver tu nueva casa —respondió ella cuando nos separamos—. Además, no podíamos enviarte la invitación de la boda por correo, ¿verdad, Álex?

Él, que aguardaba tras ella para darnos un poco de espacio, sonrió y asintió.

—Por supuesto que no. —Se acercó por fin para saludarme con dos besos—. Me alegro de verte, Berta.

—Anda, pasad. —Señalé el interior de la casa y me eché a un lado—. Raquel me escribió hace media hora para decirme que estaban saliendo, así que aún tardarán un poco.

—¿Está Carolina? —me preguntó Jimena nada más cruzar al salón. Abrió su bolso y sacó un sobre de color beige con el nombre de mi compañera de piso escrito en letras doradas—. También he traído su invitación.

—Ha salido a comprar, pero debe de estar al llegar.

—Luego se la daré entonces. —Miró a su alrededor y sonrió—. La casa es muy bonita. ¿Qué tal lleváis la convivencia? ¿Mejor?

Asentí, aunque no dije nada para no delatarme. Evidentemente no les había contado a mis amigas que Carolina y yo nos habíamos acostado. A pesar de que yo tenía claro que había sido una noche tonta y que, por mucho que no dejara de pensar en lo que sucedió y fuera incapaz de olvidar lo que sentía por ella, no se repetiría, Jimena y Raquel eran propensas al drama, así que sabía que, si se enteraban de toda la historia, acabarían montándose películas de esas que tanto les gustaban.

Jimena y Álex se sentaron en el salón y yo saqué un par de refrescos y unas aceitunas y patatas

de aperitivo. Era casi la hora de comer y teníamos reserva en una taberna, por lo que lo mejor sería no llenarnos demasiado. Estuvimos hablando un rato del nuevo cole de Jimena (este en Sevilla capital, así que por fin Álex y ella habían podido mudarse juntos), los preparativos de la boda, mi nueva oficina y la mudanza a Estepona, hasta que el sonido del timbre nos interrumpió.

—Seguro que es Raquel —dije al tiempo que me ponía de pie.

Me acerqué a la puerta, abrí y, efectivamente, al otro lado me encontré a mi amiga junto a Rodri y la pequeña Carmen.

—¡Por fin! —Me abrazó casi con tanto ímpetu como Jimena, aunque esa vez estaba preparada y pude mantener el equilibrio sin necesidad de agarrarme—. Perdonad, Carmen se ha vomitado el desayuno encima y hemos tenido que volvernos nada más salir de casa.

—No te preocupes, es comprensible.

—Es que mi ahijada tiene mucho carácter —intervino Jimena, que ya había llegado hasta la puerta—. ¡Hacedme hueco!

Raquel y yo reímos, pero abrimos un poco los brazos para que pudiera unirse a nuestro abrazo. Nos habíamos echado mucho de menos.

Cuando nos separamos, me agaché junto al carrito de Carmen, que estaba dormida.

—No hagas mucho ruido, porfa —casi me suplicó Rodri—. Acaba de dormirse y no sabes el viaje que nos ha dado llorando sin parar.

Hice un gesto de cremallera sobre los labios y me levanté para poder saludarlo también. Aún en silencio, les hice un gesto para que pasaran a la casa. Raquel y Jimena entraron, cogidas del brazo, y no tardaron en sentarse en el sofá mientras Rodri aparcaba el carrito junto a la mesa. Saqué un par de vasos más y, una vez que estuvimos todos sentados, Jimena por fin abrió su bolso y sacó dos sobres.

—Pues por fin llegó la hora. Esta para Berta —dijo mientras me pasaba uno— y esta es para los testigos y la niña de los anillos —añadió al tiempo que le daba a Raquel la otra.

Abrí el sobre, muerta de curiosidad. Jimena no nos había enseñado nada de las invitaciones porque quería que fueran una sorpresa para todo el mundo, así que tenía muchas ganas de ver por fin cómo habían quedado. Saqué la tarjeta y le di la vuelta para encontrarme con el dibujo de un chico y una chica asomados por dos ventanas del mismo edificio, mirándose el uno al otro. Debajo, con letra cursiva, ponía, reinterpretando una frase de *Begin Again* de Taylor Swift: «*On a Friday, in a Mexican restaurant*^[1]...». Sonreí mientras la abría y leía lo que ponía por dentro:

¡Nos casamos!

Y queremos que todos nuestros seres queridos nos acompañéis en este día tan especial.

Habrà música, buena comida, tarta y muchísima diversión.

Debajo habían añadido la fecha y los lugares en los que se celebrarían la ceremonia y la recepción, y sus números de teléfono para que los invitados pudieran confirmar la asistencia.

—Os ha quedado preciosa —les dije cuando terminé de leerla—. Y creo que no hace falta que

os envíe mensaje para contestar, ¿verdad?

—Tú estabas de las primeras en la lista, tranquila.

—Nosotros tres tampoco pensamos faltar —intervino Raquel antes de pasarle la invitación a Rodri—. Además, la boda no puede salir adelante sin nosotros. ¡Llevamos a la niña de los anillos! Es la protagonista del día.

—Yo diría que los protagonistas somos nosotros —replicó Álex.

—Bobadas. —Rodri le quitó importancia con un gesto, haciéndonos reír a los demás—. Mi niña va a ser lo mejor de esa boda, ya lo veréis.

No tardamos demasiado en ponernos en marcha después de aquello. Los cinco nos levantamos, pero, cuando estábamos poniéndonos los abrigos, oímos una llave en la puerta de la entrada. Me giré y sonreí al ver a Carolina entrar, cargada de bolsas. Ella se detuvo al vernos a todos ahí reunidos y dibujó también una sonrisa.

—¡Uy, hola a todos! No sabía que ya habíais llegado.

—Nos dijo Berta que habías ido a comprar. —Jimena se acercó a ella y la saludó con un abrazo—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

—Muy contenta, la verdad. Mi clase es maravillosa y por fin he podido dejar de pensar en las oposiciones.

—¡Qué envidia me da eso!

—Seguro que a la próxima convocatoria tienes suerte y te traes tu plaza también.

Mi amiga cruzó los dedos, sin dejar de sonreír, antes de abrir otra vez su bolso y sacar la última invitación que le quedaba.

—Toma, esto es para ti.

—Muchas gracias por traérmela. Te prometo que no faltaré.

—¿Estás segura de que no quieres venir a comer con nosotros? —le preguntó. Parecía un poco apurada por aquello a pesar de que Carolina nos había asegurado varias veces a ambas que prefería dejarnos intimidad y reunirse con nosotras después—. No creo que los de la reserva tengan problema en poner una silla más.

—Segurísima. Escribidme cuando terminéis e iré al café.

Jimena suspiró, dándose por vencida, y Carolina puso rumbo a la cocina para poder dejar, por fin, aquellas pesadas bolsas.

—Ah, por cierto, Berta —dijo, deteniéndose a mi lado—, he visto que no quedaban cereales de los que te gustan, así que te he traído una caja.

Amplíe mi sonrisa sin poder evitarlo. Me parecía muy mono que se hubiera dado cuenta de aquello y se hubiera acordado de comprarlos. Nos quedamos unos instantes ahí quietas, mirándonos la una a la otra sin dejar de sonreír, hasta que Carolina siguió su camino. Yo la seguí con la mirada casi de forma inconsciente y suspiré. Y solo entonces me percaté de que acababa de delatarme a mí misma. Me puse roja y traté de disimular, pero Jimena y Raquel se habían dado cuenta de lo que estaba pasando.

—Nosotras vamos saliendo —dijo Raquel, que acababa de agarrarme del brazo con una fuerza que me sorprendió. Jimena me asió del otro brazo, aunque con bastante más delicadeza—. Rodri, coge a Carmen, porfa.

Él asintió y mis amigas tiraron de mí hacia la calle, con paso rápido. Casi ni me dieron tiempo a colgarme el bolso y coger mis llaves.

—¿Qué se supone que era eso? —me preguntó Jimena.

—¿El qué?

—Venga, no te hagas la tonta que nos conocemos. Esas miraditas... ¿Ha pasado algo entre Carolina y tú?

Quise seguir fingiendo que no sabía a qué se refería o incluso mentir, pero sabía que no me serviría de nada. Las miradas que nos habíamos lanzado la una a la otra habían sido demasiado claras.

—Puede que nos hayamos acostado —confesé en un murmullo.

—¡¿Qué?!

—¿En serio?

Mis amigas gritaron aquello, atrayendo la atención de varios viandantes, y yo me puse completamente roja. No podían ser más dramáticas.

—No es para tanto...

—¡Por supuesto que sí! —insistió Raquel—. ¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Fue una noche tonta, pero en plan amigos. Todos tenemos derecho a un momento así con un amigo, ¿no?

—Oh, claro, Rodri y yo también tuvimos muchas noches tontas «en plan amigos» antes de que Carmen naciera.

—Uy, podríamos hacer una reunión como las de Alcohólicos Anónimos. —Jimena carraspeó y se puso muy seria antes de seguir hablando—: Hola, me llamo Jimena y me pasé meses diciendo que mi futuro marido era solo un vecino con el que me llevaba muy bien.

—Hola, me llamo Raquel y me pasé más de un año diciendo que el padre de mi hija era solo un amigo con el que me acostaba de vez en cuando, pero que no había nada romántico entre nosotros.

—Muy gracias... —Resoplé—. Pero os lo digo en serio: fue cosa de una noche y ya. Carolina y yo somos demasiado diferentes. Además, no creo que sea sensato liarme con mi compañera de piso. Ahora que por fin hemos firmado una tregua, no quiero estropearlo. Y, vale, puede que tenga un cuelgue tonto por ella, pero no voy a arriesgar mi paz mental por un par de polvos.

Aquello no pareció convencer a ninguna de las dos e insistieron un poco más, aunque al final entendieron que lo que había pasado con Carolina no tenía nada que ver con sus historias románticas y que quedaría solo como una anécdota de la convivencia. O, al menos, decidieron darme un respiro.

No volvimos a sacar el tema el resto del día: ni durante el almuerzo, ni mucho menos durante el café al que, tal y como nos había dicho antes de que nos marcháramos, se unió Carolina. Yo traté de mantener las distancias con ella toda la tarde, para que cualquier posible duda que aún pudieran albergar mis amigas desapareciera, aunque me costó bastante. Me parecía increíble que, después de tantas peleas y de pasar tanto tiempo evitándonos, de repente me resultara tan complicado alejarme de ella.

Cuando todos se marcharon, ya bien entrada la tarde, yo me dejé caer en el sofá, agotada, y Carolina se sentó junto a mí, con Kitty en su regazo, como de costumbre. Cogió el sobre con su invitación y me lo enseñó.

—Así que nos vamos de boda.

—Nos vamos de boda —confirmé yo, con una sonrisa.

Estaba deseando que por fin llegara aquel día.

Capítulo 13

Vestido azul, La Oreja de Van Gogh

—¿Sabes ya qué vas a ponerte para la boda de Jimena?

Aquella pregunta me pilló desprevenida. Dejé mi taza de café sobre la encimera, me apoyé contra esta y me crucé de brazos.

—No, aún no —contesté—. ¿Por qué?

—He pensado salir esta tarde a ver ropa porque me gustaría comprar algo antes de que empiecen las rebajas y se agote todo. ¿Te vienes y buscamos juntas?

—Pues no suena mal, la verdad —suspiré al decir aquello y dejé caer los brazos—. No tengo ni idea de qué ponerme, así que un poco de ayuda me vendrá bien.

—Genial, podemos ir luego. Hoy es viernes, así que tienes la tarde libre, ¿verdad?

—Sí, y menos mal, porque no te imaginas lo agotada que estoy después de esta semana tan larga. Creía que no se acabaría nunca.

—¿Te apetece que almorcemos fuera? Así te despejas un rato.

—Me encantaría. —Dibujé una pequeña sonrisa casi sin darme cuenta. Aquel plan ligeramente improvisado me apetecía mucho—. ¿Quieres que reserve en algún sitio?

—No, mejor vamos a la aventura, aunque acabemos comiéndonos una pizza en la playa.

—Mientras no llueva como el otro día...

Carolina rio al recordar la tremenda riada que aquella misma semana nos había hecho temer por la integridad de la casa. Hubo un momento en el que nos asustamos tanto que terminamos cerrando todo a cal y canto, y atrincherándonos con Kitty en mi dormitorio. Por suerte, la tormenta amainó y no hubo grandes desperfectos en el pueblo, así que podíamos reírnos de aquello.

—Tranquila, he mirado esta mañana la app del tiempo y da sol para toda la semana. —Apuré mi café y miré la hora en el reloj. Se estaba haciendo tarde, así que tenía que subir a vestirme y terminar de preparar algunas cosas—. ¿Me recoges?

—A las tres estaré allí. —Ella también apuró su café de un trago y se acercó para darme un

beso en la mejilla—. Ya verás qué bien lo vamos a pasar.

Salió de la cocina, aunque yo me quedé quieta, con el pulgar apoyado en el lugar exacto en el que me había besado, y pequeñas mariposas revoloteaban por mi tripa.

Definitivamente me estaba costando mantener mis emociones a raya más de lo que admitía.

Tal y como habíamos acordado, Carolina pasó por mi trabajo y buscamos dónde almorzar. Al final, y tras dar un pequeño paseo, nos decantamos por un sencillo bar en la calle Real. Nos pedimos un par de cervezas y unas cuantas tapas y empezamos a hacer planes para aquella tarde.

—Aquí no hay demasiadas tiendas, así que quizá tengamos que ir a Marbella. —Carolina suspiró al decir aquello—. Me gusta mucho Estepona, pero echo en falta un buen centro comercial. Debería estar acostumbrada porque me crié en un pueblo más pequeño que este en el que había aún menos cosas, pero supongo que después de tanto tiempo viviendo en ciudades, me he habituado a tenerlo todo a un paso.

—Sí, es más práctico, pero yo prefiero las tiendas de barrio porque muchas veces encuentras pequeñas gemas escondidas. Además, así no te arriesgas a ir vestida como otra persona.

—En eso tienes razón.

En cuanto terminamos el almuerzo y el café, fuimos a casa para que yo pudiera dejar mis cosas y nos pusimos manos a la obra. Entramos a un par de tiendas y a una de las pocas franquicias que había en el pueblo, aunque la ropa que vimos no nos convenció demasiado, por lo que seguimos la búsqueda hasta que dimos con una boutique en la que había un montón de vestidos y monos de corte clásico, de esos que siempre quedaban bien y podías volver a ponerte.

Cogimos unos cuantos cada una y pasamos a la zona de probadores que, aunque era pequeña, tenía uno para cada una. Colgué las perchas, cerré la cortina y me apresuré a quitarme la ropa para poder probarme el primer vestido de color azul eléctrico, manga larga de encaje y falda por debajo de las rodillas, ideal para una boda de mañana en febrero. Me lo puse, pero, cuando intenté subirme la cremallera, me di cuenta de que no llegaba. Asomé la cabeza al pasillo, por si veía a la dependienta, pero estaba atendiendo a otra clienta que acababa de llegar, así que no me quedó otra que acercarme al otro probador y empezar a chistar.

—Carolina —la llamé—. Carolina, necesito ayuda con...

Ella abrió la cortina y yo me quedé sin respiración e incluso me olvidé de lo que iba a pedirle. Estaba increíble con aquel mono rojo con mangas y escote de encaje.

—¿Te gusta? —me preguntó, ajena a todo lo que se me estaba pasando por aquel momento en la cabeza—. Creo que podría quedar bien con una coleta despeinada.

—Te quedaría bien hasta con el pelo lleno de rulos.

Abrí mucho los ojos al darme cuenta de que había dicho aquello en voz alta, pero Carolina, en lugar de tomárselo a malas, se echó a reír.

—Creo que le quitaría demasiado protagonismo a la novia si me plantara en la boda así. Aunque me gusta mucho este mono. Me probaré lo demás, pero supongo que me lo voy a llevar. ¿Y tú qué decías?

—Oh, que si podías ayudarme a subir la cremallera —contesté. Me había olvidado de aquello por completo—. No alcanzo.

Carolina asintió y entró conmigo al probador, que de repente me pareció aún más estrecho. Se puso a mi espalda, me colocó el pelo sobre uno de los hombros y empezó a abrocharme el vestido. Yo contuve la respiración sin poder evitarlo y cerré los ojos al notar su aliento en mi cuello. Si en aquel momento me besara, estaba segura de que perdería el poquito autocontrol que había sido capaz de reunir durante los últimos días. Ella, ajena a mis pensamientos, se acercó un poco más a mí para terminar su tarea.

—Perfecta —murmuró en mi oído, y yo me estremecí—. Este vestido te queda de maravilla.

Abrí por fin los ojos y apreté los labios, avergonzada, al darme cuenta de lo roja que me había puesto. Carolina apoyó una mano en mi cintura e hizo un poco de presión para que me girara. Yo lo hice y, sin saber muy bien cómo, acabé con la espalda apoyada contra el espejo y su boca a pocos centímetros de la mía. Desvié la mirada hacia sus labios y vi que se los estaba mordiendo, como si estuviera debatiéndose entre acercarse más o quedarse ahí. Y yo deseaba con todas mis fuerzas que lo hiciera, que terminara con aquella distancia que nos separaba y me besara como si no hubiera un mañana. Sin embargo, mi cerebro se apresuró a tomar el control y mis labios acabaron diciendo algo muy distinto a lo que estaba sintiendo en aquel momento.

—No podemos —murmuré—. Prometimos olvidarnos de lo que pasó y no volver a hacerlo por el bien de nuestra convivencia.

—Ahora nos va bien...

—Lo sé, y justo por eso no podemos arriesgarnos —decir aquello me costó mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir, pero, por desgracia, era lo que tenía que hacer—. Carolina...

—Sí, lo sé. Tienes razón. —Se separó de mí y suspiró—. Voy a mi probador para poder ver el resto de...

No la dejé terminar la frase. Si antes mi cerebro había tomado el control de mi cuerpo, entonces fue mi corazón el que le mandó una orden a mi brazo e hizo que la agarrara de la mano y volviera a acercarla a mí. Ella abrió mucho los ojos, sorprendida por aquel cambio de actitud tan repentino.

—Berta, me estás mandando señales contradictorias —susurró. Estiró una mano y acarició mi mejilla—. Yo sé lo que quiero, pero ¿y tú? ¿Lo sabes?

—No —le confesé, también en un susurro—. No tengo ni idea, pero no quiero que te alejes de mí ahora mismo.

—No quiero hacerlo, pero si me acerco a besarte vas a volver a echarme.

Bajé la mirada, un poco avergonzada porque había dado en el clavo: no quería que se marchara, pero sabía que no podíamos repetir. ¿Qué diantres me pasaba? Yo siempre había sido

capaz de comportarme como una persona adulta y, por algún motivo desconocido, volvía a ser una adolescente indecisa.

—Es posible...

—Berta, solo te pido que no me marees. Por favor. Tenemos una edad, y yo ya no estoy para estos juegos. No quiero entrar en uno de esos bucles en los que nos acostamos y al día siguiente nos olvidamos de lo que ha pasado, como si nunca hubiera sucedido.

La solté y suspiré. Tenía razón: aquello que estaba haciendo no estaba nada bien. Sabía que no estaba siendo justa con ella y no quería que se sintiera mareada por mi culpa. Pero es que, por mucho que supiera que era un error y que no podíamos hacerlo, no podía evitar querer besarla como si no hubiera un mañana.

—Lo siento. No lo haré más.

Ambas suspiramos casi al mismo tiempo y Carolina salió del probador, en silencio. Yo me quedé quieta unos instantes, mirándome en aquel vestido azul al que no había hecho caso hasta entonces pero que, tal y como ella me había dicho, me quedaba perfecto.

Al cabo de unos veinte minutos, salimos de los probadores, compramos el vestido y el mono y abandonamos la tienda, todavía en silencio. La tensión entre nosotras era más que evidente y no sabía qué hacer para romperla. Menos mal que Carolina fue más rápida y, en cuanto llegamos a casa, sonrió y señaló la tele.

—¿Fajitas y peli? Cocino yo.

Asentí, notando cómo una oleada de alivio invadía mi pecho. Me alegraba que, a pesar de lo que había dicho en el probador sobre mareos, olvidos y demás, hubiera decidido hacer borrón y cuenta nueva aquella tarde. Sabía que no era la opción más sana ni madura, y que deberíamos habernos sentado a hablar de verdad sobre lo que había estado a punto de pasar en lugar de ignorarlo, pero prefería seguir fingiendo que éramos dos amigas a enfrentarme a una conversación incómoda que arruinaría de nuevo nuestra convivencia.

Aunque algo me decía que, si seguíamos así, las cosas no tardarían en volver a estallar.

Capítulo 14

It's Beginning to Look a Lot Like Christmas, Michael Bubl 

—Somos como el turrón, tía: volvemos a casa por Navidad.

Me ech  a reír al escuchar el comentario de Jimena, aunque no pude negarlo. Tanto ella como yo habíamos apurado tanto el trabajo que no habíamos podido llegar a Aracena hasta la mismísima mañana de Nochebuena.

—Pero hemos vuelto, que es lo importante.

Sonreí y bebé un sorbo de mi copa. Habíamos salido a tomarnos algo «de tranquis» después de nuestras respectivas cenas familiares y habíamos acabado en un abarrotado pub lleno de gente a la que casi dobl bamos la edad, aunque no nos importaba demasiado. No necesitábamos a nadie más para pasar un rato entretenido.

— Qu  tal siguen las cosas con Carolina?

Jimena dijo aquello en un tono casual mientras le daba vueltas a la pajita en su copa, pero a mí, que la conocía bien, no me engañaba.

—No seas cotilla —la reprend —.  No te quejabas tanto cuando Raquel y yo nos met amos en tu vida?

—Uy, da gracias a que ella se ha quedado en Málaga porque menuda nohecita te habría dado de estar aquí.

—Me imagino...

—Pero no nos desviemos del tema —me interrumpió antes de que, efectivamente, me pusiera a hablar de nuestra amiga, que estaba emocionad sima porque era su primera Navidad como madre y por fin podía convertirse en Papá Noel—.  C mo va todo?

—No me apetece hablar de esto, Jimena. Además, t  deberías saber lo complicadas que pueden ser estas cosas.

—Lo vuestro es distinto.

— En qué?  lex y t  también viv ais juntos.

—No, nosotros éramos dos vecinos que, con el tiempo, empezaron a verse a todas horas —me corrigió ella—. Pero no teníamos que convivir como vosotras. Además, cuando nos acostamos no decidimos ignorarlo como si nada.

—Sí que...

—¡Que no, que no! —me interrumpió ella—. Fingimos que éramos solo amigos porque no queríamos una relación a distancia, pero fueron solo unas pocas semanas. Y, por cierto, fueron horribles.

—Porque os queráis, pero nosotras no —suspiré y tomé otro sorbo de mi bebida. Recordé casi sin querer lo que había pasado en el probador, aquella conversación tan breve en la que ella me había dicho tanto y que habíamos decidido olvidar al llegar a casa—. Lo nuestro no es... así.

—Tienes ahora mismo una cara de mentirosa que no puedes con ella. —Jimena se puso a reír y me dio un pequeño codazo—. Venga, vamos, habla.

—¿De verdad tengo que hacerlo?

Ella sonrió y asintió y yo me tomé otro sorbo para armarme de valor y, de paso, ganar unos cuantos segundos para ordenar mis ideas.

Decidí que lo mejor sería empezar por el principio, a pesar de que ya le había contado parte, así que, tras ponerme cómoda en mi taburete, le relaté toda nuestra historia: los enfrentamientos, los acercamientos, la mañana de la playa, el primer beso en la cocina, los días evitándonos, lo que había empezado a sentir por ella casi sin darme cuenta, la llegada de Kitty y todo lo que había pasado desde entonces. Le relaté la conversación que tuvimos en la cama y todos los esfuerzos que había estado haciendo desde entonces para mantener las distancias. Y, al final, por fin llegué al incidente del probador.

—No sé por qué tiré de ella —murmuré, con la mirada gacha—. Bueno, en realidad sí que lo sé, pero no soy capaz de admitirlo. Me da demasiado miedo, Jimena.

—Pero no entiendo por qué. Ahora os lleváis bien, ¿no? Ya sabes que podéis convivir como dos adultas, así que si os apetece estar juntas, ¿por qué no hacerlo? Creo que le estás dando demasiadas vueltas a este asunto y tú nunca has sido de esas.

—Es que no sería un rollo más, ni una relación en la que pudiéramos jugárnosla —insistí yo—. Si sale mal, no podríamos irnos cada una por nuestro lado, tendríamos que seguir viéndonos a todas horas.

—¿Y si sale bien?

—¿Y si sale mal?

—Eres demasiado negativa.

—Tú no estuviste con nosotras antes de la tregua. Tú no sabes el infierno que vivimos en aquella casa. ¡Pero si incluso intenté mudarme! Si no lo hice fue solo porque no encontré nada.

—¿En serio?

—Es que la tensión y las peleas eran... horribles —suspiré y me eché hacia delante para poder acercarme un poco a mi amiga—. Sé que no soy una persona fácil, que odio que las cosas estén

fuera de su sitio, pero ella tampoco es precisamente sencilla con ese desorden y esa despreocupación. Así que chocábamos por cualquier detalle, la cosa iba subiendo de tono... y al final acabábamos a gritos. Y no puedo arriesgarme a que eso vuelva a pasar ahora que todo va bien. ¡Mucho menos con Kitty de por medio!

—¿Qué habéis hecho con ella durante las vacaciones? —me preguntó, cambiando de tema de forma tan brusca que me hizo enarcar ambas cejas. Ella, al darse cuenta, se encogió de hombros, quitándole importancia—. Perdona, es que tengo curiosidad.

—Anda que ya te vale. —Reí y negué con la cabeza—. Pues se la ha llevado Carolina a casa de sus padres, que está más cerca que Aracena. Nos preocupaba un poco el viaje, pero lo ha hecho bien, y aunque puede que tarde un poco en adaptarse a la nueva casa, estoy segura de que en un par de días estará bien.

—Me alegra saber eso y, respecto a lo demás, no puedo decirte qué hacer, Berta, pero ya sabes que quien no arriesga no gana.

—Menudo tópico manido...

—Puede, pero es la verdad. —Jimena me cogió de la mano y sonrió—. Me caso en dos meses con el amor de mi vida porque una mañana decidí ser valiente y echar a correr, en pijama, para detener el tren en el que se iba. No puedo recomendarte nada que no sea dar un salto al vacío porque, algunas veces, merece la pena.

Aquellas últimas palabras resonaron en mi interior. «Porque, algunas veces, merece la pena». ¿Y aquello la merecería? ¿Podríamos Carolina y yo llegar a ser algo?

No tardamos demasiado en marcharnos después de aquello. Era ya bien entrada la madrugada, y aunque todos a nuestro alrededor estaban dándolo todo en la fiesta, nosotras estábamos cansadas después del día de viaje, los preparativos de Nochebuena y los reencuentros familiares. Así que pagamos nuestras copas, nos pusimos los abrigos y salimos a la calle, desafiando al frío de diciembre. Anduvimos juntas durante un rato y, cuando nos separamos, nos llamamos para seguir hablando y no recorrer el camino a nuestras casas totalmente a solas.

En cuanto llegué, me desmaquillé, me cambié de ropa y me metí por fin en la cama, tratando de no hacer ruido para no despertar a nadie. Cogí el móvil por primera vez en toda la noche y respondí algunos mensajes que me habían llegado mientras estaba con Jimena en el bar: un par de felicitaciones navideñas de algunos compañeros, una foto de Raquel y Rodri frente al árbol lleno de regalos para Carmen en su primera Navidad y, por último, un mensaje de Carolina deseándome felices fiestas acompañado de un selfi con Kitty.

Suspiré y acaricié la pantalla con el pulgar. Estaba muy guapa con el pelo recogido en un moño bajo y un jersey rojo de purpurina que parecía iluminarlo todo. Además, sonreía de una forma tan sincera que sentí cómo una parte de mi corazón se derretía.

No sé cuánto tiempo permanecí así, mirando aquella foto, hasta que por fin logré teclear una respuesta. Bloqueé el teléfono, lo coloqué en la mesita de noche y me arrojé para poder dormirme. Aunque en cuanto cerré los ojos volví a ver la foto de Carolina en mi mente.

Era incapaz de admitirlo, pero estaba deseando que terminaran aquellas fiestas para verla de nuevo.

Capítulo 15

Girls Just Wanna Have Fun, Cyndi Lauper

—Pero ¿todavía está esto así?

Resoplé y dejé las bolsas del supermercado en el suelo. Le había pedido a Carolina que fuera preparando el salón mientras yo iba a recoger algunas cosas, pero me la había encontrado tal y como la había dejado: sentada en el sofá viendo una serie.

—Aún queda un rato para que lleguen —se excusó ella aunque, al menos, pausó el vídeo—. Además, ya he barrido y limpiado el polvo.

—No has apartado los muebles.

—Porque pesan y prefería esperarte.

—El bus de Raquel debe de estar a punto de llegar. —Desbloquéé el móvil para mirar la hora y comprobar si tenía algún mensaje de mis amigas—. Y a Jimena no puede quedarle más de una hora.

—Tiempo de sobra —insistió ella. Se levantó, me dedicó una sonrisa de ánimo y apoyó una mano en mi brazo—. Venga, vamos. Entre las dos seremos más rápidas.

Acabé por asentir y, tras llevar las bolsas a la cocina, la ayudé a apartar la mesa y bajar los colchones para que pudiéramos dormir todas juntas como si de una fiesta de pijamas se tratara. Aunque, en realidad, nos estábamos preparando para celebrar la despedida de soltera de Jimena. Como seríamos solo las cuatro, y Carolina y yo no queríamos dejar sola a Kitty, habíamos ofrecido nuestra casa para pasar el finde. A Raquel aquello le había parecido una idea maravillosa: no tendría que irse muy lejos y, de paso, se ahorraría el alojamiento. Además, allí estaríamos más tranquilas y tendríamos más libertad que en un hotel u otro hospedaje. Jimena, por su parte, no tenía ni idea de lo que estábamos planeando, aunque todas sabíamos que sospechaba. Al fin y al cabo, la boda estaba ya cerca y no era normal que le pidiéramos que viniera sola todo el fin de semana. Pero, con sorpresa o sin ella, esperábamos que al menos disfrutara de aquellos dos días entre amigas.

Raquel, tal y como había previsto, no tardó demasiado en aparecer en nuestra puerta. Llamó al

timbre y, cuando abrí, la vi hablando por el móvil, algo apurada.

—No, en serio, Rodri, tienes que llamarme si pasa algo. —Me saludó con un gesto, aunque no cambió la expresión—. No, me da igual. Me avisas y punto. —Hizo una pequeña pausa y frunció el ceño—. Sí, está aquí Berta. Te la paso.

Me dio el móvil y yo lo miré, extrañada, aunque no dudé en aceptarlo y llevármelo a la oreja.

—¿Sí?

—Hola, Berta —me saludó Rodri al otro lado—. Perdona que te moleste, pero ¿podrías esconderle el móvil a Raquel durante todo el fin de semana? Quiero que disfrute de la despedida de Jimena y, si no lo haces, se pasará el día mandándome mensajes para saber cómo está Carmen. Hemos pasado unos meses muy estresantes, así que se merece un fin de semana de desconexión.

Reí sin poder evitarlo y asentí, a pesar de que él no pudiera verme.

—Descuida. Yo me encargo.

—Gracias, y pasadlo muy bien.

Ambos colgamos y, a pesar de lo que le había dicho a Rodri, le devolví el teléfono a mi amiga.

—Anda, pasa y cuéntame por qué me acaban de pedir que te esconda el móvil.

—¡Es que Rodri no me entiende! —exclamó mientras cruzaba el umbral y yo cerraba la puerta a su espalda—. Es la primera vez que voy a dormir sin Carmen desde que nació, así que es normal que esté nerviosa.

—Estará bien. Se ha quedado con su padre.

—Sí, lo sé. Rodri se ha pedido todo el fin de semana libre para poder quedarse en casa con ella.

—¿Y entonces?

—Es que... me preocupa que le ocurra algo y no enterarme. Me da mucho miedo —susurró—. Sé que él no está intentando fastidiarme y que solo quiere que me lo pase bien con vosotras. De hecho, nos hemos pasado días hablando de este fin de semana y de cómo íbamos a gestionarlo, pero en cuanto el autobús ha salido de Málaga, he empezado a agobiarme. No quiero estropearos el finde, chicas, pero es que no puedo dejar de pensar en Carmen.

La abracé y ella suspiró. Aunque no podía ponerme en su lugar, entendía que se sintiera así. No debía ser fácil para una madre primeriza pasar tantas horas alejada de un bebé que aún no había cumplido el año.

—Todo irá bien —le aseguré, a pesar de que no podía hacerlo—. Y vamos a pasarlo genial, ya verás.

—Intentaré no llamar mucho a Rodri, aunque no prometo nada.

Sin soltarla, la conduje al centro del salón, donde Carolina seguía ultimando detalles. Las dos se saludaron y las tres nos pusimos manos a la obra para tenerlo todo listo antes de que Jimena llegara.

—¡Sorpresa!

Jimena se echó a reír en la puerta de la casa y abrazó a Carolina, que era quien le había abierto.

—¡Lo sabía! Era muy raro que me invitarais a pasar un fin de semana aquí así porque sí.

—Menos quejas y más disfrutar, porque te hemos preparado una despedida que te va a encantar —dije antes de abrazarla también.

Raquel fue la última en unirse, aunque ya estaba bastante más animada que cuando había llegado y no tardó en empezar a saltar, instándonos a las demás a hacer lo mismo.

Cuando Jimena dejó sus cosas, la sentamos para explicarle el plan: aquella noche nos quedaríamos «de tranquilos» en casa, tomando comida mexicana, bebiendo tequila y jugando a algunos juegos de chupitos; al día siguiente, sin embargo, nos prepararíamos por la mañana e iríamos a un *spa*, después habíamos reservado para almorzar, y la tarde y la noche la pasaríamos fuera para que todo el mundo pudiera ver su disfraz de unicornio (aunque ese detalle no se lo explicamos, ya que queríamos mantener la sorpresa un poco más). Ella estuvo de acuerdo en todo, así que no tardamos en hacer el pedido al restaurante, ponernos los pijamas y atrincherarnos en los colchones.

Cuando llegó la cena, apenas media hora después, nos repartimos los recipientes, con cuidado de no manchar nada, y la tomamos mientras veíamos, por insistencia de la futura novia, la película de 2005 de *Orgullo y prejuicio*. Pero la diversión de verdad empezó cuando el filme terminó, pusimos la música y sacamos las botellas.

—Quiero proponer un brindis —dijo Carolina en cuanto nos servimos el primer chupito—. Por Jimena, que va a ser la novia más guapa del mundo.

—¡Por Jimena! —repetimos Raquel y yo antes de beber.

—Qué ilusión me hace esto —nos confesó Carolina—. Apenas he ido a un par de bodas de amigas.

—Para nosotras es la primera —intervine yo—. ¿Verdad, Raquel?

Ella titubeó unos segundos antes de sonreír y asentir, lo que hizo que tanto Jimena como yo frunciéramos el ceño y nos giráramos.

—¿Qué pasa? —le preguntó nuestra amiga.

—¿A mí? Nada —trató de disimular Raquel, aunque no le salió demasiado bien.

—¿Por qué has tardado en contestar? —insistí yo—. ¿Qué has hecho?

—¿No te habrás...?

Jimena no terminó la frase, pero la cara de culpabilidad de Raquel fue suficiente para saber que, efectivamente, había hecho aquello sin decírnoslo: Rodri y ella se habían casado.

—Solo lo hemos hecho por Carmen, para evitar cualquier posible problema y tenerlo todo bien atado, pero no actuamos como un matrimonio. No nos consideramos «marido y mujer» —se

apresuró a explicar—. Fuimos una mañana al juzgado, firmamos los papeles y ya está. No invitamos a nadie. Bueno, a nuestros padres, pero solo porque sabíamos que se enfadarían mucho si no lo hacíamos.

—Estoy flipando.

—¡Pues anda que yo! —exclamó Jimena—. ¡Tía, que soy tu mejor amiga y la madrina de tu hija! No me puedo creer que no me hayas dicho nada. Primero me ocultas que estás quedando con Rodri, ¿y ahora esto?

—Porque no es nada importante y, además, no queríamos quitaros protagonismo a Álex y a ti, que sois quienes os casáis de verdad.

—¡Ah, esa es otra! Cuando me comprometí me dijiste que era muy pronto y resulta que te casas antes que yo con un chico al que conociste después que yo a Álex —replicó ella, poniendo unos morritos que probaban que no estaba realmente enfadada—. Ya te vale...

—Solo lo he hecho por Carmen —insistió Raquel. Gateó hasta el lado de Jimena y la abrazó—. Además, no hemos venido a hablar de mí, sino a celebrar que, si el destino lo permite, Álex y tú vais a casaros en pocas semanas.

Carolina me miró con gesto extrañado, como si no terminara de entender lo que estaba sucediendo. La pobre no había pasado mucho tiempo con Jimena y Raquel juntas, así que no sabía cómo de caótica podía ser a veces su relación.

—Siempre están así, ya te acostumbrarás —le dije, quitándole importancia a la situación con un gesto.

Ella se encogió de hombros. No parecía demasiado conforme; pero si yo, que era su amiga de toda la vida, lo decía, tendría que hacerme caso.

Después de aquel momento algo tenso, nos tomamos otro chupito y decidimos empezar con los juegos de beber. Raquel y Jimena sugirieron empezar con «verdad o atrevimiento», a pesar de que a mí no me convencía demasiado. Conociéndolas como las conocía, sabía que se cebarían con Carolina y conmigo para comprobar si realmente nos gustábamos o no. Aunque en parte suponía que me lo merecía por lo que le hicimos a Jimena y Álex cuando fuimos a visitarla a Málaga. Aun así, protesté, pero mis quejas no fueron muy bien recibidas.

—No seas gallina —me retó Raquel—. ¿Es que tienes miedo de lo que podamos mandarte o preguntarte?

—No, es que creo que ya no tenemos quince años y no deberíamos seguir jugando a estas tonterías.

—Venga, será divertido. —Jimena hizo un puchero y yo chasquéé la lengua. Si me lo pedía la novia, no podía negarme—. Te prometo que nos portaremos bien. O lo intentaremos, al menos.

Claudiqué con un suspiro y me serví una copa. Solo esperaba que aquello no fuera demasiado doloroso.

Las primeras rondas fueron bastante tranquilas y solo tuvimos que contestar a algunas preguntas ligeramente embarazosas, llevar a cabo un par de retos de beber y subir unos selfis

horribles a redes sociales. Las siguientes, sin embargo, fueron subiendo de intensidad, y después de tener que tomarme un chupito de tequila del ombligo de Carolina (lo que hizo que las dos acabáramos totalmente rojas), decidí que no iba a volver a elegir «atrevimiento» lo que quedaba de noche. A Raquel y Jimena se les estaba empezando a subir el alcohol, y miedo me daba qué más se les pudiera ocurrir.

—Venga, Carolina, te toca —le dije, girándome hacia ella—. ¿Verdad o atrevimiento?

—Verdad —se apresuró a responder. Probablemente había entendido, al igual que yo, que era mejor no seguir tentando a la suerte con los desafíos—. Preguntadme lo que queráis.

—¿Cuándo fue la última vez que...?

Le tapé la boca a Jimena antes de que pudiera terminar la pregunta. Sonreí con nerviosismo, tratando de disimular aunque, evidentemente, Carolina sabía por dónde iban los tiros y qué pregunta iba a hacerle.

—Tenemos que decidir la pregunta entre todas —le recordé—. Además, ¿no estáis un poco cansadas ya de este juego? Yo creo que deberíamos cambiar a...

—¿Cuál es tu mayor miedo? —me interrumpió Raquel antes de dejarse caer de espaldas sobre el colchón con cierta brusquedad.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —protestó Jimena.

—Una muy importante: se aprende mucho de una persona por las cosas que le dan miedo.

—¿Contesto a esa entonces? —Carolina nos miró, algo indecisa, y yo asentí. Seguía sin quedarme muy claro el sentido de aquello, pero prefería esa pregunta a cualquier otra que pudiera resultarnos comprometedora—. No quiero cortaros el rollo, pero si insistís... Supongo que mi mayor miedo es no encontrar nunca un lugar al que pertenecer, un lugar propio en el que pueda sentirme en casa.

Bajó la mirada al decir aquello y bebió un sorbo de su copa. El ambiente se había vuelto un poco pesado tras su respuesta, pero a mí no podía importarme menos. De repente recordé el mar, todo lo que me había contado sobre sus orígenes durante aquellos meses de convivencia, y fue como si algo en mi cerebro encajase, como si, de golpe, pudiera entenderla mejor. Y en ese mismo instante me di cuenta también de que yo quería ser ese hogar al que Carolina pudiera volver cada vez que se sintiera perdida. Tuve que contener un bufido al pensar aquello. Estaba aún más pillada de lo que había temido.

Nos fuimos a dormir poco después de aquella confesión. Estábamos todas bastante cansadas y al día siguiente nos esperaba una jornada ajetreada, así que dimos el juego por concluido y las cuatro nos acostamos. Yo quedé, sin darme cuenta, entre Raquel y Carolina, y no pude evitar sonrojarme al ponerme de perfil y encontrarme directamente con sus ojos.

—Berta, no me he cargado la noche, ¿verdad? —me preguntó en un susurro. Las demás se habían quedado dormidas nada más tumbarse y no queríamos despertarlas.

—Claro que no —me apresuré a responder—. ¿Por qué dices eso?

—Porque el ambiente se ha puesto un poco raro después de mi respuesta. Lo siento, debería

haber dicho otra cosa.

—No, tranquila. Tú solo has dicho la verdad. Además, era ya muy tarde e iba siendo hora de terminar con ese estúpido juego.

—Menos mal...

—Aunque lo que has dicho...

—Ya, ha sido un poco dramático, ¿no te parece?

Se encogió de hombros, y yo, sin poder evitarlo, estiré una mano y le acaricié la mejilla. Ella cerró los ojos y noté cómo se estremecía bajo mi tacto.

—No, no lo ha sido. Te he oído hablar muchas veces del mar y de tus raíces, pero creo que nunca lo he entendido como esta noche.

Lentamente, Carolina volvió a abrir los ojos y me dedicó una pequeña sonrisa casi tímida.

—¿En serio? —Asentí, y ella amplió su sonrisa—. Me alegra que lo hagas. Es reconfortante cuando encuentras a gente que entiende que puedes ser un mar de contradicciones, que, aunque estés feliz con tu vida, a veces te hagas preguntas.

Quise decirle muchísimas cosas en aquel momento y, sobre todo, besarla para demostrarle que estaba ahí y que, aunque mi cabeza sí que fuera un auténtico mar de contradicciones, quería quedarme a su lado. Pero sabía que no eran ni el momento ni el lugar, así que me limité a acariciarle la mejilla antes de bajar la mano y entrelazar nuestros dedos a modo de pequeña promesa.

—Buenas noches, Carolina —susurré.

—Buenas noches, Berta.

Y así, agarradas la una a la otra, acabamos por quedarnos también dormidas.

Capítulo 16

Rendición, Yoly Saa

Después de aquel fin de semana de despedida de soltera en el que tan bien lo pasamos (a pesar de que Jimena estuvo a punto de sufrir un infarto al ver el disfraz con el que acabamos paseándola por todo el pueblo y, sobre todo, la zona de fiesta), las cosas entre Carolina y yo siguieron su curso y a mí cada vez me costaba más controlarme para no besarla. Algunos días se convertía en una auténtica tortura. La veía trabajar, reír, hablar... y en lo único que podía pensar era en lo mucho que quería convertirme en esa casa que tanto miedo le daba no llegar a encontrar nunca.

—Berta... Berta.

Di un pequeño bote en el sofá, sobresaltada al notar su mano en mi hombro. Estaba tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera la había oído acercarse.

—¿Eh?

—Uy, perdona —se excusó Carolina. Todavía con la mano apoyada en mi hombro, se sentó a mi lado en el sofá—. Te he llamado, pero creo que no me has escuchado.

—No, es que estaba... distraída —dije. Aquello no era una mentira, solo una pequeña omisión de la verdad. Además, ella no me había preguntado en qué estaba pensando exactamente—. ¿Querías algo?

—Tengo antojo de tortilla de patatas para cenar y voy a preparar una. ¿Te apetece?

—Solo si es con cebolla.

—¡Con cebolla! —exclamó ella. Se apartó, como si de repente mi tacto la quemara—. ¿Pero qué clase de sacrilegio es ese?

—El sacrilegio es tomársela sin cebolla —repliqué, aguantando la risa a duras penas. Era evidente que no podíamos coincidir ni siquiera en aquello—. Pierde todo su encanto.

—A ver, Berta, ¿cómo se llama? Tortilla de patatas. Pa-ta-tas —insistió ella, separando las sílabas—. ¿Dónde ves tú la palabra «cebolla» ahí?

—Muy graciosa.

—Y con mejor gusto que tú.

—Así que vas a hacer una tortilla sosa... Espero que, al menos, no te guste muy cuajada porque entonces sí que vamos a tener un problema.

—Tranquila: ya te he dicho que tengo buen gusto. —Carolina me sacó la lengua al decir aquello y yo puse los ojos en blanco—. ¿Me echas una mano?

Asentí y las dos nos levantamos del sofá casi al mismo tiempo, como si estuviéramos sincronizadas. Anduvimos a la cocina, seguidas muy de cerca por Kitty, que probablemente intentaba que le diéramos algo, a pesar de que no era su hora de cenar.

Pusimos música antes de coger los delantales y empezar a pelar y picar las patatas, siguiendo el ritmo de las canciones. Cuando estuvieron listas, Carolina sacó la sartén para freírlas y yo me apoyé en la encimera para poder observarla. ¿Cómo podía estar tan guapa mientras luchaba contra un montón de aceite hirviendo? Se había recogido el pelo en un moño despeinado y llevaba solo una manga del jersey arremangada, pero, aun así, estaba preciosa. Y yo me moría de ganas de acercarme por detrás, abrazarla por la espalda y besarle el cuello, pero sabía que tenía que contenerme. En primer lugar porque no era adecuado y, en segundo, porque desconcentrar así a alguien mientras cocinaba podía ser incluso peligroso. Y no quería quemar la casa por un arrebató de pasión.

—¿Me pasas la espumadera? —me preguntó ella, sacándome de mis pensamientos—. ¿Qué pasa? ¿Tengo piel de patata en el pelo?

—Perdona. —Notaba las mejillas rojas, pero aun así traté de disimular y pasarle la paleta como si no acabara de pillarme mirándola como una boba—. Aquí tienes.

—No has contestado a mi pregunta —insistió ella, aunque volvió a centrarse en las patatas. Estiró bien el papel de cocina en el plato y comenzó a sacarlas—. ¿Por qué me mirabas tanto?

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué contestar. Aunque parecía evidente que ella ya sabía qué pasaba, no quería confesarlo.

—Estabas muy concentrada —dije finalmente.

—Es lo que tiene cocinar: si te distraes, puedes tener un accidente.

Me miró con tanta intensidad al decir aquello que noté cómo las piernas me temblaban y tuve que sujetarme a la encimera para no caerme ahí mismo al suelo. Nerviosa, miré a ambos lados y acabé señalando la nevera.

—Voy a... voy a ir cascando los huevos.

Pasé por su lado, pero ella me detuvo antes de que pudiera alcanzar el frigorífico. Nos quedamos inmóviles en mitad de la cocina, mirándonos la una a la otra. Bajé la mirada a sus labios casi por accidente y ella, al darse cuenta, los curvó hacia arriba.

—¿Vamos a seguir fingiendo que no pasa nada entre nosotras?

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al escuchar aquella pregunta tan franca, tan directa. Al parecer, ella estaba aún más cansada que yo de dar tumbos y rodeos.

—No lo sé —susurré—. ¿Tú qué quieres?

—Ya sabes lo que quiero. Te lo dije aquel día en el probador. La cuestión es: ¿tú sigues pensando lo mismo? Porque llevas ya mucho tiempo mandándome señales y no estoy muy segura de cómo interpretarlas.

—Es que yo... —Aparté la mirada y me mordí el labio, sin saber muy bien cómo continuar aquella frase—. Esto es complicado.

—Solo porque tú estás haciendo que sea así. Deja de pensar durante un minuto y solo siente, Berta: ¿qué es lo que te apetece?

Cerré los ojos, tratando de desconectar el cerebro para centrarme en mis sentimientos, en mis impulsos. Al principio me costó un poco porque una parte de mí, que estaba muy asustada, no paraba de repetir que aquello no podía ser y que nos estábamos equivocando, pero al final lo conseguí. Y, cuando abrí de nuevo los ojos, ya lo tenía claro.

—Estoy cansada de luchar contra lo que quiero, contra lo que siento —confesé sin titubear—. Estoy harta de contenerme cuando lo único que quiero hacer es besarte, y sé que tú a mí también.

—¿Y mañana por la mañana dirás lo mismo o me pedirás olvidarlo de nuevo? —Quiso saber ella—. Porque no sirve de nada que me digas eso ahora si luego vas a actuar como si nada.

—Mañana por la mañana te querré igual que te quiero esta noche —le aseguré mientras entrelazaba nuestros dedos—. Y ya no voy a volver a tener miedo de admitirlo.

Conteniendo la respiración, di un paso al frente para terminar de recorrer la distancia que nos separaba y, por fin, la besé. Ella tardó unos segundos en reaccionar, aunque no tardó demasiado en devolverme el beso y envolverse entre sus brazos. Yo le acaricié el cuello y contuve un gemido cuando me mordió un labio.

—Me alegra que te hayas aclarado —dijo, a escasos centímetros de mi boca. Quise besarla de nuevo, pero ella me indicó con un gesto que esperara un momento—. Pero tengo que terminar de preparar la cena.

—¡A la mierda la cena! —exclamé yo, haciéndola reír—. Hay cosas más importantes que una tortilla de patatas.

—Eso lo dices ahora, pero cuando tengas hambre en un rato, me darás las gracias. —Me dio un beso rápido y rio—. Dame solo unos minutos y seré toda tuya.

Asentí con resignación y la ayudé a abrir y batir los huevos. Después, ella los mezcló con las patatas y echó la masa a una sartén. Yo aproveché entonces para ponerme a su espalda y, olvidándome de todas mis objeciones y del miedo a quemar la casa, la abracé y empecé a besarle el cuello, aunque ella continuó concentrada en su tarea.

Los minutos que tardó en cocinarse la tortilla se me hicieron eternos. Aunque el peor momento fue cuando tuve que separarme de ella para que pudiera darle la vuelta sin quemarse ni provocar un desastre. Por suerte, en cuanto esta volvió a asentarse en la sartén, me pegué de nuevo a su espalda y no me separé de ella hasta que, tras quitar la comida del fuego, se dio la vuelta para encararme. Carolina enarcó una ceja, invitándome en silencio a acercarme, y yo no lo dudé ni un segundo. Nuestros labios prácticamente colisionaron y, antes de que pudiera hacer nada más, ella

enterró una mano en mi pelo y me giró hasta que quedé apoyada en la encimera. Me subí, quedando con las piernas a ambos lados de sus caderas, y ella aprovechó para apoyar una mano en la parte baja de mi espalda. Yo la arqueé ligeramente, dándole acceso a mi cuello, y me mordí el labio en cuanto noté los suyos recorriéndolo. Casi sin pensar, deslicé las manos por sus costados hasta llegar a la parte inferior de su camiseta. Tiré para ir subiéndola y ella se alejó de mi cuello para que pudiera terminar de quitársela. Sin dudarlo ni un segundo, me deshice de ella y la lancé al suelo antes de sacarme también la mía. Enganché un dedo en la trinchera de su pantalón y tiré para acercarla a mí de nuevo y poder besarla. Ella volvió a enredar los brazos tras de mí, pero yo decidí ir un paso más allá y empezar a acariciar su abdomen e ir bajando con lentitud. Noté cómo se le erizaba la piel bajo la yema de mis dedos y tuve que contener una sonrisa.

—¿Tienes frío? —le pregunté, haciéndome la tonta.

—Sabes perfectamente que no —contestó ella, riendo, antes de besarme de nuevo.

No sé cuánto tiempo pasamos así en la encimera, entre besos y caricias, olvidándonos del mundo a nuestro alrededor y acallando los gemidos en los labios de la otra. Me sentía en una nube en aquel momento, como si estuviera en un sueño. Después de tanto tiempo negándome a mí misma lo que de verdad sentía, me costaba creer que lo que estaba pasando fuera real. Noté la mano de Carolina por dentro de mi pantalón y contuve la respiración en anticipación, como si no lleváramos un buen rato haciendo aquello, como si fuera la primera vez que me tocaba. Sin embargo, no pudo llegar a su objetivo. De repente escuchamos unos maullidos bastante insistentes y malhumorados y unas patas arañando el mueble. Las dos nos separamos y casi nos echamos a reír al ver a Kitty reclamando nuestra atención.

—Creo que tiene hambre —dije.

—Sí, eso parece. —Carolina se agachó y la cogió en brazos—. Tus mamis no se han olvidado de ti, tranquila.

—Bueno, en realidad sí que nos hemos olvidado durante unos minutos —puntalicé yo al tiempo que me encogía de hombros—, pero ha sido por causa de fuerza mayor.

—Es que alguien ha decidido distraerme mientras cocinaba... —añadió ella con cierto retintín—. Yo solo quería un poco de ayuda para preparar la cena.

—Y la has tenido, ¿no? ¡He pelado un montón de patatas y hasta cascado los huevos!

—Eres la mejor pinche de cocina del mundo. Y me alegra mucho que te hayas aclarado por fin.

—A mí también —respondí con sinceridad—. Han sido unas semanas bastante raras.

—Lo sé, pero eso se acabó. A partir de ahora nada de dramas, ni de acostarse y luego ignorarse, ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto.

—Voy a darle la cena; y tú, mientras tanto —me besó antes de terminar la frase—, ve poniendo la mesa.

—¿En serio? ¿No terminamos esto? —Hice un puchero al preguntar aquello y ella se echó a reír—. Nos lo estábamos pasando muy bien...

—Oh, tranquila, luego nos lo vamos a pasar muchísimo mejor. —Se acercó a mi oído y bajó el tono de voz, consiguiendo que notara una punzada en el bajo vientre y que se me secara la garganta—. Así que tenemos que coger fuerzas porque no vamos a pegar ojo en toda la noche.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Carolina volvió a reír y me besó una última vez, aunque no contestó. Se alejó para ponerle la cena a Kitty y yo me quedé unos segundos observándola antes de bajarme de la encimera de un salto y, con cierta resignación porque en aquel momento solo quería seguir perdiéndome en sus labios, lavarme las manos y poner la mesa.

Al fin y al cabo, sabía que tenía razón: debíamos comer bien porque nos esperaba una noche movidita.

Capítulo 17

Si quieres, Cariño

Después de aquella noche entramos en una fase en la que todo era maravilloso, las dos estábamos más que felices y el mundo parecía de repente un lugar mucho más bonito y amable. A pesar de que seguía teniendo muchísimo trabajo, de todo el estrés y la presión a la que me veía sometida por mi jefa y de las ganas que me daban, algunos días, de romper el ordenador de la oficina, al llegar a casa me calmaba. Era como entrar en un remanso de paz en el que todo estaba bien, donde no existía el mundo exterior ni los trabajos absorbentes. Incluso los enfrentamientos de la convivencia que antes nos hacían sacar las garras y pelearnos habían dejado de tener importancia. Cada vez que veíamos que se avecinaba una riña, nos besábamos, y cuando terminábamos veíamos el asunto con mucha más claridad y lográbamos resolverlo. Quizá lo de acabar en la cama para evitar discutir no era la mejor estrategia del mundo (ni mucho menos la más madura), pero en aquel momento nos servía. Es increíble cómo aclarar las cosas con una persona puede cambiar tanto tu perspectiva de la vida.

Aquella tarde volvía agotada del trabajo después de más de tres horas de reuniones virtuales. Cada vez estábamos consiguiendo más clientes y no dábamos abasto, así que todos los responsables de la oficina habíamos decidido plantarnos y exigir que contrataran a más gente. Todos trabajábamos muchas más horas de las estipuladas y ni aun así podíamos con todo. Si seguíamos así, todos los clientes que habían ido llegando acabarían por marcharse. Sin embargo, a nuestros jefes aquello no les hizo demasiada gracia y lo que iba a ser una reunión acabó convirtiéndose en una larga regañina, como si fuéramos niños pequeños que se negaran a hacer los deberes del colegio. No parecían entender que de verdad estábamos al límite y que, para expandirse como empresa, necesitaban invertir más dinero.

Cuando llegué a casa, abrí la puerta y sonreí al ver a Carolina sentada a la mesa, rodeada de un montón de papeles y con Kitty en su regazo. Ella levantó la cabeza al oírme y me devolvió la sonrisa, consiguiendo con aquel simple gesto que parte de las nubes que me rodeaban aquel día desaparecieran.

—¿Qué tal la reunión? —me preguntó directamente. Me había pasado toda la tarde y la noche anterior hablando de ella, así que había acabado por ponerla también nerviosa—. ¿Van a mandaros más gente?

—No creo —contesté con sinceridad. Me acerqué y la besé antes de dejarme caer en el sofá y suspirar—. Puede que incluso nos echen a nosotros.

—¿Y eso por qué?

Su mueca escandalizada hizo que sonriera de nuevo. A veces era tan expresiva que resultaba adorable.

—Porque se han tomado fatal las quejas —le expliqué—. En serio, ojalá ser funcionaria y que no pudieran despedirme por un capricho. Tendría que haberles hecho caso a mis padres y preparado unas oposiciones en vez de irme al sector privado.

—Las oposiciones son una mierda. ¡Te lo digo yo que me presenté seis veces!

—Por eso pasé de preparármelas, aunque ahora... —Me encogí de hombros al decir aquello. Quería sonar animada, pero me estaba resultando bastante difícil—. Supongo que todo tiene sus ventajas y desventajas, pero hoy no puedo pensar en positivo, lo siento.

Carolina me dedicó una mirada preocupada. Se levantó de la silla, se sentó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros para abrazarme. Yo me acomodé en su pecho y cerré los ojos, disfrutando de aquel pequeño momento de calma.

—Si quieres, podemos salir a dar una vuelta y cenar fuera cuando termine esto —sugirió mientras me acariciaba el pelo y yo conseguía relajarme poco a poco con aquellas pequeñas caricias. Definitivamente estábamos en una burbuja—. Te vendrá bien tomar el aire para despejarte un poco, y hace tiempo que no salimos.

—No suena mal.

—Pues, venga, ve preparándote que yo no tardo.

Me dio un beso y, a pesar de mis protestas, me soltó y regresó a la silla para poder terminar con su trabajo. Yo abrí los ojos y, armándome de toda mi fuerza de voluntad porque estaba muy a gusto en el sofá, me puse de pie y subí a la planta superior para poder darme una muy necesaria ducha y cambiarme de ropa.

Cuando bajé de nuevo, tras ducharme y ponerme unos pitillos negros y un jersey de punto, Carolina seguía concentrada en su trabajo. Me detuve en las escaleras y me quedé mirándola, en silencio. Revisaba aquellos proyectos con muchísimo cuidado y concentración, como si fueran los más valiosos del universo. Y, en parte, para aquellos niños sí que lo eran, así que me alegraba que su «seño» le prestase tanta atención a su trabajo.

No sé cuántos minutos permanecí inmóvil, pensando en lo mona que estaba y la suerte que tenía de haber aclarado las cosas con ella. Sabía que empezaba a sonar muy repetitiva y que

podía parecer que me pasaba el día repitiendo lo mismo, pero es que no podía estar más contenta de haber resuelto por fin aquella situación.

Carolina cerró entonces su bolígrafo y levantó la cabeza, por lo que me apresuré a terminar de bajar las escaleras para que no se diera cuenta del rato que llevaba ahí. Aunque algo me decía que lo sabía.

—¿Ya estás lista? —me preguntó. Yo asentí y ella se puso de pie de un salto—. Pues subo a cambiarme yo también.

—Tranquila, no hay prisa.

Aun así, ella echó a correr hacia arriba; yo decidí sentarme en el sofá a esperarla, aunque no tuve que hacerlo durante mucho tiempo. Apenas cinco minutos después, la vi bajar los escalones de dos en dos mientras se ponía la chaqueta sobre su vestido de punto, así que me puse yo también la mía y me colgué el bolso, preparada para nuestro paseo y cena.

Anduvimos por el centro, cogidas de la mano, y llegamos al Paseo Marítimo. Sin embargo, hacía bastante humedad, de esa que te cala hasta los huesos sin importar si llevas abrigo, por lo que acabamos saliendo de este e internándonos en el boulevard peatonal que discurría en paralelo. No hablamos demasiado, no nos hacía falta. Después de un día tan agotador no había nada como poder pasear en silencio, disfrutando de la calma y del sonido amortiguado de las olas que llegaba hasta allí.

Cuando nos cansamos, como ya era prácticamente la hora de cenar, retrocedimos sobre nuestros pasos y, sin ni siquiera hablarlo, acabamos en la terraza del mismo bar donde cenamos la primera noche que pasamos juntas, cuando acababa de mudarme y ninguna de las dos se imaginaba lo que nos depararían los siguientes meses.

—Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad? —me preguntó ella una vez que el camarero hubo tomado nuestra comanda.

—Creo que sí.

—Ha cambiado todo tantísimo desde septiembre —murmuró al tiempo que entrelazaba nuestros dedos por encima de la mesa—. Hemos pasado de esa primera curiosidad y atracción al odio...

—A tirarnos los trastos a la cabeza —puntalicé yo, que todavía sentía escalofríos al recordar todas nuestras peleas.

—... y a, bueno, lo que tenemos ahora.

—Me parece una buena evolución; aunque, siendo totalmente sincera, ahora pienso que podríamos habernos ahorrado todas esas discusiones y pasar directamente a esto.

—No podemos cambiar el pasado, pero, por suerte, sí crear el futuro que queremos.

Me apreté la mano al decir aquello y yo me acerqué y la besé porque tenía razón: de nada valía lamentarse por cosas que ya no tenían solución. Lo importante era centrarse en el presente y en todo lo que nos quedaba por descubrir. Y en aquel momento, a pesar de todos mis miedos y preocupaciones, no necesitaba nada más.

Capítulo 18

A Thousand Years, Christina Perri

Carolina y yo nos levantamos del banco donde estábamos esperando al ver que Rodri detenía su coche junto a la plaza. Cogimos nuestras maletas y nos acercamos mientras él salía y Raquel se asomaba a la ventanilla. Enarqué una ceja sin poder evitarlo al ver sus caras. No tenían muy buen aspecto.

—¿Estáis bien? —les pregunté.

—Regular. Carmen ha pasado una noche horrible —me confesó mi amiga—. Le dolía la barriga y no conseguíamos calmarla. Es que últimamente tiene muchos gases.

—No hemos pegado ojo —añadió Rodri—. Menos mal que ya se le ha pasado y se ha dormido, así que hemos podido venir hasta aquí sin problemas.

Los miré a ambos con el ceño ligeramente fruncido. No parecían estar en condiciones de conducir durante tanto rato. De hecho, me resultaba sorprendente que hubieran sido capaces de llegar hasta Estepona sin tener un accidente. Era evidente que ambos necesitaban echarse una siesta con urgencia.

—Oye, no quiero meterme donde no me llaman, pero ¿queréis que conduzca yo hasta Aracena? —les sugerí—. Os prometo que soy una buena conductora. Además, pondré el navegador para no perderme.

Las dos intercambiaron una mirada rápida, casi desesperada, como si estuvieran ahogándose en mitad del mar y yo acabara de lanzarles un flotador.

—¿De verdad? —me preguntó él.

—Claro, no me cuesta nada. Así podréis descansar.

—Si tenemos un accidente justo antes de la boda, Jimena y Álex nos matan por quitarles el protagonismo y quedarse sin los testigos —le dijo Raquel—. Y no quiero ni pensar en que a Carmen le pase algo por nuestra culpa.

—No digas eso ni en broma. —Rodri negó con la cabeza, asustado, y finalmente señaló el asiento del conductor—. Todo tuyo, Berta. Muchas gracias.

—Eres la mejor.

—Pues no se hable más.

Guardamos las maletas (aunque tuvimos que jugar al Tetris para poder encajarlas entre todas las cosas de Carmen) y los tres nos metimos en el coche. Carolina se sentó en la parte trasera, al lado de la sillita de la pequeña, Rodri en el asiento del copiloto y yo tras el volante. Ajusté el sillón y los espejos y nos pusimos en marcha, rumbo a la boda de nuestros amigos.

Raquel se quedó dormida en cuanto salimos a la autovía. Rodri se giró y sonrió, mirándola con ternura.

—Está agotada —dijo—. No se ha dormido antes porque quería darme conversación.

—Tú puedes dormirte también —le dije—. No voy a estampar tu coche.

—Lo sé, tranquila. —Él rio y se giró hacia mí—. Pero de momento aguanto. Aunque no descarto echarme una siesta en algún momento porque nos esperan un par de días moviditos. Álex está de los nervios.

—Jimena también.

—Bueno, es normal, ¿no? —intervino Carolina—. Van a dar un paso muy importante en su relación.

—Sí, algunos todavía se toman el matrimonio en serio —comenté con un cierto retintín que a él no le pasó desapercibido—. Aunque para otros sea solo ir una mañana a firmar un papel.

—Porque en realidad es lo que es, ¿no? Un mero trámite. —Rodri apoyó la cabeza en el asiento y se encogió de hombros—. Os lo habéis tomado a la tremenda. No te tenía por una romántica empedernida, Berta.

—Y no lo soy.

—¿Ah, no?

Miré a Carolina por el retrovisor y me di cuenta de que había fruncido ligeramente el ceño.

—No demasiado —admití al tiempo que me encogía de hombros—. Creía que ya te habrías dado cuenta. Soy pragmática en la vida.

—Pues para ser tan pragmática te cuesta bastante tomar decisiones...

Aquel pequeño dardo me hizo poner los ojos en blanco. Rodri paseó la mirada entre ambas, tratando de entender lo que se estaba perdiendo y sacando sus propias conclusiones que no debían de estar demasiado alejadas de la realidad. No había tardado en sumar dos más dos.

—¿Vosotras queréis casaros?

A punto estuve de pegar un volantazo al escuchar aquella pregunta. Traté de permanecer tranquila, aunque sabía que mi mirada de pánico me estaba delatando. Y Carolina no parecía estar mucho mejor.

—¿Entre... nosotras? —le preguntó.

—Os preguntaba en general, pero si tenéis algo que compartir... —Él, que parecía estar pasárselo de maravilla, se inclinó un poco hacia delante y amplió su sonrisa—. Soy todo oídos.

—¿No te parece una pregunta muy personal que hacer a alguien a quien prácticamente no conoces? —replicó Carolina.

—Y bastante cotilla —puntualicé yo—. Además, con la de vueltas que da la vida, nunca se sabe cómo vamos a terminar.

Rodri no pudo replicar. De repente Carmen empezó a lloriquear y los tres nos pusimos en alerta. Carolina, que era la que estaba más cerca, se apresuró a intentar tranquilizarla, chistando en voz baja para que Raquel no se despertara y meciendo con cuidado la sillita.

—Ey, tranquila —murmuró—. Ya sé que no me conoces, pero tu mamá está justo ahí, ¿la ves?

—¿Papá? —preguntó Carmen, que ya decía algunas palabras.

—Tu papá va delante.

—Estoy aquí, cariño, no pasa nada —dijo él en voz alta para que la pequeña pudiera escucharlo. Incluso estiró un brazo hacia atrás para mecerla—. Todo va bien.

Carolina siguió tratando de tranquilizarla y la pequeña, que hacía unos segundos parecía a punto de echarse a llorar, se calmó y volvió a dormirse.

—Vaya. —Rodri silbó, impresionado—. Sí que se te dan bien los niños. Se nota que trabajas con ellos.

—Es que tengo muchos primos y, como mi hermana y yo somos las mayores, siempre nos tocaba cuidarlos.

—¿Y vosotras queréis tener...?

—Como termines esa frase, te juro que te echo del coche en marcha, Rodrigo —lo amenacé antes de que pudiera terminar de hablar.

Él rio, pero hizo un gesto de cremallera sobre sus labios. Yo suspiré, aliviada, e incluso relajé un poco la postura. Solo esperaba que no volviera a sacar el tema durante el resto del viaje.

Cuando por fin llegamos a Aracena, después de unas horas y de un par de paradas más que necesarias en áreas de servicio, Raquel y Rodri nos dejaron en la puerta de la casa de mis padres, donde nos quedaríamos aquella noche. Me detuve de forma brusca en la entrada, agarrando la maleta con fuerza para que no se me cayera al reparar en algo que se me había pasado por alto durante todos aquellos días: iba a dormir con Carolina en mi casa. A pesar de que mis padres ya la conocían y de que, en teoría, éramos solo compañeras de piso, no pude evitar ponerme nerviosa. Porque en la práctica sí que éramos bastante más y aquello me parecía muy serio de repente.

—¿No abres ni llamas? —me preguntó ella, extrañada al verme inmóvil frente a la puerta. Parecía muy tranquila, como si no se hubiese dado cuenta de la importancia de aquello o como si no le pareciera nada del otro mundo—. Es aquí, ¿no?

Asentí, aunque fui incapaz de articular ninguna palabra. Tomé una bocanada de aire y, por fin,

me atreví a llamar al timbre. Mi madre, que debía de estar ya esperándonos, no tardó en salir. Me saludó con un abrazo antes de mirar a Carolina y darle dos besos.

—¡Encantada de volver a verte! —le dijo antes de que pudiéramos pronunciar palabra—. Pero pasad, no os quedéis ahí, por favor.

Las dos entramos y fuimos directamente a la planta de arriba para dejar nuestras cosas. La conduje hasta mi dormitorio, que le iba a ceder aquella noche, y ella miró a su alrededor con curiosidad, probablemente tratando de imaginarse aquel lugar cuando era una adolescente. Por suerte había redecorado hacía ya años, antes de independizarme, y ahora parecía un cuarto de invitados bastante funcional.

—Yo me quedo enfrente, ¿vale? —dije mientras ella continuaba cotilleando—. Así que, si necesitas algo, no tienes más que cruzar el pasillo.

—¿Estás segura de que no te importa que me quede aquí? —me preguntó, girándose por fin hacia mí—. Es tu dormitorio y yo puedo dormir en el sofá.

—¡De eso nada! —repliqué yo—. Además, nadie tiene que irse al sofá. Mi hermano ya no vive aquí, su cuarto está vacío.

—O también podrías venirte aquí conmigo... —sugirió.

Enarcó una ceja al decir aquello y yo me puse completamente roja, como si volviera a tener quince años. Carolina se echó a reír al verme, haciendo que me pusiera todavía más roja.

—Es que mis padres no saben que tú y yo... —Dejé la frase en el aire, pero ella asintió.

—Sí, lo sé. Era una broma, tranquila. Solo espero que no me echés mucho de menos esta noche.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al escuchar aquello e incluso se me cortó la respiración durante unos instantes, aunque no me dejé amedrentar.

—A ver si vas a ser tú la que me extrañe...

Ella amplió su sonrisa y dio un par de zancadas hacia mí, dejándome atrapada entre su cuerpo y la pared.

—Oh, ten por seguro que lo haré.

Me besó y yo me aferré a ella, acercándola aun más y aumentando la intensidad del beso. A lo mejor si nos dábamos prisa...

—¡Berta, Carolina, ya está el almuerzo!

La voz de mi madre nos interrumpió. Juntamos nuestras frentes y ella rio por lo bajo.

—Qué oportuna.

—Mentiría si te dijera que es la primera vez que me pasa justo esto.

Volvió a reír y me dio un beso rápido antes de alejarse.

—Bueno, ¿bajamos? La verdad es que estoy muerta de hambre.

Asentí y, tras dejar mi maleta en la otra habitación y pasar por el baño, fuimos al salón para comer con mis padres.

El almuerzo transcurrió con tranquilidad. Hablamos de la convivencia, nuestros trabajos, y

conseguimos no delatarnos. Cuando acabamos, ayudamos a recoger y fuimos a casa de Jimena, donde habíamos quedado también con Raquel. Nuestra amiga estaba histérica por la boda, así que habíamos decidido que lo mejor sería ir a darle ánimos e intentar tranquilizarla. Después del dineral que ella y Álex se habían gastado, no queríamos que protagonizara el *remake* de *Novia a la fuga*.

—Esto no va a salir bien —nos dijo Jimena en cuanto estuvimos sentadas en el sofá de su casa, sin dejar de dar vueltas frente a nosotras por el salón—. Seguro que pasa algo, ¡un accidente!, y todo se va al traste. El destino me odia, ¿recordáis?

—Ya has aprendido a enfrentarte a él —le mencionó Raquel que, por suerte, estaba mucho más despierta que durante el viaje—. Es normal estar nerviosa antes de algo así, pero no puedes dejar que el pánico te domine.

—¿Y si me caigo con los tacones? ¡Soy muy torpe! Tendría que haber elegido un zapato plano...

—Nosotras te levantaremos y te llevaremos hasta el altar —le aseguré yo.

—¿Y si le pasa algo a Álex?

—No le va a pasar nada. Me lo he dejado en mi casa, jugando a la Play con Rodri, y parecía estar bastante bien. Y esta noche le daremos cosas ligeras de comer para que no le siente mal.

—Sí, y yo ya he hecho un cribado en casa y comprobado que no hay nada con lactosa cerca —murmuró Jimena, más para sí misma que para nosotras—. Eso lo tenemos controlado.

—La boda saldrá de maravilla —intervino Carolina, que había estado callada hasta entonces, ya que sabía que nosotras estábamos más acostumbradas que ella a aquellas situaciones y que las gestionábamos mejor—. Os habéis esforzado mucho para que todo salga bien, así que ya solo os queda disfrutar del día.

—Sí, tenéis razón. —Por fin se detuvo. Nos miró y suspiró—: Gracias por venir, chicas.

—Para eso estamos las amigas. —Raquel se levantó y la abrazó—. ¿Hay algo más en lo que podamos ayudarte?

—A lo mejor —contestó, con cierto apuro, aunque nosotras la animamos a seguir—. Tenemos a medio montar los canastos con los regalos para las invitadas y los paquetes de chucherías para los niños. Sé que es un trabajo muy aburrido, pero ¿os apetece echarnos una mano?

Las tres asentimos y ella dio un pequeño salto antes de abrazar de nuevo a Raquel y pedirnos a Carolina y a mí con un gesto que nos uniéramos, así que eso hicimos.

Nos esperaba un fin de semana cargado de emociones.

Capítulo 19

Paper Rings, Taylor Swift

A las once de la mañana estábamos ya en la sala del ayuntamiento en la que Jimena y Álex se casaban. Carolina y yo habíamos llegado con bastante antelación para coger buenos sitios, por lo que llevábamos ya un poco esperando cuando vimos a Álex entrar del brazo de su madre y con su padre al otro lado. Iba muy guapo, con un traje oscuro y una corbata de color verde que hacía juego con sus ojos. Nos hizo un gesto al vernos, aunque no se detuvo hasta llegar al altar y ocupar su lugar. Una vez ahí, entrelazó ambas manos por delante del cuerpo y se giró para tener una buena visión de la entrada y no perderse ni un minuto de la llegada de Jimena.

Los demás se hicieron esperar unos diez minutos en los que al pobre Álex se lo vio sufrir mucho. Seguro que temía, al igual que mi amiga, que un accidente les estropeará el día. Por suerte, en cuanto vio aparecer a Raquel y Rodri, empujando el carrito de Carmen, se relajó. Ellos recorrieron el pasillo y se sentaron en los asientos que les habían reservado en primera fila, para poder acercarse los anillos cuando llegara el momento (porque, aunque Carmen estaba monísima con su vestido de dama, era evidente que era demasiado pequeña para poder hacerlo) y firmar las actas como testigos.

Una canción instrumental, que yo habría jurado que era *Dancing Queen* de ABBA, comenzó a sonar entonces, y todos nos giramos hacia la puerta justo a tiempo para ver llegar a Jimena. Iba cogida del brazo de su padre y llevaba a su madre al otro lado. Le guiñó un ojo a Álex antes de empezar a caminar y yo no pude evitar girarme para mirarlo a él. Era una de las cosas que más me gustaban de las bodas: la reacción del novio cuando veía a su futura mujer cruzar el altar. Y Álex no me decepcionó. Sonrió a Jimena, aunque se le empañaron los ojos de la emoción al ver lo guapísima que iba con ese vestido de corte princesa y mangas de tul de un blanco inmaculado (ella siempre bromeaba diciendo que, después de haber sido virgen durante tantos años, se lo había ganado). Incluso tuvo que pasarse el pulgar por la mejilla para retirarse una pequeña lágrima.

Jimena pasó por nuestro lado y estiró una mano para saludarnos y yo centré de nuevo mi

atención en ella para poder estrechársela mientras le susurraba lo preciosa que iba. Siguió caminando y no se detuvo hasta, por fin, estar en el altar junto a Álex. Se soltó de su padre y se puso frente a su futuro marido; y él, incapaz de contenerse, la abrazó y la besó, haciéndola reír.

La ceremonia fue breve, pero muy emotiva. El concejal encargado saludó a todos los presentes, leyó los artículos correspondientes y les pidió a los novios que leyeran los votos que habían escrito. Ambos hablaron del destino, de los accidentes y de cómo habían conectado desde la primera vez que coincidieron. Vi a Carolina quitarse un par de lágrimas a mi lado y, sin pensar, le di la mano. Ella me miró, un poco sorprendida primero, pero después apoyó la cabeza en mi hombro.

—Es precioso, ¿verdad? —susurró.

—Sí que lo es —contesté con la voz ligeramente temblorosa.

Después de aquello, Jimena y Álex intercambiaron los anillos, el concejal los declaró oficialmente marido y mujer y se besaron, haciendo que todos los presentes estalláramos en aplausos.

En cuanto firmaron el acta, todos nos acercamos para felicitarlos. Yo corrí hacia Jimena y la abracé con fuerza, aún emocionada por lo que acababa de pasar.

—Enhorabuena —le dije—. ¿Ves cómo no tenías que preocuparte?

—Bueno, el coche ha estado a punto de dejarnos tirados a mitad del camino —me confesó—, pero al final hemos podido llegar.

Me reí sin poder evitarlo. La estreché con un poco más de fuerza y le di un beso en la frente antes de por fin soltarla y acercarme a saludar a su ya marido.

Cuando terminamos con los saludos pertinentes, salimos a la puerta del edificio y les lanzamos arroz y pétalos de flores. Ellos los recibieron con estoicismo e incluso se besaron bajo aquella lluvia. Después, brindaron con un par de copas de cava y nos pidieron a todos que fuéramos hacia el lugar en el que se celebraría el convite, donde en breves comenzaría a servirse el cóctel de bienvenida.

Carolina y yo, que empezábamos a estar muertas de hambre y teníamos ganas de marcharnos para poder coger nuestras maletas y llegar al salón, comenzamos a buscar a Raquel y Rodri, con los que habíamos quedado para ir hacia allí. Los encontramos un poco apartados, hablando con los padres de ella, que tenían el carrito de Carmen.

—Si necesitáis cualquier cosa, nos llamáis, ¿vale? —les decía mi amiga, abrazada a su pequeña—. Da igual la hora que sea.

—Cariño, la niña estará bien —le aseguraba su madre. Extendió los brazos, aunque Raquel no se la pasó—. Venga, no os preocupéis.

—Mi amor, papá y mamá se van con tus titos y volverán por la mañana —le dijo, sin dejar de mecerla—. Te queremos muchísimo, ¿vale?

—Pórtate muy bien con los abuelos. —Rodri le dio un beso en la cabeza—. Hasta mañana, mi vida.

Raquel se la pasó por fin a su madre, que la colocó en el carro. Se despidieron de ella una vez más y la observaron alejarse, agitando el brazo hasta que los perdieron de vista. Carolina y yo esperamos unos cuantos segundos antes de, por fin, llamar su atención. Ellos, que se habían quedado con la vista fija en el horizonte, se sobresaltaron y se giraron hacia nosotras.

—¿Estáis listos? —les pregunté.

—Por supuesto. —Raquel dio una palmada y agitó la cabeza, tratando de sacudirse la preocupación. Incluso sonrió un poco—. Tenemos que pasar por tu casa, ¿verdad?

—Sí, a recoger nuestras cosas.

—Pues vámonos. Pienso tomarme una botella entera de vino cuando lleguemos.

—Y yo otra —la secundó Rodri—. Vino, un buen almuerzo y a dormir sin interrupciones hasta mañana por la mañana.

—Suena maravilloso.

—Esperad —los interrumpí antes de que pudieran añadir nada más—, ¿de verdad vais a acostaros directamente después de comer? ¿No vais a venir a la fiesta con los demás?

—Berta, llevamos casi un año sin poder dormir una noche del tirón —replicó Rodri—. Esto es un regalo.

—Cuando tengas hijos, nos entenderás.

Puse los ojos en blanco, aunque decidí no seguir insistiendo. Tenía demasiada hambre para iniciar una pelea, así que los cuatro nos subimos al coche, que habían podido aparcar cerca, y nos encaminamos al convite.

El salón que habían elegido para la celebración era muy elegante y estaba decorado con flores por todas partes. Nada más llegar, un camarero se acercó con una bandeja repleta de copas de vino. Raquel y Rodri cogieron dos cada uno, ante la sorpresa de aquel pobre chico que parecía no saber cómo actuar ante aquella situación.

—Las bebidas no se van a acabar —dijo—. Vamos a seguir sacando copas durante todo el día.

—Sí, lo sabemos, pero queremos empezar bien la boda —replicó ella, dedicándole la mejor de sus sonrisas—. Tú pásate a menudo por aquí porque nos hará falta.

—O tráenos directamente la botella, que igual así es más rápido.

—No les hagas ni caso —me apresuré a intervenir. Cogí también dos copas, aunque le pasé una a Carolina para que no creyera que todos éramos unos alcohólicos—. Y muchas gracias.

El camarero por fin pudo marcharse y yo les dediqué a mis amigos una mirada exasperada, aunque en seguida se me pasó el mal humor. Habíamos ido allí para disfrutar y no para poner malas caras. Después de aquello, nos pasamos un buen rato dando vueltas, saludando a conocidos y disfrutando de la primera parte del aperitivo mientras esperábamos a los novios. Carolina, que no conocía a nadie, se pegó a mí, aunque estaba bastante apagada. En un momento determinado, tras librarme de una antigua compañera de clase que se había casado con un primo de Jimena y a la que teníamos que soportar aquel día a pesar de que nunca nos había caído especialmente bien, la agarré del brazo y la alejé de la multitud.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí, tranquila, es solo que me siento un poco fuera de lugar aquí —me confesó—. Solo os conozco a vosotras y, no sé, es raro.

La miré durante unos instantes y, sin poder contenerme, la abracé con fuerza. Ella, aunque pareció sorprenderse al principio, en seguida me devolvió el abrazo.

—Si por mí fuera, no volverías a sentirte así nunca.

No sabía de dónde habían salido aquellas palabras, pero no me arrepentí de decirlas. Porque eran lo que realmente sentía, lo que pensaba. Después de haber escuchado a Carolina hablar tantas veces de lo que le costaba encontrar su lugar, seguía estando dispuesta a ser ese hogar. Aunque no me atrevía a confesarle todo aquello en voz alta.

—¿Qué?

Me soltó y me miró con una ceja enarcada, como si no terminara de creerse lo que acababa de decirle.

—Nada, no tiene importancia. —Traté de disimular yo al tiempo que me encogía de hombros—. Es que... no me gusta que te sientas así.

—Eso es muy bonito —contestó ella, tras unos segundos eternos—. Yo siempre me siento comprendida cuando estoy contigo.

—Sé que hay mucha gente y que no somos nada definido, pero ¿puedo besarte?

Ella rio y asintió, así que terminé de recorrer la distancia que nos separaba y uní nuestros labios, llevándome parte de su pintalabios y dejándole un poco del mío, que traté de limpiarle con el pulgar en cuanto me di cuenta. Carolina volvió a reír, para quitarle importancia, y me besó otra vez.

—¿Vamos a por un poco más de queso? —me sugirió—. No quiero comer demasiado para no llenarme tan pronto, pero están tan buenos que quiero probarlos todos.

Esta vez fui yo quien lanzó una carcajada. Asentí y nos dirigimos hacia la mesa, rozándonos las manos aunque sin llegar a cogerlas.

Jimena y Álex no tardaron demasiado en llegar. Los recibimos con *Paper Rings* de fondo, aplausos y muchos vítores. Raquel y Rodri, que ya debían de haberse bebido una botella cada uno y estaban bastante borrachos, silbaron, saltaron y cantaron, atrayendo la atención de muchos de los presentes y provocando la risa de los novios.

Continuamos con el picoteo hasta que, por fin, nos dejaron pasar al salón principal para seguir con el almuerzo. Nos sentamos en nuestra mesa, bastante cerca de los novios, y nos trajeron algunos entrantes más, seguidos del plato de carne o pescado que habíamos elegido y muchísimo más vino. Tanto que hasta Carolina y yo empezábamos a estar un poco achispadas. A mí me dio por hacer comentarios graciosos que, en realidad, no lo eran; y ella se quedó en silencio, apesadumbrada. En cuanto me di cuenta, dejé aquellas bromas tan malas y le dediqué una mirada preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —se apresuró ella a responder, aunque la sonrisa que se obligó a dibujar no llegó a sus ojos.

—¿De verdad? —insistí yo.

—Es solo que... —suspiró y negó con la cabeza—. A veces pienso en mi boda, en cómo sería, y me da mucha pena porque hace un tiempo que empecé a creer que nunca llegará. Con mi ex las cosas iban viento en popa y teníamos planes de futuro, pero de repente todo se fue al traste. Porque es lo que siempre pasa, ¿no? Conoces a alguien y todo va muy bien hasta que llega la hora de la verdad, pasa algo y te toca empezar de cero otra vez.

Abrí mucho los ojos sin poder evitarlo. Definitivamente no me había esperado una confesión así, aunque no sabía de qué me extrañaba: Carolina siempre había sido muy directa y me había dejado las cosas claras. Sin embargo, nunca habíamos hablado de matrimonio. Evidentemente habíamos hablado de bodas por culpa de esta, pero no habíamos ido mucho más allá, así que sus palabras me habían sorprendido. Y, siendo totalmente sincera, también me habían preocupado. ¿Creía que nosotras estábamos en ese punto o íbamos en esa dirección? ¿Temía que todo se estropeará o me estaba yo montando castillos en el aire y aquel era un comentario general que no me incumbía para nada?

—No pongas esa cara —siguió diciendo ella al ver que yo no añadía nada—. Ya sabes que a veces me da por darle demasiadas vueltas a la cabeza, pero estoy bien. Ya sé que no debería preocuparme por esto. Además, hoy hemos venido a celebrar esta boda y pasárnoslo bien, así que lo mejor será no estropear el momento con ralladas innecesarias. Aunque... igual dejo el vino de momento.

Sonrió al decir aquello y, esta vez sí, se le iluminó la mirada, lo que me tranquilizó. Además, tenía razón en una cosa: aquel no era el momento de preocuparse. Estábamos de fiesta con nuestros amigos, disfrutando del enlace y brindando por el amor. Ya tendríamos tiempo de charlar largo y tendido sobre nosotras y ese comentario, si ambas lo considerábamos oportuno, cuando llegáramos a casa.

Así que terminamos de comer, nos tomamos el postre y, después de que los novios se dieran la vueltecita de rigor para saludar todas las mesas y dar los detallitos, acabamos en una sala adjunta en la que se celebraría la fiesta.

Jimena y Álex abrieron el baile, con una canción lenta que se cantaron el uno al otro, antes de invitarnos a todos a unirnos en la pista., que no tardó en llenarse de jóvenes y mayores. Y después de aquello llegó el momento que tan cutre me parecía: el lanzamiento del ramo. Antes de poder escabullirme me vi rodeada de un montón de chicas con los brazos levantados, dispuestas a atrapar aquellas flores como si les fuese la vida en ello. Raquel se colocó a mi lado y yo enarqué una ceja.

—Pero si ya estás casada —le dije.

—Shhh —me chistó, poniéndome un dedo en la cara y tambaleándose ligeramente—. La gente no lo sabe, así que tengo que disimular.

Jimena se colocó de espaldas frente a todas nosotras y se hizo el silencio más absoluto. Contó hasta tres y, de repente, el ramo voló hacia la multitud. Yo me eché un poco hacia abajo para no estorbar a las demás, aunque moví una mano para hacer el paripé y no quedar mal. Sin embargo, las flores ni siquiera se acercaron a mí porque impactaron directamente en la cara de Carolina. Ella las recogió un poco sorprendida y me miró de reojo. Y yo volví a sentir aquel nerviosismo que me había invadido en el almuerzo. Definitivamente teníamos una conversación pendiente cuando volviéramos a Estepona.

Después de aquello, seguimos con la fiesta hasta bien entrada la madrugada. Cada vez se iban marchando más invitados, pero algunos resistíamos estoicamente sin dejar de bailar, cantar y, a ratos, beber. Incluso Raquel y Rodri, que tanto habían pregonado que se irían a dormir nada más terminar el almuerzo, seguían ahí, dándolo todo en la pista (y la barra del bar).

Carolina y yo estábamos bailando una canción muy pegadas en aquel momento, y yo cada vez tenía más ganas de besarla. Y hacerlo de verdad, no como en la recepción, cuando apenas nos habíamos dado un beso. Necesitaba mucho más; y ella, que pareció leerme la mente, me dio la mano y señaló el pasillo con la cabeza.

—¿Y si vamos al baño?

Al principio pensé que estaba de broma y me eché a reír, pero en cuanto me di cuenta de que no era así, me puse completamente roja.

—¿En serio?

—Hay poca gente...

Miré a mi alrededor y comprobé que, efectivamente, ya éramos pocos, así que nadie nos interrumpiría. Además, si alguien percataba de nuestra ausencia, no le echaría cuenta, pensando que nos habríamos ido a dormir. Titubeé unos instantes, pero cuando nuestros ojos se encontraron de nuevo y vi esa mirada que tan bien conocía ya, no pude resistirme y acabé tirando de ella hasta el aseo.

No llegamos ni siquiera a uno de los cubículos. Nada más entrar, Carolina me besó y yo la empujé hasta que dio con la espalda en la pared. Seguimos besándonos, ajenas a todo lo que nos rodeaba, hasta que de repente escuchamos la puerta abrirse y nos separamos con brusquedad. Raquel, que se había parado en la puerta y a duras penas lograba aguantarse la risa, paseó la mirada entre ambas y suspiró de forma dramática.

—¿Sabéis? Rodri y yo antes también hacíamos estas cosas en baños públicos, pero entonces tuvimos una hija, a la que queremos y adoramos, y se acabó para siempre la intimidad. Nuestra vida sexual es bastante patética ahora mismo, aunque supongo que no querréis los detalles. —Sin dejar de hablar, entró al aseo y pasó a uno de los cubículos, tambaleándose ligeramente. Era evidente que seguía borracha—. Vosotras seguid a lo vuestro, tranquilas. Yo solo necesito un minuto.

Cerró, y Carolina y yo nos miramos la una a la otra y estallamos en carcajadas. Menos mal que ella ya iba conociendo a Raquel y no se había molestado por aquella interrupción.

—Oye —le dije para atraer de nuevo su atención—, arriba tenemos una habitación solo para las dos.

—Cierto, y la cama parecía muy cómoda...

No tuvimos que pensárnoslo más. La agarré de la mano y tiré de ella fuera del baño.

—¡Raquel, nos vamos! —grité ya desde la puerta—. ¡Dile a Jimena que estamos cansadas y que la veremos en el desayuno!

No esperamos siquiera a oír su respuesta. Cogidas de la mano, salimos corriendo hacia los ascensores del hotel para poder terminar en la habitación lo que habíamos empezado.

Capítulo 20

Memoria de pez, Vicco

El domingo, después de comer y todavía cansados y resacosos, Rodri, Raquel, Carmen, Carolina y yo tuvimos que despedirnos de Aracena y volver a Málaga para retomar la rutina. Los lunes no perdonaban a nadie, así que no nos quedaba más remedio que volver al mundo real. Aquel día volví a conducir yo, ya que mis amigos estaban demasiado agotados después de su noche de desfase (porque fueron los últimos en irse de la pista de baile y, definitivamente, los que más bebieron), aunque nos pasamos el trayecto en un silencio solo roto por la música que llevábamos de fondo. Al parecer no teníamos fuerzas ni para conversar.

En cuanto llegamos a Estepona, Carolina y yo cogimos nuestras maletas y regresamos a casa, aunque estábamos tan cansadas que nos fuimos directamente a dormir dejando en el aire, de nuevo, la conversación que teníamos pendiente.

Y los siguientes días, en los que tan bien estuvimos, casi como si nosotras también estuviéramos de luna de miel, seguimos esquivando el tema. Hasta que no nos quedó más remedio que dejar de hacerlo.

—¿Te puedes creer que aún me duran el cansancio y la resaca de la boda? ¡Y han pasado ya cinco días! —Carolina se dejó caer a mi lado en la cama con un suspiro. Si ya antes dormíamos prácticamente a diario juntas, desde aquel fin de semana no habíamos pasado ni una noche separadas—. Echo de menos tener dieciocho años y recuperarme de una buena fiesta después de unas horas de sueño y un par de litros de agua.

Dibujé una pequeña sonrisa al escucharla, aunque la molesta sensación que se había instalado en mi pecho desde que habíamos regresado de la boda me impidió ser más efusiva. A pesar de que lo intentaba, no dejaba de darle vueltas a lo que habíamos comentado durante el almuerzo y aquel día me estaba costando muchísimo disimular.

Ella, que debió de darse cuenta de que me pasaba algo, me dedicó una mirada de sospecha que me hizo arrebujuarme más entre las sábanas.

—¿Berta, estás bien? Sé que mi comentario no ha sido el más gracioso de la historia, pero

tampoco creo que haya sido tan malo como para poner esa cara...

—No ha sido por eso.

—¿Y entonces? —insistió—. Venga, es evidente que te pasa algo.

Titubeé. No sabía muy bien cómo sacar el tema sin provocar una situación rara. ¿Y si Carolina se tomaba aquello por lo que no era y las cosas, que tan bien nos iban en aquel momento, se complicaban? O, peor aún, ¿y si me respondía algo que yo no quería escuchar? Algo que podría poner lo que teníamos en peligro.

—Berta...

—No es nada —contesté finalmente, al tiempo que me incorporaba un poco hasta quedar sentada sobre el colchón—. Estaba dándole vueltas a una cosa que dijiste en la boda.

—Creo que dije muchas cosas, así que tendrás que ser un poco más concreta —replicó, aunque noté en su cara, que había palidecido ligeramente, que sí que sabía a qué me estaba refiriendo.

—Lo que comentaste mientras almorzábamos sobre el matrimonio y tu boda —me obligué a decir. Aparté la mirada, nerviosa, y empecé a jugar con el borde de la sábana—. Dijiste que empezabas a creer que jamás te casarías porque, al final, las cosas siempre se tuercen.

—Bueno, hasta ahora ha sido así, ¿no? —contestó de forma escueta. Levanté de nuevo la vista y suspiré cuando nuestros ojos se encontraron—. Ya somos mayorcitas, Berta, así que, si quiero formar una familia, tengo que empezar pronto.

—¿De verdad es lo que quieres? —insistí yo—. Una boda, un par de hijos...

—Sí, me haría mucha ilusión. Ya sabes que me encantan los niños, así que tener uno propio sería un sueño. Y, respecto a las bodas, siempre me han gustado mucho. Tengo mi lado romántico, ¿qué quieres que le haga? Me fascina que la gente se quiera tanto que esté dispuesta a unir sus vidas para siempre, a jurarse amor eterno delante del mundo entero. Además, son celebraciones muy bonitas.

—¿Y por qué no lo dijiste cuando Rodri nos preguntó el otro día en el coche? —pregunté, cada vez más nerviosa. No me estaban gustando absolutamente nada aquellas respuestas.

—Porque, aunque sea el novio o marido o lo que sea de tu amiga Raquel, yo no lo conocía de nada y no quería que se inmiscuyera en mis asuntos privados. No suelo hablar de estas cosas con completos desconocidos.

—Vale, sí, lo entiendo. Pero, entonces, ¿por qué no me lo has dicho nunca antes a mí?

—Es que creía que no necesitaba hacerlo, Berta.

Quise preguntarle por qué creía aquello. ¿Era porque me veía como un entretenimiento mientras encontraba a alguien más? ¿O quizá porque creía que íbamos tan en serio que no era necesario? Porque, a pesar de que nos habíamos confesado que nos queríamos y que no deseábamos seguir luchando contra nuestros sentimientos, nunca habíamos hablado de nuestra relación en unos términos tan serios. De repente no estábamos parlotando de salir y ver hacia dónde íbamos, sino de algo tan formal como el matrimonio. Algo que, en teoría, duraba toda la

vida, hasta que la muerte nos separara. No me parecían palabras menores precisamente.

Y aquello estaba siendo tan brusco, tan frío, que no podía evitar asustarme y agobiarme.

—No pongas esa cara —me dijo ella al darse cuenta de mi cambio de expresión—. Las cosas entre nosotras están bien, no pasa nada.

—¿Pero bien en plan qué?

La animé con un gesto a continuar aquella frase, pero ella se limitó a encogerse y quitarle importancia.

—Estamos bien y ya está. No le des más vueltas. —Me acarició la mejilla con delicadeza al tiempo que me dedicaba una sonrisa que se suponía tranquilizadora, aunque a mí me provocó más bien el efecto contrario—. Estamos en la misma página.

—¿Ah, sí?

—Claro: tú me gustas, yo te gusto, nos entendemos bien...

«Pero una cosa es esa y otra muy distinta el matrimonio» quise replicar. Sin embargo, me contuve en el último momento. Me obligué a tomar una bocanada de aire y asentí. A lo mejor necesitaba poner un poco de distancia para poder entender aquella conversación. Quizá estaba sacando las cosas de quicio y, en realidad, aquello no era tan serio. Aunque algo me decía que solo estaba tratando de engañarme a mí misma para evitar un nuevo conflicto en aquel momento en el que todo parecía ir viento en popa.

—Está bien.

—Además, tranquila, sé que ahora mismo el matrimonio y los hijos están casi descartados —siguió diciendo con tranquilidad—. Al menos hasta que tenga mi vida un poco más organizada.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño sin poder evitarlo—. Ya tienes tu plaza. Eres funcionaria.

—Bueno, estoy en el año de prácticas aún, pero supongo que sí que lo soy.

—¿Y entonces?

—Aún no sé dónde me quedaré definitivamente. Hay concursos de traslados y mil cosas más que son un follón.

—Espera, ¿no vas a seguir aquí el año que viene?

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y el corazón empezó a latirme con tanta fuerza que temí que incluso ella pudiera escucharlo. Incluso estaba segura de que me había puesto blanca. Aquello era incluso peor que lo de la boda. Yo había asumido que seguiríamos juntas allí, viviendo en nuestra casita y cuidando de Kitty.

—Aún no lo sé —confesó con sinceridad—. Este sitio me gusta y estoy muy a gusto en el colegio, pero esta no es mi plaza definitiva. Podrían mandarme a otro lugar el próximo curso.

No supe cómo reaccionar ante aquella noticia. Me quedé petrificada, con los ojos muy abiertos, como si acabara de enterarme de algo terrible. Y en parte lo era, ¿no? Cuando por fin habíamos aprendido a convivir sin tirarnos los trastos a la cabeza, me confesaba que podía marcharse en unos meses.

Menuda nochecita llevábamos entre un tema y el otro. Aunque no sabía si me daba más miedo que Carolina considerara nuestra relación como algo formal que acabaría en matrimonio o que pudiera marcharse de Estepona al año siguiente. Mi cabeza en aquel momento era un auténtico torbellino de miedos e ideas contradictorias que no sabía cómo interpretar. Y el corazón seguía latiéndome tan deprisa que por un momento incluso temí estar sufriendo un infarto.

—No tenía ni idea de eso... —murmuré finalmente, al darme cuenta de que llevaba un rato callada y ella me miraba con preocupación.

—¡Pero si te lo dije el día que te mudaste! Mientras cenábamos, te comenté que no sabía si me quedaría aquí o no.

—Creía que era algo voluntario.

—Es un poco más complejo que eso, pero no te inquietes: aún queda mucho tiempo y no es nada definitivo.

—Supongo... —dije, aunque seguía sin estar demasiado convencida. No me sentía especialmente positiva respecto a nuestra relación después de todo lo que habíamos comentado.

—¿Te importa si apago ya la luz? —me preguntó, cambiando el tema de conversación como si nada. Parecía que no le había dado mayor importancia a lo que acababa de pasar—. Estoy muy cansada y necesito dormir o mañana seré incapaz de dar clase. Los viernes los niños siempre están muy emocionados, así que se necesita mucha energía para aguantar toda la jornada.

—Sí, claro. Apágala.

Ella me besó antes de girarse hacia su mesita para pulsar el interruptor de la lámpara. La habitación se quedó a oscuras y yo me deslicé de nuevo bajo las sábanas, buscando cobijo, mientras ella también se tumbaba y se cubría con las sábanas y el nórdico.

—Buenas noches, Berta.

—Buenas noches.

Mi respuesta fue tan automática que ni siquiera me di cuenta de que había contestado. Mi cabeza estaba demasiado ocupada dándole vueltas a todo aquello como para prestarle atención a algo más.

Solo esperaba que la situación se tranquilizara con el paso de los días porque, de repente, había empezado a tener un miedo que me impedía ver hacia dónde íbamos.

Capítulo 21

Por el miedo a equivocarnos, Maldita Nerea

Levanté una barrera casi sin darme cuenta después de aquella noche. A la mañana siguiente seguía igual de asustada, así que, poco a poco, comencé a imponer distancia entre nosotras: empecé a evitarla a la hora de cenar, fingiendo que no tenía hambre, me iba a dormir sola a mi cuarto, e intentaba no cruzarme con ella en la cocina por las mañanas. Todavía no sabía si estaba haciendo aquello por miedo a una boda o a la distancia. Sabía que ambos eran motivos estúpidos y que debía sentarme a hablar con ella en lugar de evitarla porque ya había intentado alejarme varias veces sin éxito, pero el miedo me estaba paralizando. Y hasta que no fuera capaz de dejarlo a un lado para poner en orden mis pensamientos y, sobre todo, mis sentimientos, no podría sacar el tema.

Ella no le dio demasiada importancia los primeros días. Probablemente pensó que estaba cansada o estresada, así que decidió darme mi espacio y lo dejó pasar. Aunque, cuando ya llevábamos casi una semana así, empezó a mosquearse. De repente parecía haberse percatado de que algo no encajaba. Y probablemente había sumado dos más dos y se había dado cuenta de qué había provocado todo aquello, así que una noche decidió que había llegado el momento de dejarnos de rodeos. Teníamos que poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Vas a contarme de una vez qué es lo que te pasa?

Me sobresalté al escuchar su voz y a punto estuve de pegarle un puntapié a la pata de la mesa.

—Joder, qué susto... —me quejé.

—No me cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema; me has asustado de verdad. No te he oído llegar. —Me senté bien y le indiqué con un gesto que ella hiciera lo mismo. En cuanto hubo tomado asiento en una silla frente a mí, enarqué una ceja—. ¿Qué me pasa con qué?

—Pues con todo. Llevas unos días rarísima.

—Qué va, yo...

—Venga ya, Berta, no me mientas, que no soy tonta y tengo ojos en la cara. Veo lo que está

pasando, lo que estás haciendo —me interrumpió ella—. Te estás alejando. Lo estás haciendo otra vez y te recuerdo que me prometiste que ya no jugarías más al despiste.

Aparté la mirada, incómoda. Era evidente que me había pillado, así que de nada me serviría seguir intentando disimular. Sin embargo, tampoco quería enfrentarme a la verdad. No sabía cómo explicarle lo que estaba sintiendo, no sabía ni por dónde empezar.

—¿No dices nada? —insistió ella, que parecía cada vez más molesta—. ¿En serio? ¿Ni siquiera te defiendes o te inventas una excusa?

Yo me removí en mi asiento y, por fin, me atreví a mirarla de nuevo. Sentí una punzada en el pecho al darme cuenta de que tenía los ojos empañados.

—Es que no sé qué decirte.

—¿La verdad, quizá? Creo que no te estoy pidiendo demasiado.

—No, no lo haces —coincidió yo, aunque volví a guardar silencio.

—¿Esto es por lo que hablamos el otro día? —volvió a intervenir ella al darse cuenta de que no iba a decir nada más—. ¿Es porque ahora sabes que quiero casarme? Bueno, Berta, tengo más de treinta años, perdona si busco una relación seria y con futuro. ¿O es por lo de que no sé exactamente dónde tendré mi plaza? Porque, si es por eso, disculpa que te lo diga, pero me parece una soberana estupidez.

—Lo sé.

—¿Y entonces?

Carolina se puso de pie y empezó a dar vueltas por el salón. Parecía cada vez más angustiada y yo me quería morir por verla así, pero no sabía cómo calmarla. No sabía cuáles eran las palabras correctas ni las más adecuadas para hacerlo.

—Es que no sé...

—¿No sabes por qué lo estás haciendo? ¿En serio? —me interrumpió antes de que pudiera articular alguna excusa coherente—. Porque cuando a mí me gusta alguien no me dedico a poner una barrera tras otra, ni a alejarme. Y ya te dije que no tengo edad para estos juegos de «hoy no, mañana sí y pasado tal vez». No voy a dejar que me marees.

Fue justo en aquel momento, cuando nuestras miradas volvieron a cruzarse y vi reflejado en la suya todo el dolor que estaba sintiendo en aquel instante por mi error, cuando me di cuenta de cuántísimo había metido la pata por culpa de aquel miedo irracional que ni siquiera sabía muy bien de dónde había salido. Yo nunca antes había sido así, nunca me había comportado de aquella manera tan infantil, y no comprendía por qué de repente lo estaba haciendo.

—No quiero marearte, Carolina —conseguí decir—. Créeme cuando te digo que nunca he tenido esa intención.

—Pues es justo lo que estás logrando con tu actitud. Y, la verdad, empiezo a estar un poco harta.

—Es que todo lo que dijiste el otro día me pareció un tanto... precipitado. No llevamos tanto siendo más que amigas, así que cuando dijiste eso, me asusté.

—Por Dios, ¿ni que te hubiera pedido matrimonio!

—Ya lo sé, pero no me lo esperaba y, además, me sonó tan frío que... —Me encogí de hombros—. Pero nunca he querido hacerte daño.

—La intención no siempre basta. —Negó con la cabeza y se cruzó de brazos, a la defensiva—. Tengo mucho en lo que pensar.

Sentía una nueva punzada al oír aquello. ¿Tenía que pensar en nosotras? ¿Ya no quería que estuviéramos juntas?

—Ni siquiera me has dejado explicarme —murmuré.

—Te he dado varias oportunidades, pero no has sido capaz de decir nada coherente, así que no pienso quedarme toda la noche aquí parada frente a ti esperando un milagro, Berta.

—Carolina...

Ella no contestó. Dejó caer los brazos, suspiró y, con resignación, salió del salón y se encaminó hacia las escaleras para subir a su dormitorio. Yo me quedé inmóvil, observándola primero a ella y después al vacío, hasta que escuché el portazo. Uno que hizo retumbar toda la casa y cada uno de mis huesos.

No sé cuánto tiempo me quedé ahí sentada, con la mirada perdida. Kitty se subió a mi lado en algún momento y yo empecé a acariciarle la cabeza casi de forma automática, sin pensar en lo que estaba haciendo. En mi mente solo había espacio para una cosa: cómo solucionar lo que había pasado con Carolina. Estaba tan enfadada y dolida que dudaba que una simple conversación, algo que deberíamos haber tenido hacía ya días, pudiera solucionarlo.

Suspiré y me eché un poco hacia atrás en el asiento. No podía permitir que todo lo que habíamos construido se fuera al traste por un miedo infundado. No podíamos volver a las malas caras, las peleas y los días sin hablar; mucho menos después de haber pasado semanas enredadas, riendo, pasando tiempo juntas y aprendiendo cosas la una de la otra. No podíamos romper lo que fuera que tuviéramos por una tontería, por falta de comunicación, por haber mareado la perdiz hasta el límite.

Así que en aquel mismo momento decidí que no iba a consentir que aquello pasara. Iba a tomar cartas en el asunto para que Carolina me perdonara. Iba a hacer un gran gesto romántico para no perderla para siempre.

Capítulo 22

Todo contigo, Yoly Saa

Tardé unos días en terminar de aclarar mis ideas y diseñar mi plan maestro. Y, aunque yo no fuera a correr por media ciudad en pijama para detener un tren ni hacer una confesión de amor en mitad de un parto, esperaba que mi estrategia también funcionara. Al fin y al cabo iba a hacer algo que fuera mío, que fuera nuestro. Algo que pudiéramos recordar siempre.

La llamé desde la playa aquel viernes por la tarde y le pedí que, por favor, viniera cuanto antes porque tenía algo importante que decirle. Colgué antes de que pudiera protestar y me senté, esperando que no tardara demasiado. Y, por suerte, no lo hizo. Apenas un cuarto de hora después la vi aparecer, casi corriendo y con expresión preocupada.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Se detuvo frente a mí y me repasó con la mirada de forma ansiosa, así que me apresuré a asentir con la cabeza y sonreír.

—Estoy perfectamente, tranquila.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. No me ha pasado nada.

—¿No? —Se puso a la defensiva nada más escucharme—. ¿Y por qué me has dicho entonces que viniera corriendo? ¡Creía que te había pasado algo grave, Berta!

—Perdona, es que pensaba que, si no exageraba un poco, no vendrías. Últimamente no estamos demasiado... comunicativas.

—No irás a echarme ahora la culpa de eso, ¿verdad? Porque ambas sabemos muy bien qué ha pasado.

—No lo estaba haciendo, tranquila —me apresuré a aclararle. Lo que menos quería en aquel momento era hacerla enfadar aún más—. Pero necesito hablar contigo de algo importante.

—¿Y no podía ser en casa?

—No, prefería venir al mar para hacer esto. —Tomé una bocanada de aire y, por fin, me levanté de la arena y me acerqué a ella—. Carolina, sé que la he cagado. Sé que me he

comportado como una niñata indecisa, que me he alejado porque me ha entrado miedo, que he preferido montarme mis películas en lugar de hablar contigo, que te he mareado con mis idas y venidas, que... Oye, puedes pararme cuando creas que es suficiente, ¿sabes?

—No, tranquila. Sigue, que de momento vas bien —respondió ella al tiempo que se cruzaba de brazos y esbozaba una pequeña sonrisa—. Ibas por lo de las idas y venidas, por si no te acuerdas.

—Sí, lo sé. —Carraspeé. Iba a ser un hueso duro de roer—. La cuestión es que no he sido del todo clara contigo y me he pasado demasiado tiempo mandándote señales contradictorias. Y no quiero convertirme en una de esas imbéciles que solo se dedican a jugar, ni mucho menos que tú y yo seamos una de esas parejas pesadas que siempre está con el «ahora sí, ahora no». En serio, no hay nada que odie más en este mundo que esas historias que se eternizan y que no parecen ir a ninguna parte por falta de comunicación, así que no quiero que seamos de esas.

—Sabes muy bien que nunca ha sido mi intención.

—Ni la mía tampoco y, justo por eso, me arrepiento aún más de todo lo que he hecho.

—Bien, pero es que todo esto ya me lo has dicho antes. Me prometiste que estabas segura, yo decidí creerte y, al final, te acabaste alejando de mí tras una conversación un poco incómoda. En lugar de solucionar las cosas, decidiste esconderte, Berta.

—Lo sé, pero te prometo que esta vez hablo totalmente en serio. —La agarré de las manos y ella dio un pequeño bote, sobresaltada, aunque, por suerte, no me soltó—. Carolina, te quiero y no quiero perderte. Esto que tenemos no puede irse a pique por culpa de mis miedos y mi indecisión.

—¿Y cómo sé que esta vez dices la verdad? —insistió ella. Había aún una chispa de recelo en su mirada que hizo que el estómago se me encogiera. Odiaba haber perdido su confianza de esa forma—. ¿Por qué debería fiarme de ti?

—Porque estoy siendo sincera y estoy dispuesta a demostrártelo a cada instante. Se acabaron las medias tintas y los miedos, Carolina. Tú me gustas, yo te gusto, y ya tenemos una edad, así que lo lógico es ir en serio. No voy a pedirte matrimonio justo ahora...

—¡No, por favor! —me interrumpió ella—. Tampoco hace falta pasarse, que solo nos conocemos desde hace unos meses. Cuando hablaba de que quería casarme y formar una familia, no me refería a que quería hacerlo ya, sino a que ya no quería rollos pasajeros ni relaciones abocadas al fracaso. Busco algo que pueda salir bien.

—Lo sé. Ya he entendido lo que querías decir esa noche y por eso no voy a hacerlo.

—Menos mal...

—Pero sí que me gustaría pedirte que esto fuera algo formal porque... fuiste un golpe inesperado del destino, algo que no me vi venir, pero no quiero que te vayas jamás. Quiero que estemos juntas, que nos enfrentemos a todo lo que venga y que nos hagamos viejas la una junto a la otra. Aquí o donde sea que acabes dando clase, me da igual —suspiré y señalé la orilla del mar, el verdadero motivo por el que la había citado allí en lugar de en cualquier otra parte—. Siempre dices que el mar es una constante en tu vida, algo que siempre está cuando lo necesitas,

déjame que yo lo sea también, que me quede siempre a tu lado.

Carolina tardó en contestar unos segundos que se me hicieron eternos. Clavó sus ojos en los míos y me observó con el ceño ligeramente fruncido, todavía con aquella desconfianza que tan poco me gustaba. A lo mejor me había precipitado. Quizá debería haber allanado un poco el terreno, haber hablado con ella del tema en casa y, después, hacerle aquella confesión. Quizá había sido demasiado brusca y eso, en lugar de animarla a creer en mis palabras, la había hecho dudar de ellas aún más.

—¿Estás segura de eso? —me preguntó al final, provocándome un suspiro de alivio.

—Completamente. Se acabaron las dudas y los juegos para siempre, te lo prometo.

—Pues menos mal porque no me aguantaba más las ganas.

Ella sonrió y, antes de que pudiera reaccionar, tiró de mi mano para acercarme y me besó. Sentí una oleada de alivio en el pecho y me aferré a ella con fuerza, enredando las manos en su pelo y alargando un poco aquel beso.

Cuando nos separamos, apoyó su frente en la mía y yo le di un pequeño beso antes de dar un paso hacia atrás. A pesar de que ya se había aclarado todo, todavía me quedaba una última cosa para hacer.

—Y para demostrarte que voy en serio... —Saqué un sobre del bolsillo de mi chaqueta y se lo tendí—. Te he preparado algo.

Lo cogió, lo abrió y enarcó una ceja al ver lo que había dentro. Empezó a pasar las fotos, cada vez más confusa, hasta que, al llegar a la última, que era un mapamundi político en blanco, me miró de nuevo.

—No entiendo... —Le dio la vuelta a la imagen para que yo también pudiera verla, como si no supiera de sobra lo que era—. ¿Qué es esto?

—Sé que no es un anillo, pero ¿te gustaría recorrerte el mundo conmigo?

—¿Qué? —preguntó ella, que seguía sin entender a dónde quería llegar con todo aquello.

—Es una pequeña promesa de futuro —le expliqué—. Quiero visitar todos los rincones del mundo contigo y había pensado que podríamos empezar este verano. Estoy harta del trabajo, así que podría cogerme todo el mes de agosto de vacaciones y perderme contigo por ahí. Estas son solo algunas de las opciones, pero podemos ir donde tú elijas, donde tú quieras. Yo solo quiero estar contigo, Carolina.

—¿Y qué pasa con Kitty?

—Se la dejaremos a Raquel o la llevaremos a una guardería. No te preocupes por eso ahora. —Carraspeé y me encogí de hombros—. Bueno, aún no me has contestado. ¿Qué te parece el plan?

—Me parece una pasada y, la verdad, a mí también me encantaría recorrer el mundo entero contigo. Así que empecemos este verano, aunque aún tengo que decidir por dónde. —Amplió su sonrisa y volvió a enseñarme el mapa—. No es fácil elegir qué país será el primero que coloreemos juntas, ¿sabes?

—Tómate todo el tiempo que necesites. Nos queda toda la vida para ir rellenando ese dibujo.

—Aunque sí que tengo una condición.

—¿Cuál?

—Que sea un país con mar.

Las dos reímos, volvimos a besarnos y acabamos abrazadas, aferrándonos con fuerza la una a la otra, conscientes del paso que acabábamos de dar.

—Eso está hecho.

Volvimos a besarnos y dimos por finalizada aquella crisis. Estábamos dispuestas a empezar una nueva etapa juntas y había sido tan fácil, tan sencillo hacerlo, que me costaba demasiado creer que de verdad habíamos estado a punto de tirarlo todo a la basura por una serie de malentendidos y conversaciones que habíamos (o, más bien, yo había) tenido miedo de mantener. Carolina y yo éramos dos polos opuestos y siempre lo seríamos, pero en mitad de aquel caos, de aquellas peleas insignificantes por zapatos tirados en mitad de la escalera y pintura morada donde no debería, habíamos logrado encontrar un equilibrio que yo estaba dispuesta a intentar mantener toda la vida. Sabía que no sería fácil, que vendrían más discusiones, que no nos pondríamos de acuerdo y que, al final, las dos tendríamos que ceder para que las cosas no se torcieran de nuevo, pero confiaba en que pudiéramos hacerlo.

Al fin y al cabo, si el destino se había empeñado en acercarnos una y otra vez, sin tener en cuenta nuestras diferencias, a lo mejor debíamos escucharlo y luchar para que nuestra relación llegara a buen puerto. Y eso estábamos dispuestas a hacer.

Epílogo

Me desperté al sentir los rayos de sol en la cara. Protesté un poco y me encogí sobre mí misma, escondiéndome en la almohada. Escuché la risa de Carolina y noté cómo se apoyaba en el colchón, a mi lado. Deslizó sus brazos a mi alrededor y me besó el cuello.

—Venga, dormilona, ya es hora de levantarse —murmuró en mi oído—. Vamos a desayunar.

—Cinco minutos más... —le pedí.

—Ni cinco ni uno —insistió antes de reír y atacar mi cuello de nuevo—. Ya estoy lista para bajar a desayunar y a la playa.

Me giré por fin y abrí un ojo para comprobar que, efectivamente, ya se había puesto el bikini y uno de sus vestidos playeros y llevaba el pelo recogido en una coleta alta.

—¿Cuánto llevas despierta? —le pregunté, sorprendida. No la había escuchado levantarse.

—Una media hora, pero me daba pena despertarte. Estás monísima cuando duermes y sé que necesitas descansar.

—Oh, tranquila: están siendo unas vacaciones muy relajantes.

Y no mentía al decir aquello. Al final nos habíamos decantado por hacer un viaje a Grecia y llevábamos ya ocho días en una pequeña pensión de una isla de casas blancas y aguas cristalinas, viviendo nuestro verano al estilo *Mamma Mia!* (pero con menos momentos musicales y sin embarazo no deseado con tres posibles padres, como siempre me recordaba ella).

—¿Quieres que pregunte si pueden subirnos el desayuno a la habitación? Así te lo tomas en la cama.

—¿Y perderme el bufet? ¡Ni de broma! —Me levanté de un salto y corrí hacia al armario para coger mi ropa—. Estoy lista en dos minutos.

Pasé por el baño, me vestí y en seguida estuve preparada para empezar nuestra mañana. Carolina cogió el bolso con las toallas y el resto de cosas de la playa, para no tener que subir de nuevo a la habitación, y las dos salimos y nos encaminamos a la terraza del pequeño comedor.

Saludamos a los camareros y yo me senté en una de las mesas mientras ella iba a servirse. Apoyé la cara en una mano y me giré un poco para poder disfrutar de las espectaculares vistas al mar y al resto de la isla. Aquella mañana volvía a estar radiante, así que podríamos pasar otro

buen día de playa. Me daba muchísima pena que aquellas fueran nuestras últimas veinticuatro horas en aquella isla.

—Lista. Te toca.

Carolina dejó su taza de café y un plato a rebosar sobre la mesa y yo me apresuré a acercarme al mostrador para servirme el desayuno. Suspiré, sin saber muy bien qué elegir. Aquel lugar era el paraíso y tenía de todo: muchísimos tipos de fruta ya cortada para hacerte una macedonia, dulces que estaban de rechupete, tostadas... Al final me serví un poco de todo y regresé a la mesa para tomármelo.

Desayunamos hablando de los planes de aquel día, que se limitaban a volver a pasarnos el día en la playa y, por la noche, cenar en un precioso restaurante en el que ya habíamos reservado.

—¿De verdad tenemos que marcharnos mañana? —se quejó Carolina nada más apurar su café—. ¿Por qué no pasamos de Atenas? Este sitio es precioso.

—Porque nuestro avión sale en dos días y, además, en las pocas horas que pasamos allí solo pudimos ver la Acrópolis —le recordé yo—. ¿No querías visitar algunos museos antes de regresar a casa?

—¿Y si no regresamos? —me sugirió con un tono tan serio que me hizo enarcar una ceja—. Piénsalo, Berta, podríamos quedarnos aquí para siempre. Volvemos a España a por unas cuantas cosas, nos traemos a Kitty y nos mudamos a esta isla el resto de nuestras vidas.

—¿Y de qué se supone que viviríamos?

—Pues no lo sé, pero ya nos apañaríamos —siguió insistiendo, convencida—. Podríamos buscar algo en la isla y, si no, teletrabajar.

—Es una locura...

—Lo sé, pero no me digas que no sería precioso. —Se inclinó sobre la mesa y me dio un beso rápido—. Tú, yo y el mar.

—En Málaga también hay mar —le recordé—. Aunque tengo que admitir que yo también voy a echar esto de menos. No sabes lo muchísimo que necesitaba estas vacaciones.

—Claro que lo sé, cariño. Te he visto llegar derrotada a casa día tras día durante las últimas semanas por culpa de esos refuerzos que no llegan nunca a la oficina. Te merecías este descanso más que nadie.

—Nos lo merecíamos las dos porque tú has tenido un curso agotador. Además, ya sabes por qué estamos aquí: quiero que nos recorramos todo el mundo juntas.

—Y hemos empezado por el mejor de los destinos. —Volvió a besarme y me acarició la mejilla—. Te quiero.

Sonreí sin poder evitarlo. Todas las discusiones (o, mejor dicho, casi todas, porque de vez en cuando seguíamos chocando y eso hacía que nos pasáramos unas cuantas horas de morros) y los miedos quedaban tan atrás que apenas podía recordarlos. Era como si pertenecieran a otra vida, como si aquellas dos chicas a las que tanto les costó ponerse de acuerdo no fuéramos Carolina y yo. Estábamos tan felices juntas en aquel momento que nada, ni siquiera los malos recuerdos,

podían estropearlo.

—Y yo a ti —respondí con sinceridad porque, desde que había sido capaz de dejar mis temores a un lado y expresar mis sentimientos, no había dejado de hacerlo ni un segundo.

No tardamos demasiado en levantarnos y salir, cogidas de la mano, en dirección a la playa dispuestas a aprovechar al máximo los últimos días de vacaciones que nos quedaban.

Epílogo de la trilogía

The Lucky One (Taylor's Version), Taylor Swift

Jimena

Si un par de años antes me hubieran dicho lo muchísimo que cambiarían mi vida y la de mis amigas por mi mudanza a Málaga, no me lo habría creído jamás. Pero ahí estábamos: Berta y Carolina, que tan opuestas eran, habían empezado a recorrerse el mundo juntas, habían adoptado a una gatita y, por lo que me habían comentado, estaban pensando en comprar a medias su casita en cuanto pudieran permitírselo; Raquel y Rodri, a los que tanto les había costado admitir que no eran solo amigos con derechos, se habían casado (aunque ellos dijeran que era solo un papel que no cambiaba nada) y tenían una maravillosa hija que cada día los sorprendía con algo nuevo; y Álex y yo... bueno, seguíamos teniendo que luchar contra ese maldito destino que parecía empeñado en ponérselo difícil (a pesar de que llevábamos algunos meses intentándolo, ese bebé que tanto queríamos no parecía llegar), pero aún capeábamos el temporal el uno junto al otro. Además, no todo era malo porque al final habíamos acabado juntos, éramos los padrinos de la hija de nuestros mejores amigos y acabábamos de regresar a Málaga, al lugar en el que había empezado todo, del que los dos estábamos enamorados y del que no queríamos irnos jamás. Así que solo esperaba poder conseguir de una vez por todas una plaza fija en el pueblo cercano a la capital, al que acabábamos de mudarnos, y que los jefes de Álex no decidieran volver a mandarlo a otra ciudad.

Aquella noche habíamos quedado todos en Málaga, en el piso de Raquel y Rodri, para celebrar el comienzo del nuevo curso y el fin del verano, para brindar por un nuevo año (porque para las maestras el nuevo ciclo siempre empieza en septiembre) y por todo lo que nos aguardaba.

—¿Ya se ha dormido? —le pregunté a Rodri, que acababa de salir del dormitorio de Carmen.

—Sí, menos mal que ya duerme mejor y podemos descansar nosotros también —contestó él—. Llevamos varias noches durmiendo seis horas seguidas.

—Es nuestro récord desde... —Raquel frunció el ceño, tratando de hacer memoria—. En mi

caso, desde Lisboa, porque no descansaba muy bien durante el embarazo. Así que no sabéis lo muchísimo que agradezco que Carmen esté creciendo y ya nos vaya dejando descansar.

—Dejad de quejaros de nuestra maravillosa ahijada, que es la niña más adorable del mundo —replicó Álex, que acababa de salir de la cocina con un par de platos de queso y jamón para picar.

—Cuando tú tengas una igual, ya me contarás —protestó Rodri, aunque se apresuró a acercarse a ayudarlo a colocar las cosas.

—Algún día —murmuró él, mirándome de reojo.

—Algún día —repetí yo, convencida de que llegaría tarde o temprano.

—Pues, mientras tanto, yo os recomiendo que aprovechéis y os paséis una temporada en una isla griega —intervino Carolina, levantándose de un salto del sofá—. En serio, ha sido el mejor viaje de mi vida. Berta tuvo que montarme en el avión a tirones porque no quería volver.

—No está exagerando —se apresuró a aclarar ella—. Tuve que empujarla para que cruzara el control de seguridad y los guardias me miraron fatal.

—Probablemente pensaron que me estabas secuestrando.

—Oh, sí, no sé cómo no acabé en la cárcel —replicó ella de forma sarcástica, aunque no tardó en reír y besarla—. Te prometo que regresaremos pronto. Además, teníamos que volver a recoger a Kitty, ¿no?

La pequeña gata, que estaba enroscada en sus pies dormitando, maulló al oír su nombre, y mi amiga le acarició el lomo con dulzura.

—Se ha portado de maravilla —intervino Raquel—. Y Carmen y ella han hecho muy buenas migas.

—Menos mal que todavía es pequeña porque, si fuera un poco más mayor, igual no nos habría dejado devolvéroslo.

Todos reímos debido a aquel comentario, aunque sabíamos que era verdad: Carmen iba a tener mucho carácter cuando creciera y a hacer y deshacer todo en aquella casa a su antojo.

No tardamos en reunirnos alrededor de la mesa para comenzar con la cena, entre más risas, comentarios y anécdotas. Me encantaba pasar aquellos momentos con mis amigas de siempre y con los demás. Álex, Rodri y Carolina se habían convertido en una parte más del grupo y yo no podía estar más feliz.

—Quiero proponer un brindis —dije en un momento determinado. Incluso me puse de pie para añadir dramatismo—. Por mis mejores amigas, por estar siempre a mi lado. Y por mi famosísimo vecino que ahora es también mi marido.

—Y por ti —añadió él, mirándome con esos ojos verdes que me habían enamorado desde el primer momento—, que siempre te enfrentas al destino sin importar lo mucho que te odie algunos días.

—Eh, ¿y yo qué? —protestó Rodri al ver que no lo mencionábamos.

—No seas impaciente —contesté, riendo—. Y por Rodri, que vio una noche a Raquel y decidió que iba a casarse con esa fuerza de la naturaleza.

—Gracias.

—Y, por último, pero no por ello menos importante —añadí al tiempo que me giraba—, por Carolina, que soportó el lío que Berta tenía en la cabeza y decidió darle otra oportunidad.

—¡Eh! —se quejó esta vez la aludida.

—Es que tenías un lío enorme, cariño —le recordó su novia antes de besarla—. Pero está todo olvidado.

—En definitiva, por nosotros seis, por todas las aventuras que hemos vivido durante estos últimos años y por todas las que nos quedan por vivir.

Chocamos nuestras copas, bebimos y seguimos con nuestra cena, aunque ahora hablando de nuestro pasado y, sobre todo, de nuestro futuro.

No podíamos esperar para ver qué nos depararía nuestro maldito, querido e inesperado destino.

Agradecimientos

Gracias como siempre a todas las personas que me han acompañado mientras escribía (durante muchos meses y entre dos países) esta trilogía llena de encuentros y desencuentros con el destino.

Para empezar, gracias a mis padres y mi abuelo por su apoyo indispensable, y a todas mis amigas porque siempre están.

Gracias a todo el equipo de Selecta que hace esto posible: a Lola Gude, mi editora, que siempre cree en mis ideas; a Laura Habib, mi correctora, por ayudarme a darle brillo a estas novelas; y a Bárbara Sanso, que ha diseñado las preciosas cubiertas.

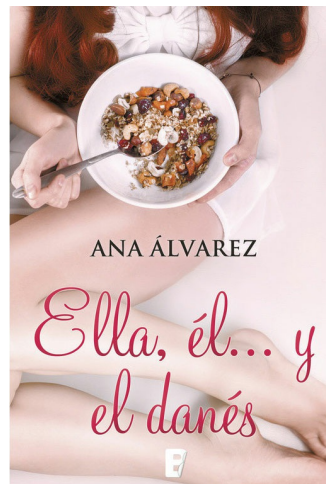
Gracias al destino porque es el que me ha traído hasta aquí y me ha convertido en la mujer que soy hoy.

Y, por supuesto, gracias a ti, querida lectora, por acompañarme en este camino. Espero que hayas disfrutado de las aventuras (y desventuras) de Jimena, Raquel y Berta.

Si te ha gustado

Inesperado destino

puedes disfrutar de estas





¿Pueden dos desconocidas convivir juntas sin que todo estalle?



Berta lleva una vida tranquila. Tiene un trabajo estable, vive en su propio apartamento y, aunque desde que lo dejó con su exnovia no ha tenido ninguna relación seria, no tiene demasiados problemas en el amor. Sin embargo, el final del verano le traerá una sorpresa: sus jefes la trasladan a la nueva oficina de la empresa con efecto inmediato.

Después de años opositando, **Carolina** por fin ha conseguido su ansiada plaza y comenzará el nuevo curso como funcionaria. Está muy emocionada y no le importa empezar de cero en una nueva ciudad en la que no conoce a nadie. Ni siquiera a su nueva compañera de piso.

Berta y Carolina acabarán compartiendo casa gracias a una amiga en común y tendrán que aprender a convivir la una con la otra a pesar de algunas situaciones comprometidas y los problemas del día a día. Aunque todo eso hará que la tensión entre ellas se acumule.

¿Podrá reinar la paz o acabará por estallar todo por los aires?

María Heredia (Estepona, 1995) siempre tuvo claro que quería ser escritora. Desde pequeña fue una ávida lectora y no tardó en empezar a escribir sus propias historias sobre mundos mágicos, chicas valientes y romances de ensueño. Las letras siempre fueron su pasión, así que estudió Traducción e Interpretación en la Universidad de Granada y un Máster en Literatura y Lingüística Inglesas. Actualmente compagina la escritura con su trabajo como profesora de idiomas y la redacción de su tesis doctoral en Literatura Inglesa y Narrativas Transmedia.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: julio de 2023

© 2023, María Heredia

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-01-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

[1] Un viernes, en un restaurante mexicano...

Índice

Inesperado destino

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Epílogo de la trilogía

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre María Heredia

Créditos

Notas